

CARACTERÍSTICAS del APOSTOLADO SOCIAL de la COMPAÑÍA DE JESÚS

CONTENIDO

Pág.

i **Prefacio**

3 **1. ¿ *Quién nos inspira ?* – Las fuentes**

9 **2. ¿ *Qué hacemos y cómo vivimos ?* – Perspectiva de conjunto**

3. ¿ *Cómo trabajamos ?* – Los componentes

a. Leer la situación

19 3.1 Análisis socio-cultural

24 3.2 Lectura cultural

30 3.3 Lectura económica

35 3.4 Lectura política

42 3.5 Lectura religiosa

b. Promover el trabajo

47 3.6 Trabajo de equipo

53 3.7 Colaboración y redes de trabajo

59 3.8 Planificación y evaluación

65 3.9 Administración

c. Estructurar el apostolado

71 3.10 El cuerpo de la Compañía

78 3.11 Las generaciones futuras

4. ¿ *Cómo procedemos ?* – El estilo

85 4.1 Discernimiento

91 4.2 Tensiones a mantener

97 **5. ¿ *Por qué esperamos ?* – La visión**

Apéndices

v A. Para usar el manual

vi B. La Iniciativa del Apostolado Social

vii C. Reacciones

viii D. Recursos

Dedicado

a nuestros hermanos en el apostolado social:

A.T. Thomas, S.J. (1951-1997), Hazaribag, India, cuyo trabajo profético en pro de la dignidad, la educación y el derecho a la tierra de los dalit le llevó a dar su vida para que ellos pudieran tener vida.

Joakim Mtima Chisemphere, S.J. (1958-1997), delegado de la Provincia de Zambia-Malawi al Congreso del Apostolado Social en Nápoles, identificado con los valores de la justicia evangélica, que vivió el Congreso con gran apertura, entusiasmo y consolación.

Ojalá estas *Características* nos ayuden, con la gracia de Dios, a escuchar el clamor de los pobres, como lo hizo **A.T.**, y a cumplir las esperanzas depositadas por **Joakim** en el apostolado social de la Compañía.

Las *Características del Apostolado Social de la Compañía de Jesús* se publican como número extra del boletín *Promotio Iustitiae* 69 (1998) y pueden obtenerse en castellano, alemán, francés, indonesio, inglés, italiano, japonés, portugués y en otros idiomas a medida que se vayan haciendo las traducciones.

Como la presente versión de *Características* tiene el carácter de borrador de trabajo, rogamos que se tenga libertad para fotocopiarla parcial o totalmente para uso interno, pero por favor que *no* se publique en forma alguna sin el permiso explícito del Secretariado del Apostolado Social. Se espera poder publicar la edición definitiva de *Características* a principios del año 2000.

Secretariado del Apostolado Social
C.P. 6139 — 00195 Roma Prati — ITALIA
+39-06688 06418 (fax)
sjs@sjcuria.org

Prefacio

Según las *Constituciones* y las *Normas Complementarias*, el apostolado social brota de la misión común de toda la Compañía de Jesús. Su objetivo específico es tender «a que las estructuras de la convivencia humana se impregnen y sean expresión más plena de la justicia y de la caridad» (NC 298). Esta definición es útil para introducir al apostolado social, el cual, en su gran variedad alrededor del mundo, incluye «centros sociales de investigación, divulgación y acción» y «acción social directa con y por los pobres» (NC 300).

Para mejor comprender su misión y objetivo, desde mediados de 1995 el apostolado social ha venido desarrollando un profundo proceso de reflexión. El estímulo inicial surgía de la siguiente pregunta:

Los jesuitas del apostolado social ¿cómo lleváis la justicia del Evangelio a la sociedad y a la cultura?

Las respuestas nacidas de la experiencia, oración y discusión de muchos jesuitas que trabajan en este campo por todo el mundo, formaron parte de los temas y debates del Congreso de Apostolado Social, que tuvo lugar en Nápoles a mediados de 1997, y se han incorporado a las características presentadas en este manual.

Contenido

Nos podemos formar una primera idea de las *Características* echando una mirada a la página de contenidos y constatando cómo los capítulos y las secciones fluyen juntos de formas diversas. De entre los diversos «itinerarios», aquí sugerimos tres:

El *primer* itinerario sigue las agrupaciones concéntricas del gráfico, comenzando por la zona exterior, la más oscura.

Fundamentos: El *fundamento* y la *orientación* se encuentran en la fe que nos motiva y en la visión que nos empuja:

1. ¿Quién nos inspira? y 5. ¿Por qué esperamos?

Todas las *Características* están impregnadas de la espiritualidad de San Ignacio y de la tradición de la Compañía de Jesús.

Marco: Nuestras actividades, junto con nuestra forma de vida, nuestra inserción social y espiritual y nuestro modo de proceder, forman en conjunto un todo orgánico:

2. ¿Qué hacemos y cómo vivimos? y 4. ¿Cómo procedemos?

Estemos donde estemos y sea cual fuere nuestro compromiso, nos basamos en la reflexión y el diálogo constantes para elegir bien y libremente en medio de las tensiones permanentes del apostolado social.

Componentes del conjunto. En la zona central, más clara — **3. ¿Cómo trabajamos?** — se encuentran las numerosas preocupaciones vitales de todo proyecto social de la Compañía, las cuales se abordan y expresan:

- a. **Leyendo la situación** para comprender la cambiante realidad circundante;
- b. **Promoviendo el trabajo** es decir, desarrollando y manteniendo adecuadamente nuestras actividades; y
- c. **Estructurando el apostolado** de forma que cada miembro y cada trabajo se sientan responsablemente insertos en el sector y, para que así la Compañía haga operativo su interés por este ministerio ...

Un *segundo* itinerario recorre el índice de arriba abajo:

- 1. Comenzamos por la motivación e inspiración en *las fuentes* del apostolado social.
- 2. Esta espiritualidad encuentra expresión en un *conjunto básico* que integra nuestro trabajo y nuestro estilo de vida.
- 3. Enraizado así nuestro apostolado social, pasamos revista a los diversos *componentes*:
 - a. con *lecturas* complementarias de la situación,
 - b. con la *atención* puesta en lo que mejora la calidad de nuestro servicio; y
 - c. con la *responsabilidad* ejercida por cada trabajo y por la Compañía respecto al apostolado social.
- 4. Conscientes de la *complejidad* de todos estos elementos, trazamos nuestro modo de proceder.
- 5. En todo esto nos guía la *visión* que compartimos con otros, a saber, la Buena Nueva...

Un *tercer* itinerario comienza al centro de la gráfica, y recorre las **Características** tal como surgen lentamente de lo que hacemos:

- 3b. Reflexionamos sobre el *trabajo* cotidiano concreto en el proyecto o centro social específico en el que estamos metidos o que conocemos mejor.

Sea cual fuere la actividad, incluye necesariamente

- 3a. una *lectura* de la realidad social circundante, y
- 3c. *atendiendo* a nuestro fundamento jesuítico.

Entonces se hace explícito lo que con frecuencia permanece en la sombra, damos cuenta de:

- 2. Nuestra *vida* como un todo y 4. nuestro *modo de proceder*,
y finalmente de
- 1. la *fe* y 5. la *esperanza* que compartimos...

Cada capítulo es independiente, pero está estrechamente relacionado con los demás, y el conjunto expresa las características de nuestro apostolado social. Esto es lo que explica a continuación el *Prefacio* ahora para luego pasar a identificar a aquellos por los cuales y para los cuales se ha escrito este manual.

Ideas sobre las características

Estas **Características** desarrollan el propósito del apostolado social jesuita — *tender a que las estructuras de la convivencia humana se impregnen y sean expresión más plena de la justicia y de la caridad, llevar la justicia del Evangelio a la sociedad y a la cultura* — y establecer una base común para los jesuitas y sus colegas en el trabajo, de modo que todos puedan encontrarse, reflexionar y trabajar juntos más estrechamente en la misión confiada.

Al mismo tiempo, las **Características** ofrecen a nuestros cooperadores laicos una completa explicación, a la que tienen derecho, sobre el apostolado social al que contribuyen. La Congregación General 34 decretó que cualquier iniciativa sobre la que la Compañía de Jesús acepta la responsabilidad última «debe regirse mediante una declaración nítida de la misión que ponga de manifiesto su finalidad y sirva de base para colaborar en ella» (d.13, n.12). Las **Características** sirven como una tal declaración para el apostolado social jesuita en su conjunto.

Las **Características** reflejan el enfoque, las actitudes, las preocupaciones y las cuestiones que surgen del apostolado social jesuita desde un proceso paciente de reflexión. En Nápoles aprendimos que nuestro sector apostólico está caracterizado por modos típicos de enfocar los problemas, por convicciones seriamente mantenidas y ampliamente compartidas, por cuestiones clave que reaparecen una y otra vez y, además, por tensiones permanentes que atraviesan todas nuestras obras y Provincias.

Extraídas de nuestra experiencia y nuestra tradición, las **Características** no son ni descripción ni doctrina. Sugieren «lo que debería ser» sin pretensión legal de regular un apostolado que, por esencia, necesita ser flexible y sensible.

Lo que las hace características es que son «preguntas que *no pueden dejar de ser planteadas*» por cualquiera implicado en este apostolado.

Nuestro apostolado está compuesto de una variedad muy grande de situaciones sociales, culturales, humanas y organizativas. La propia realidad social es compleja y nuestro apostolado no puede ignorar esta complejidad en sus discusiones y proyectos, sin traicionar la realidad a la que el Señor Jesús nos envía a vivir y a servir. Las **Características** respetan esta variedad y complejidad, con la esperanza de no resultar a su vez demasiado complicadas.

Situadas a mitad de camino entre las Constituciones o las Congregaciones Generales y la misión de cada Provincia, las **Características** concretan nuestra misión común en un apostolado específico. El propósito no es separar nuestro sector de otros apostolados; tampoco se tiene la intención de apropiarse ninguna idea o valor en exclusiva, ni de deslindarlos de otros ministerios jesuitas o de otros grupos. Nuestra esperanza, más bien, es contribuir a un intercambio más franco y a una colaboración más fructífera.

Somos conscientes de cómo el documento de *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* provocó una mayor colaboración entre directivos, jefes de departamentos y personal, y esperamos que nuestros cooperadores puedan beneficiarse de que los jesuitas compartan más su espiritualidad y valores a través de nuestro propio documento de *Características*. (Congreso de Nápoles)

Como el libro de los *Ejercicios Espirituales*, las **Características** deben usarse como una guía y un estímulo para la reflexión personal y especialmente para la reflexión de grupo. A cada lector se le exhorta a *mantener ante sus ojos un apostolado social jesuita concreto* — el trabajo, los sujetos y las comunidades asociadas con él, la gente a la que se acompaña y se sirve — y a cuestionarse si la reflexión es adecuada a esa experiencia y si ilumina esa situación. Mientras se lee o se discute, uno puede plantearse continuamente:

- ¿Hasta qué punto es verdadera esta característica para nuestro apostolado social, o sea, para este proyecto o centro específico, o para el sector social de esta Provincia?

- ¿Ayudan los puntos principales mencionados a que nuestro apostolado social reflexione sobre su situación y desafíos y ponen de manifiesto los pasos sucesivos para renovarse?

➤ *Para usar el manual (Apéndice A)*

En diálogo

Las *Características*, compuestas por los jesuitas del sector social, están dirigidas primariamente a los miembros involucrados actualmente en el sector:

- **Compañeros jesuitas del sector social**, de manera que podamos desarrollar nuestras nociones, lenguaje y comprensión comunes. El propósito básico es estimular la reflexión sobre la situación del esfuerzo social de cada uno — sea en forma activa, intelectual, de desarrollo, de organización o pastoral — y de los esfuerzos del sector, con la esperanza de suscitar una renovación.
- **Colegas y cooperadores con los que trabajan estrechamente los jesuitas en el campo social** son también interlocutores previstos, buscando un diálogo mejor y más abierto, empezando por la «situación» de nuestro trabajo común y continuando con la reflexión sobre otros aspectos del esfuerzo compartido. **Futuros colegas o cooperadores** — hombres y mujeres que aspiran a una dedicación contratada o voluntaria en un proyecto social jesuita — encontrarán aquí una introducción concienzuda a toda nuestra misión social.

El manual de las *Características*, aunque escrito por y para el sector social, también está puesto con cariño y con respeto a disposición de los demás, empezando por:

- **Nuestros compañeros jesuitas y colegas de otros sectores apostólicos y comunidades de la Compañía:** tenemos mucha confianza en que una mejor comprensión y comunicación dentro del sector social contribuirán de alguna manera a un diálogo más fraterno, a una comprensión mutua mayor y a la posibilidad de trabajar juntos más estrechamente.
- Estamos contentos de compartir esta reflexión abierta con los **hermanos sacerdotes, hermanos y hermanas en la vida religiosa, compañeros y compañeras seguidores de Cristo en la Iglesia**. Nuestra esperanza es que juntos serviremos mejor al pueblo de Dios, especialmente a los pobres, en la cultura y en la sociedad. Además, esperamos atraer los sueños generosos de los **jóvenes** que están pensando en una vocación al sacerdocio o a la vida religiosa.
- El manual de las *Características* ofrece a los **jóvenes jesuitas** una oportunidad de reflexionar sobre sus experiencias sociales o implicaciones pastorales, y espera atraer su interés hacia el apostolado social durante el magisterio o al planificar estudios especiales. Puede ser usado también por **formadores y profesores** de escolares cuando reajusten el plan de estudios y cuando orienten a sus estudiantes.
- Por último, pero también ante todo, **los Provinciales**, en su preocupación por la misión total y por sus diferentes aspectos, pueden encontrar la sección «Estructurar el apostolado» (3c) como especialmente relevante. La **Iniciativa del Apostolado Social** de reflexionar y renovarse, dentro de la cual este manual es un instrumento, pretende animar a cada Provincia a responder como cuerpo — con un sector social vigoroso y también con una dimensión social viva — a los desafíos de la pobreza, la injusticia y el sufrimiento presentes en la sociedad contemporánea.

Los pobres, los que sufren, los excluidos y las víctimas de la injusticia a los que Dios nos envía, están presentes en los orígenes del apostolado social, a lo largo de su evolución, en cada una de sus formas y trabajos y en su objetivo final. Están también en el origen de las *Características*, a lo largo de su proceso y en su auténtico propósito. Quiera el Señor, que escucha su clamor, aceptar también este esfuerzo nuestro «por profesar un compromiso por la justicia hacia los pobres de manera eficaz y profundamente jesuita en la mejor comprensión posible de la sociedad y de la cultura contemporánea» (Padre General en Nápoles).

1. ¿Quién nos inspira? — Las fuentes

Ignacio de Loyola, inspirado por la pobreza de Jesucristo y los santos, cambió su capa de noble por el manto de un mendigo. Poniendo toda su confianza en Dios, inició una peregrinación de por vida en la que siempre permaneció cerca de los pobres, haciéndose él mismo cada vez más profundamente pobre en su interior. En Roma, terminados sus viajes, trabajó con prostitutas y gente sin hogar mientras servía como General.

Para Ignacio fueron los más necesitados de Roma. Y de modo semejante, los enfermos del hospital de Trento para Laínez y Salmerón, los «salvajes» de Nueva Francia para Juan de Brébeuf, los africanos deportados como esclavos a Nueva España para Pedro Claver, los pescadores del sur de la India para Antonio Crimali. Los primeros compañeros escucharon el clamor de los pobres de forma completamente natural y espiritual.

«Nuestro compromiso de seguir a un Señor pobre», escribió Ignacio a los jesuitas de Padua, «nos hace de manera del todo natural amigos de los pobres». El mismo amor de Cristo, dijo el Padre General Peter-Hans Kolvenbach en Nápoles en 1997, «nos empuja a una proximidad que cuida de llegar a lo cotidiano de la vida de las personas, de estar otra vez como los primeros jesuitas en la calle, en el centro de nuestras ciudades, para descifrar en el mismo corazón de la existencia de las personas los signos de los tiempos, los signos de la acción del Espíritu».

La contemplación del Jesús, que se hace hombre pobre para realizar el Reino de Dios y por esta causa muere y es resucitado por el Padre, inspira a los primeros compañeros a seguir, como peregrinos el camino de Jesús. Y deciden hacerlo como grupo, en continua búsqueda del llamado de Dios a comprometerse allí donde el Reino parece más amenazado. (América Latina)

El significado natural y espiritual de los pobres para Ignacio se convierte para nosotros, en un contexto social más complicado, en la paradoja más apremiante y en la fuente original de nuestro apostolado social. Los pobres son *desgraciados*: basta con oír sus mudos clamores de sufrimiento, sus gritos estridentes de protesta. Los pobres son *dichosos*: basta con reflexionar sobre las Bienaventuranzas y consultar a nuestra propia experiencia.

En mil sitios diferentes en los que se leen estas palabras, los «pobres» no son ni una categoría sociológica ni una generalización piadosa, sino el nombre de personas y grupos concretos entre los que vivimos, cuyas condiciones analizamos, con quienes trabajamos

pastoral y socialmente o a quienes prevemos servir en el futuro. En sus ojos adivinamos el calor de la solicitud, el resplandor de la dignidad, el brillo de la esperanza, una chispa de humor, un destello de protesta. También vemos las lágrimas de la tristeza, el temor o la inseguridad, el dolor del rechazo, el embotamiento de la desesperación.

El encuentro, en su sufrimiento, con la gente pobre real (no idealizada, politizada o espiritualizada) y con la pobreza real (no abstracta o comercializada) produce horror y agobio, no resulta interesante, sino insoportable, repulsivo y nada gratificante. Lógicamente es algo a evitar. El contacto con los pobres verdaderamente desgraciados y con la realidad social en la que viven es un verdadero escándalo. El abuso, la miseria, la injusticia que sufren nos causan indignación, porque personas a las que conocemos y queremos, están padeciendo.

El contacto con los pobres dichosos es también de hecho una bienaventuranza para nosotros. La relación con ellos nos lleva a la autenticidad, a la libertad frente al apego y la codicia, a la libertad de dar y de recibir, a una gran felicidad. Estar con los pobres día a día y permanecer cerca de sus sufrimientos, es verse cuestionado y ser llamado o impulsado continuamente a una mayor hondura y a un cambio. En permanecer con los que sufren, sintiéndonos sin recursos ni poder, hay verdad, pero no derrota. Cuando el sufrimiento es aliviado, la injusticia reparada o el conflicto superado, entonces somos dichosos por haber sido testigos y quizás por haber podido ayudar en algo. «Vivir la pobreza como gracia, en un mundo egoísta e insolidario, nos pondrá gozosamente con el Hijo y con aquéllos con los que el Hijo quiere estar, los pobres y abandonados de la tierra» (CG34, d.9, n.18).

Ésta es, por tanto, la paradójica fuente original. La pobreza y la miseria nunca reciben una palabra de complacencia en los Evangelios. Son no-valores que, simplemente, no deberían existir y no expresan en absoluto la voluntad del Creador. Un compromiso con los pobres en la realidad, no solamente en la televisión o en las estadísticas, es un encuentro con el sufrimiento y la injusticia, pero también es un encuentro con la felicidad, el sentido original de la bienaventuranza.

La fe en Cristo arrastró a muchos de nosotros, como a Ignacio, a encontrarse con los pobres, de los que huiríamos por impulso natural. Cristo nos ha hecho «oír el clamor de los pobres de un modo espiritual» y de este modo nos lleva a los pobres. Los reconocemos como especiales «amigos del Señor», del mismo Señor al que deseamos seguir. De ellos aprendemos a menudo muchas cosas, especialmente sobre cómo vivir como discípulos de Cristo.

Este acercamiento ha nacido de nuestra fe, de nuestro deseo de seguir a Jesús pobre y humilde, de nuestra vivencia de que somos pecadores, llamados sin embargo a proclamar las buenas noticias a los pobres. Desde una perspectiva puramente humana, sin el amor de Cristo crucificado, no hay en ellos nada bueno a la vista y todo es despreciable (Isaías 53). Vivimos el escándalo dichoso, la bienaventuranza escandalosa.

El contacto con los pobres colorea de una manera especial nuestra espiritualidad y ésta hace nuestra acción más radical, es decir, más enraizada en sí misma y más profundamente orientada hacia las raíces de la injusticia. Acercarse a los pobres y dejarnos afectar por su sufrimiento se convierte en una fuente importante de nuestra espiritualidad. Su debilidad saca a relucir lo mejor de nosotros y, comprometiéndonos emocionalmente con su vida, nos hace vivir esa mezcla de ternura e indignación llamada «compasión».

Al acercarnos a los pobres, hemos recibido como un don de la Iglesia la antigua tradición de caridad, actualizada durante más de un siglo de lúcida doctrina social en la práctica del desarrollo y de la justicia. *Rerum Novarum* (1891) alertó a la Iglesia sobre la explotación y el sufrimiento de los trabajadores de la industria y puso en marcha la tradición de investigación social y reflexión teológica en la que participamos.

Hemos recibido también el don de los *Ejercicios Espirituales*, la forma y manera en que, como jesuitas, vivimos una relación de por vida con nuestro Señor Jesucristo. Siguiendo la línea de los Ejercicios, aquí van ejemplos de lo que hemos aprendido:

El punto de partida son todos los hombres tal y como Dios nos hizo, en el seno de la realidad tal y como fue creada para que la cuidáramos: el enemigo de natura humana que está al acecho, especialmente en situaciones de fragilidad, produciendo confusión, dolor. Contemplar a la Santa Trinidad que oye, ve, conoce e interviene, invitándonos a alistarnos en la misión del Hijo ... y a vivir como Él lo hizo, en pobreza real. La elección entre las dos Banderas no parece siempre tan clara. Seguirle a Él, contemplarlo y escucharlo. Contemplar la Cruz, con una

*conmoción total y al mismo tiempo en plena paz cuando, con su ayuda, experimentamos los mismos sentimientos: ira, desolación, silencio, sensación de abandono como tuvo Él y como tienen los pobres. Ver su cuerpo crucificado tan cercano, tan semejante a los cuerpos de los que más sufren; a veces deseamos incluso que nuestro propio cuerpo se acerque también a la Cruz. Entonces nuestros espíritus desanimados a veces por la falta de resultados visibles se llenan de alegría con la Resurrección, recobrando fuerzas con la luz y el poder de la esperanza. Oramos para alcanzar amor y nos proponemos la mayor gloria de Dios y el **magis**, el más.*

También hemos aprendido de las Constituciones y de las Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús. La «Instrucción» (1949) del Padre General Janssens exhortaba a los jesuitas a que humanizaran las condiciones opresivas de la sociedad, y el «Decreto 4» (1975) definió la lucha por la justicia como parte integrante del servicio de la fe.

«Por el testimonio de muchos compañeros que viven con los pobres, sabemos que, junto al duro aprendizaje de la pobreza, se adquiere también en tales experiencias el valor evangélico de la celebración, de la sencillez y de la hospitalidad que suelen caracterizar la vida de los pobres» (CG34, d.9, n.15). Los pobres valoran los sentimientos, los lazos familiares, el cuerpo, lo fundamental. Tienen la habilidad de reconducirnos a lo esencial de la vida. Nos aceptan como somos, pobres a nuestro propio modo, con nuestras riquezas. Ellos son una fuente de esperanza, una fuente de autenticidad. Se convierten en nuestros amigos.

**Encontramos a
Jesús que
permanece con los
pobres y ham-
brientos, los
marginados y
oprimidos, las
mujeres y los huérfa-
nos y los refugiados,
las víctimas del SIDA
y del hambre ...
(África)**

Lo que hemos adquirido en nuestra formación y en nuestra experiencia, de la Iglesia y de todos los campos humanos, nuestros estudios sobre la realidad social y política, lo intentamos poner a disposición de los pobres, trabajando por y con ellos, contribuyendo según nuestras posibilidades, sin pretender resolverlo todo, o incluso a veces nada. Aprendemos a aceptar y dar cosas sencillas. Incluso cuando parece que no hacemos nada visiblemente bueno, estamos ahí. Nos convertimos en amigos suyos.

En el seguimiento de Jesús según el Evangelio, una característica nuestra es vivir nuestra espiritualidad ignaciana y nuestra tradición jesuita al interior de una implicación social, de un compromiso social.

La espiritualidad encarnada ha escogido a Cristo, que se identifica con los pobres y desea ser acogido y servido en ellos, para que el pobre sea respetado y ayudado. Sólo a este título podemos proclamar la bienaventuranza de la pobreza (Padre General en Nápoles).

También es característico vivir nuestro compromiso y nuestra inserción social sobre la base de la espiritualidad ignaciana de la Compañía. Las situaciones tan diferentes en las que vivimos, se «entrecruzan» con la forma jesuita habitual de asumir y vivir nuestra herencia, y nuestro sector pone su propio acento en determinados elementos.

El compromiso de seguir a Jesús de por vida, la amistad diaria con los pobres, pueden cambiar una vida, continuar cambiando vidas y generando comunidad, ayudando, a veces visiblemente y a menudo imperceptiblemente, para hacer el mundo a la vez más humano y más divino.

Preguntas

1. La paradoja de la pobreza — los pobres son a la vez *desgraciados* y *dichosos* — ¿arroja luz sobre nuestra vocación y compromiso personales? ¿Sirve para explicar algunos aspectos de nuestro ministerio social o de nuestro trabajo por la justicia? ¿La experimentamos como una paradoja apremiante en el origen de nuestro apostolado social?
2. Comprendemos perfectamente que la pobreza no es natural sino que, aun no siendo siempre producto directo de la voluntad humana, «el hombre puede hoy día» remediarla, «pero no lo quiere de verdad» (CG32, d.4, nn.20,27). ¿En qué sentido es esto verdad de la pobreza en nuestra área o país? ¿En qué sentido superarla es una cuestión de espiritualidad tanto como de economía o política?

2. *¿Qué hacemos y cómo vivimos?* — Perspectiva de conjunto

Ignacio y los primeros compañeros imaginaron que su futuro estaría dedicado al trabajo pastoral entre los peregrinos en Jerusalén; mientras esperaban pasaje para Tierra Santa, trabajaron en hospitales y predicaron en las calles. Pero cuando fue evidente la imposibilidad de viajar a Palestina, se pusieron a disposición del Papa.

Si Pablo III los hubiera responsabilizado de un ministerio específico, esto hubiera dado una cierta identidad y un enfoque al joven grupo. Por el contrario, el Papa aceptó su deseo de estar siempre disponibles para «*todo lo que nos manden los Romanos Pontífices, el actual y sus sucesores,... y a cualquier región a que nos quieran enviar*» (*Formula* 1540).

Apenas habían decidido permanecer juntos los primeros compañeros, como amigos en el Señor y como una compañía de Jesús, cuando los encargos que aceptaron por obediencia al Santo Padre o a Ignacio como General tuvieron el efecto de dispersarlos a lo largo y ancho del mundo. Pero el hecho de que los Jesuitas estén disponibles para la misión *ad dispersionem*, lejos de disminuir la importancia de la vida comunitaria, la hace aún más esencial.

«**¿Qué hacemos y cómo vivimos?**» formula una pregunta integral sobre nuestra actividad social en unión con la comunidad que la sostiene. No somos conocidos exclusivamente por nuestro trabajo, como algunos pueden pensar, sino también por cómo vivimos. Esta convicción no ha sido compartida siempre en el mismo grado por los jesuitas del apostolado social, pero está adquiriendo una centralidad cada vez mayor. Tres son las razones fundamentales: porque el trabajo efectivo en el apostolado social requiere el apoyo proporcionado por elementos esenciales de la comunidad; porque la vida comunitaria es ella misma efectiva evangélica, apostólica e incluso socialmente; y porque algunos de los valores más importantes que promovemos en nuestro trabajo resultan más creíbles cuando los vivimos en nuestras comunidades. Estos valores incluyen la solicitud recíproca, la ayuda mutua, las relaciones correctas, la acogida y sencillez: en una palabra, la solidaridad.

Mucho por hacer...

El trabajo es central para la misión, y los pobres y la lucha contra la pobreza son centrales para el trabajo.

Cuando se nos pregunta «**¿Qué hacéis?**», una respuesta completa incluye nuestra espiritualidad en contacto con los pobres en los orígenes de nuestro trabajo:

Se trata de una espiritualidad que se vive al interior del contexto social, del compromiso social, siguiendo a Jesús a la manera del Evangelio. Este compromiso es una experiencia que abarca toda nuestra vida.... La espiritualidad encarnada ha escogido a Cristo, que se identifica con los pobres y desea ser acogido y servido en los pobres para que el pobre sea respetado y ayudado (Padre General en Nápoles).

No pensamos en un núcleo espiritual y una corteza material, o en una realidad espiritual con una expresión histórica. No estamos ni interesados de modo puramente intelectual, ni implicados de modo meramente personal, sino ambas cosas; ni visitantes de paso que echan un vistazo, ni profesionales que trabajan a una cierta distancia, sino amigos y trabajadores rigurosos.

➤ *Las fuentes (1.)*

**Una Compañía
fundada ante
todo para
atender
principalmente al
provecho de las
almas en la vida y
doctrina cristiana
y para la
propagación de
la fe, por medio
de predicaciones
públicas, y
ministerio de la
palabra de Dios,
de ejercicios
espirituales, y de
obras de caridad,
y concretamente
por medio de la
educación en el
Cristianismo de
los niños e
ignorantes.
(Fórmula 1540)**

Desde el principio, los compañeros se encargaron de una gran variedad de trabajos, entre ellos «obras de caridad». La palabra «caridad» y la expresión «obras corporales de misericordia» (dar de comer al hambriento, cobijar a los sin techo, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y encarcelados, y enterrar a los muertos: ver Mateo 25, 31-46) apuntan a las necesidades sin especificar la respuesta. Más de 450 años después, las mismas preocupaciones de caridad y misericordia, entendidas al estilo de la sociedad contemporánea, fundamentan el apostolado social. El adjetivo «social» apunta a toda coexistencia humana en cuanto vivida, en cuanto cambiante, en cuanto analizada o estudiada y la expresión «apostolado social» sugiere preocupación por el sufrimiento, la injusticia y la pobreza. Pero, una vez más, ninguna actividad o enfoque concreto está especificado o excluido.

Además de la expresión «apostolado social», en diferentes partes de la Compañía se usan términos tales como: acción social, ministerios sociales, pastoral social, sector social, misión obrera, justicia social, misión popular, Cuarto Mundo, y posiblemente otros. Los diversos términos no son exactamente sinónimos. «Apostolado social» se usa aquí como un nombre genérico oportuno, pero no como un intento de imponer un único nombre o de uniformar el vocabulario.

Para averiguar lo que significa apostolado social en la Compañía de Jesús hoy — cómo se encarna nuestra espiritualidad en la vida cotidiana, cómo se expresa la motivación, cómo se lleva a cabo realmente la misión —, un buen punto de partida es preguntarse «¿Qué hacemos?»

Una respuesta escrita puede encontrarse en el *Catálogo del Apostolado Social* organizado en cuatro fascículos de unas treinta páginas cada uno: *África y Asia, América, Europa, y Centros sociales*. El *Catálogo*, publicado por primera vez en 1997, proporciona el nombre y el propósito de cada una de las obras significativas de la acción social, y de cada centro de investigación social, de capacitación o de acción.

Las actividades pueden clasificarse de diversas maneras:

- **según el tipo de injusticia, sufrimiento, exclusión o explotación:** niños abandonados; prostitución infantil; opresión de las mujeres; aborto; desplazamiento forzoso y exclusión de los refugiados; desempleo y subempleo; pobreza rural y urbana; problemas de los ancianos; adicción al alcohol o a las drogas; HIV/SIDA.
- **según la gente a la que se sirve:** minorías étnicas o raciales tales como los aborígenes, indígenas o tribus, *dalit* (parias), gitanos o nómadas; grupos y asociaciones civiles; sindicatos y otros movimientos.
- **según el tipo de actividad o de servicio:** centros sociales o socio-culturales de investigación, reflexión o acción; centros de capacitación o rehabilitación; salud; vivienda; ayuda legal; programas de acogida a extranjeros o marginados.

- **según la función o la identidad:** experto social; sacerdote obrero; capellán de prisiones; trabajador social; organizador de comunidades; jesuitas que acompañan a un movimiento social o a grupos marginales.

- **según el propósito:** desarrollo; solidaridad; protección del ambiente; promoción de los derechos humanos o de los derechos de los pueblos.

- **según el enfoque, la técnica o la forma institucional:** enseñanza del análisis social; alfabetización o educación popular; pedagogía de la justicia y la solidaridad; organización de comunidades o de movimientos; propuestas de cambios políticos; formación de dirigentes; formación de voluntarios.

- **según el nivel:** desde lo más básico hasta lo más universal, desde lo local a través de lo regional y nacional hasta continentes enteros, las organizaciones mundiales, las Naciones Unidas

El *Catálogo* proporciona una visión panorámica de los esfuerzos sociales en cada Provincia y, por añadidura, en cada Asistencia. En algunos lugares o regiones, los jesuitas han optado por acompañar a pueblos determinados e hicieron un compromiso a largo plazo, por ejemplo, con los pueblos indígenas de las Américas, con los aborígenes de Australia, con los *dalit* y las tribus indígenas de la India. Por lo general, el *Catálogo* da una impresión de gran alcance, variedad y pluralidad, que puede parecer desconcertante al principio. Ningún asunto, grupo, enfoque o tipo de trabajo expresa en exclusiva lo que los jesuitas realizan socialmente.

Nuestra preocupación es el desarrollo humano integral, la dignidad, los derechos, es que alguien escuche a los marginados, que alguien hable por los enmudecidos, ofreciendo oportunidades y equidad. Estamos intentando conseguir la promoción de un entorno humano de justicia, libertad y caridad en el que los esfuerzos iniciados por el pueblo mismo puedan crecer y encontrar salida. (Asia Oriental)

En tiempos de crisis (conflictos, guerra), damos especial testimonio con nuestra integración entre las víctimas de la injusticia, manteniéndonos en solidaridad física con ellos en medio de la inestabilidad y la inseguridad. (África)

Sin duda, grandes temas como el desempleo, la vivienda, el racismo y la ecología son urgentes y de alcance mundial. Cada uno tiene un efecto de dominó en muchos otros temas y merece la pena dedicar una vida entera a cualquiera de ellos. Puede resultar tentador — desde una línea que pretenda concentrar la orientación del apostolado social, para facilitar la cooperación y reforzar su identidad — escoger uno de estos temas, u otro similar, como la prioridad social. Pero la Compañía se resiste a hacer una opción semejante. Los evidentes beneficios no están compensados por el efecto restrictivo que tendría sobre nuestra disponibilidad, movilidad (no sólo geográfica sino, sobre todo, socio-cultural) y creatividad para responder a las necesidades cambiantes.

Ningún enfoque ha sido favorecido, mucho menos impuesto, pero algunas líneas de desarrollo pueden, no obstante, trazarse en la historia fascinante del apostolado social («Desde *Rerum Novarum* al Decreto 4», *PJ* 66, febrero de 1997). Hoy, bajo circunstancias que cambian muy

rápidamente, el desafío está en elegir bien entre muchas posibilidades diferentes de formas (más o menos institucionales), caminos y medios (más o menos académicos, profesionales o populares), estilos de cooperación y técnicas de comunicación.

Cada trabajo particular es importante en sus orígenes, desarrollo, propósito, servicio. La mayoría de los trabajos no son simplemente una colección caótica sino que tienen algo importante en común y encuentran su sitio a la vez en el sector social y dentro de la misión de la Provincia y de la Compañía. El hecho de que proyectos de gran variedad constituyan juntos un sector, pequeño o amplio, dependiendo de la historia y las circunstancias de la Provincia, es una característica del apostolado social.

➤ *El cuerpo de la Compañía (3.10)*

Vida comunitaria

La vida comunitaria se caracteriza por un proyecto en el que la misión personal y eclesial, las relaciones personales, el estilo de vida, la comunicación con los demás, la oración en común, y la inserción en el contexto humano son todos tenidos en cuenta. Las Congregaciones Generales recientes han animado a los jesuitas a aspirar a los elevados ideales de la vida comunitaria. Por ejemplo, CG34:

- «Nuestro estilo de vida, personal y comunitario, ha de ser sencillo, hospitalario y abierto» (d.9, n.8).
- «Cuando la vida comunitaria le apoya y le desafía de veras, la castidad inspira a hacer visible al Dios que trabaja por la humanidad» (d.8, n.21).
- «Cierta inserción en el mundo de los pobres debe formar parte de la vida de todo jesuita. Siempre que sea posible, nuestras comunidades deberán ubicarse entre la gente sencilla» (d.3, n.17).

Tales llamamientos pueden inspirar y motivar, pero la dificultad para vivirlos puede también desanimar. Con el reconocimiento de que la comunidad es un tema complicado y delicado, las siguientes reflexiones sugieren cómo la vida comunitaria puede acercarse un poco más a los ideales. Manténgase, por favor, ante los ojos una comunidad concreta, sus miembros (los miembros pueden incluir otras personas religiosas o laicas) y los vecinos, su puesto en la Iglesia y en el mundo.

Al igual que las consideraciones anteriores presentaban la gran variedad de trabajos en el apostolado social, clasificamos aquí las diversas situaciones de vida, empezando **según las ocupaciones jesuitas**:

- jesuitas involucrados en el mismo proyecto (de base, de desarrollo o de investigación social) viven juntos en una comunidad, que puede estar situada en los mismos locales que el trabajo;
- algunos jesuitas en una comunidad están involucrados en el apostolado social, pero en diversas obras o proyectos;
- algunos jesuitas de una comunidad están involucrados en el sector social y en otros sectores, y tienen contactos diferentes con el mundo de la pobreza.

Otra forma de agrupamiento es **según el contacto con los pobres**:

- los jesuitas trabajan en favor de los pobres (investigación social, enseñanza, publicaciones, defensa) y viven en una zona no-pobre;
- los miembros de la comunidad trabajan con los pobres y viven en otro sitio;
- los jesuitas viven entre los pobres, con alguna implicación social y pastoral, y trabajan o estudian en otro sitio;

- un jesuita concreto vive solo entre los pobres y está adscrito a una comunidad jesuita cercana;
- los jesuitas trabajan y viven entre los pobres con inserción plena: la forma más visible, coherente y creíble de comunidad para el apostolado social.

Esta tipología, probablemente no exhaustiva, sirve para ubicar los **importantes rasgos de la vida comunitaria** que vienen a continuación (sin orden de prioridad). Son demasiado bien conocidos para explicarlos con detalle, pero merecen que se les preste atención una vez más para ver cómo pueden ser fomentados:

- compañerismo, comidas, Eucaristía y oración en común, diversión, descanso, intercambio informal de cualquier tipo, fraternidad y amistad;
- sensibilidad para los problemas de injusticia, tanto en el entorno cercano como a mayor escala, y apoyo a los que luchan por la justicia;
- disponibilidad para vivir solidariamente con los vecinos y grupos locales;
- interés de cada uno por el trabajo de los demás y por la misión de toda la comunidad;
- los Ejercicios Espirituales anuales, la oración personal, el compartir respetuosamente la fe y la experiencia espiritual;
- comunicación honesta y relaciones de ayuda, interpersonales y de grupo, con mutua ayuda y exigencia, incluyendo apoyo al superior en su tarea;
- aprecio por la calidad y la sencillez de la vida común y predisposición para colaborar;
- encuentros periódicos sobre la propia vida comunitaria, discernimiento de temas comunitarios relevantes así como reflexión apostólica en común;
- vínculos con la Iglesia: la parroquia, la diócesis, las congregaciones religiosas y los movimientos laicales;
- relaciones con otras comunidades jesuitas y con la Provincia.

¿Están presentes estos rasgos por lo general? Probablemente sí, en proporciones variables y con un deseo creciente de vivir una vida comunitaria marcada por tales puntos. Considerarlos lugar común o rutina sería una equivocación; por el contrario, hace falta invertir en creatividad y energía, si queremos tener, por ejemplo, reuniones comunitarias eficaces, oración en común que tenga sentido, un estilo de vida sencillo. Una gran ayuda para cada grupo consiste en examinar su vida comunitaria anualmente, descubrir los rasgos que hay que mejorar y diseñar un plan o proyecto viable. ➤

Planificación y evaluación (3.8)

Los rasgos de la comunidad dependen también de hechos materiales. ¿Ayudan la ubicación, el tamaño y el estilo de nuestra vivienda a conectar la comunidad con la vecindad y la hace accesible para los pobres? ¿Qué efecto tiene la distribución interior en el modo de vivir en común y de relacionarnos mutuamente, en la hospitalidad que ofrecemos y en la imagen que proyectamos? ¿Cómo es compatible una vivienda abierta y hospitalaria con una cierta intimidad? Cuando comienza una nueva comunidad, proyectando un cambio de ubicación, o planeando una expansión, debería preceder un discernimiento serio de las decisiones a tomar. (Cuestiones similares pueden hacerse sobre la ubicación y la arquitectura de los edificios que albergan nuestros centros y proyectos sociales.)

Prácticamente la antítesis de la comunidad es el *individualismo* típico de muchas culturas, incluyendo la de la Compañía. La vida de cada uno, su trabajo, su espiritualidad pueden convertirse en un «no es asunto tuyo» para los demás. A pesar de esta poderosa tendencia, una buena comunidad es un estímulo real para tener y conservar nuestra vida en común. Puede haber espacio para lo que se acostumbraba a llamar «corrección fraterna» por medio de la cual, cuando alguno se está comportando de modo irresponsable o se está poniendo a sí mismo en peligro, los demás hacen el esfuerzo de ayudarlo a ver lo que está mal y a remediarlo.

La comunidad se convierte en el lugar para la *reflexión apostólica*, especialmente cuando los miembros están implicados en ministerios diferentes en lugar de estar todos en el mismo proyecto. Como ideal, cada miembro debería sentirse animado a hablar sobre su compromiso y, antes de tomar una decisión importante (por ej. con quién trabajar, si conviene cambiar de proyectos), poner el asunto «sobre la mesa»

Para la mayoría de nosotros, y a pesar de nuestros fallos, esta comunión de vida con los pobres forma parte de nuestra vida cotidiana, en mayor o menor grado y desde hace mucho tiempo. «Estar con» significa situarse uno al mismo nivel de la gente, sin ningún poder o autoridad concretos, compartir las situaciones de rechazo y marginación, si se presentan. (Europa)

➤ *Discernimiento (4.1)*

En esta peregrinación junto con los pobres, nuestra comunidad jesuita es importante cuando nos ofrece apoyo y solidaridad, cuando nos hace sentirnos parte del cuerpo de la Compañía, cuando el testimonio de nuestros hermanos es una fuente de inspiración. Cuando no se ofrece una tal solidaridad o apoyo, se provoca gran dificultad y sufrimiento. (Congreso de Nápoles)

La vida comunitaria jesuita sostiene y alimenta nuestra fe, nuestros deseos y compromisos, y éstos — cómo vivimos, cómo oramos — influyen y sostienen nuestro trabajo de apostolado social. Lo que hacemos vuelve a enriquecer la vida comunitaria como materia de oración, reflexión, discernimiento ocasional. Nuestra comunidad se convierte en una parábola viviente de esperanza y solidaridad para los vecinos, los colegas y los que nos visitan. La hospitalidad proporciona este tipo de testimonio si los pobres son recibidos con gusto en nuestra mesa, y si los jóvenes que se están planteando el futuro de su vida son bien acogidos para «que vengan y vean» cómo vivimos, lo que hacemos, quiénes somos. La comunidad, por lo tanto es para la

misión y es misión, y la renovación de la comunidad nos ayuda a replantear lo que estamos haciendo en el apostolado social.

Inserción

La inserción en el mundo de los pobres, especialmente importante para el apostolado social, es un tema atractivo pero complicado. Pocos de nosotros estamos llamados a vivir como los pobres o a

ejercer un ministerio principal de simple presencia, sin embargo la inserción es uno de los asuntos planteados con más frecuencia y de manera más insistente en el Congreso de Nápoles.

Estar inserto significa tener un contacto prolongado y continuo con los pobres — los que sufren miseria, injusticias, conflictos violentos, exclusión — y entrar en una relación real con aquéllos a los que acompañamos y servimos y cuyas preocupaciones investigamos. La inserción entre los pobres no toma la misma forma en cada trabajo, cada comunidad, cada jesuita. Puede darse entre aquéllos con quienes vivimos o con los que trabajamos. Pero en todas estas formas, la inserción es característica del apostolado social.

La inserción supone entrar con los pobres en una relación personal y cultural tan real que pueda engendrar confianza. Ver las cosas a su manera y tener en cuenta sus puntos de vista modela nuestra forma de ver, entender e interpretar muchas cosas, desde los detalles de la vida cotidiana a amplias cuestiones y valores trascendentes. La inserción marca nuestra lectura tanto del Evangelio como de la realidad social. La inserción nos ayuda a resistir para no vivir demasiado acomodados y puede suponer prescindir de algunas comodidades o vivir incluso con muy pocas. La inserción es un testimonio y un estímulo para los demás. ➤ *Lectura cultural*

Vivamos en área urbana o en zona rural, nuestra preferencia debería tender siempre hacia la vecindad pobre, de manera que nuestro deseo de seguir a Cristo pobre pueda expresarse en la solidaridad diaria con los pobres, convirtiéndonos en sus compañeros y amigos naturales en el Señor. (Padre General, 1997)

El ideal consiste en vivir entre los pobres así como en trabajar con ellos. En la misión obrera, por ejemplo, los jesuitas se han sumergido en los ambientes de la clase trabajadora, de los que se había ausentado la Iglesia mucho tiempo antes. Comunidades y obras realmente insertas pueden servir para afianzar tanto la fe vivida como la realidad captada por todo el sector social. Una vez que los jesuitas están sumergidos en el mundo de los pobres, viviendo, y escuchando y aprendiendo, pueden surgir nuevas iniciativas y proyectos.

«¿Qué hacemos y cómo vivimos?» es una única pregunta y nuestra respuesta global en este capítulo puede quedar condensada en una triple amistad: amigos del Señor, amigos de los pobres, amigos en el Señor. Cuando nuestros amigos están en necesidad, como dice la CG34 acertadamente (d.2, n.9), no podemos volvernos de lado. Queremos hacer lo posible para dedicarnos a sus múltiples y apremiantes necesidades.

Preguntas

1. Leyendo los ideales expresados en la CG 34 o en la carta del Padre General de 1998 sobre la vida comunitaria en relación con la comunidad jesuita que conoces, ¿cuáles son los valores principales por los que habría que esforzarse? ¿Hasta qué punto están siendo llevados a efecto? ¿Cómo mejora esta vida en común el trabajo de quienes viven en la comunidad?

2. ¿Cómo están insertos entre los pobres quienes están dedicados al apostolado social? ¿Es significativa esta inserción para su ministerio social? ¿Es significativa para la vida comunitaria jesuita y en las vidas de otros miembros del personal? ¿Da la impresión de que interpela a los demás?
3. Pensando en un esfuerzo social específico en la Provincia (sea de base, o bien organizativo, o intelectual), ¿cómo podemos describir el cambio social para el que trabaja? ¿Existe un esfuerzo específico para transformar tanto la cultura como las estructuras? ¿Según qué criterio podríamos llamarlo apostólico o evangélico?

3.1 Análisis socio-cultural

El profundo impulso para comprender nuestro contexto social fluye de varias fuentes:

- La amistad con los pobres nos hace preguntarnos: «¿Por qué tienen que sufrir?». Y si las injusticias acompañan o causan sufrimiento también preguntamos: «¿Por qué la injusticia?».
- La tradición jesuita del *magis* o el mayor servicio nos ha llevado a poner nuestros mejores métodos y comprensión a disposición de los pobres.
- Ver cómo el pecado actúa individual y estructuralmente nos alienta a buscar las raíces más profundas de la injusticia y a poner nuestra esperanza en la misericordia transformadora de la justicia del reino de Dios.

Podría parecer que el análisis y la reflexión entran en conflicto con el compromiso de acción. Hay necesidades urgentes que nos obligan a responder aunque no esté del todo claro cuál es la mejor respuesta. El verdadero compromiso con los otros significa ser vulnerable y no tener el control, responder sin poseer todas las respuestas. Por consiguiente, el análisis no debería paralizar nuestra acción social, aunque tampoco puede servir para escapar de la responsabilidad. No es preciso saberlo todo antes de actuar.

Por otra parte, corremos el riesgo de que nuestra acción sea corta de miras o ciega si no está guiada por una sólida comprensión. Así pues, la verdadera responsabilidad de responder lo mejor que podamos a las necesidades de la gente exige que analicemos el contexto y los dinamismos de su situación. También es verdad que nuestra reflexión perfila con fuerza nuestra acción y nuestras opciones de forma que incluso la respuesta más concreta presupone un análisis. Por tanto, es vital reflexionar con cuidado y discernimiento sobre la autenticidad de nuestro análisis.

Tipos de análisis socio-cultural

Sería útil identificar diferentes, aunque complementarios, tipos de análisis socio-cultural, cada uno con su propia perspectiva sobre la acción social:

- **«Académico».** Trata de examinar los problemas sociales y culturales por medio de diferentes marcos interpretativos proporcionados por las ciencias humanas y sociales. Semejante análisis debe respetar los criterios de evidencia y coherencia establecidos por el marco interpretativo que se usa. Es primordialmente un trabajo de estudio, reflexión, investigación y escritura. Cabe que este análisis esté muy lejos de la acción social. No obstante, sus resultados deberían informar nuestra acción, que se puede beneficiar del esfuerzo sistemático hecho por el análisis «académico» que trata de ser lo más objetivo posible.
- **«Política y planificación».** En esta subdivisión entran dos tipos de análisis. El primero de ellos supone la preparación de informes sobre cuestiones particulares de interés a fin de producir cambios específicos en un nivel político o estructural. Esta clase de análisis se centra en el apoyo a la acción por el cambio. Está motivado por el escándalo de la injusticia y tiene como objetivo persuadir a los que pueden producir el cambio. También ataca y se opone a las visiones que toleran la injusticia existente y acepta la necesidad de proponer soluciones prácticas o vías de salida. El segundo tipo tiene como meta la planificación y la fijación de prioridades: por ejemplo, una casa de acogida para los sin techo necesita comprender mejor el fenómeno de los que están sin hogar para decidir después qué tipo de servicio prestar o eliminar.

- **«Conciencia social».** Éste surge de la base. Se trata de la escucha paciente y el diálogo con los marginados sobre su cultura, las estructuras de injusticia que experimentan y la clase de sociedad que esperan. Este tipo de análisis es también educativo: modela y fomenta la cultura en un proceso de aprendizaje común. Es también movilizador, porque capacita a los marginados que luchan por formular sus necesidades y trabajar por una justicia mayor.

El análisis orientado a incidir en las políticas de acción, que trata de producir un cambio específico en la política social, podría ser un tanto resistente a las numerosas cuestiones planteadas y a las calificaciones hechas desde un punto de vista académico. Se podría temer que el planteamiento académico debilite el empuje «político» del análisis hecho desde una perspectiva política. Por otra parte, el análisis académico puede tener un gran impacto político al establecer el paradigma dominante, para bien o para mal, y podría causar daño si otorga un prestigio académico no merecido a políticas nocivas.

También podría parecer que el análisis académico se opone al tipo de análisis usado en la educación y en la organización populares. Lo académico puede dominar o desechar fácilmente la intuición y las cuestiones agudas planteadas en el nivel comunitario. Hay también una tensión en el nivel popular entre el deseo legítimo de protestar contra el sufrimiento y el interés legítimo en el nivel académico por establecer distancia y objetividad que convenzan incluso a los que son insensibles a la injusticia. Semejantes tensiones existen entre el análisis para la política y el análisis para la conciencia. El análisis basado en la política se puede alejar mucho de las dimensiones cotidianas de la pobreza y la injusticia y quedar bloqueado en la burocracia y el compromiso en la búsqueda de soluciones eficaces. Por otra parte, la conscientización puede quedar bloqueada en una forma repetitiva de protesta si no se centra en cambios reales posibles.

Características de nuestro análisis socio-cultural

Nuestro punto de partida. En el apostolado social nuestro punto de partida es la compasión cristiana, que es más que un mero sentimiento de simpatía. Procede de la escucha y el compromiso reales con los que sufren. La compasión es también el punto de partida para nuestro análisis socio-cultural. Esto no es falta de objetividad, pues la verdadera compasión está abierta a la verdad y no tiene prejuicios. Además, ningún análisis socio-cultural tiene un punto de vista neutral; siempre comenzamos desde una posición existencial o académica y cada una de ellas abre un horizonte limitado.

Así la objetividad académica es absolutamente indispensable. Es un segundo paso que contribuye a aportar realismo y solidez al análisis que ha nacido ya del «impacto» de la injusticia. El rigor académico asegura también que quienes no comparten nuestra opción pueden comprender los resultados de nuestra reflexión. Algunos jesuitas viven una expresión plenamente válida de su vocación trabajando en las ciencias sociales como profesores, escritores e investigadores dentro del apostolado intelectual.

Cabe usar múltiples marcos académicos para interpretar hasta la situación humana concreta más simple: psicológico, económico, antropológico, sociológico, etnológico, cultural, político, histórico, filosófico, religioso, teológico, etcétera. La lista está abierta. Cada uno de ellos pone de relieve diferentes aspectos complementarios de lo que sucede en una situación concreta. Son como muchas lentes, cada una de las cuales proporciona un cierto color y definición. Cada perspectiva se basa en su propio grupo de supuestos y juicios de valor, tanto en lo que se refiere a los modelos o categorías usados como en la forma en que se aplican. Si uno coloca todas estas lentes sobre una situación dada, siempre habrá algo más que decir. La vida y la libertad humanas son en definitiva misteriosas.

Los métodos científicos de las ciencias sociales son muy útiles para identificar las facetas objetivas más importantes de un problema, cultura o estructura social. Habría que usarlos con un cuidado que *respete la integridad del método reconociendo y respetando sus límites*. Con frecuencia se aplican de forma inapropiada algunos marcos académicos en áreas de la vida que ellos no pueden explicar adecuadamente; por ejemplo, la economía de mercado aplicada a cuestiones culturales.

Necesitamos desarrollar una forma nueva de pensar que sea crítica y creativa, que aborde nuestra realidad para iluminarla, para interpretarla y también para cambiarla. En lo que somos y lo que hacemos, debemos pensar globalmente porque cada vez somos más interdependientes, y también actuar localmente para la transformación de la cultura y la sociedad. (Europa)

La honradez intelectual sobre los límites de un marco analítico ayuda a evitar una incorrecta aplicación ideológica porque reconoce nuestra perspectiva limitada, por el hecho de que pertenecemos a un período histórico determinado, tenemos una inteligencia limitada y somos una mezcla de motivaciones. Debemos prescindir de algunas de nuestras opiniones cuando las sometemos a un examen riguroso y a los datos disponibles. Se necesita humildad para comprometernos en una búsqueda real de comprensión de nuestro contexto. Asimismo, la sensibilidad real al sufrimiento de los pobres nos hace humildes y sensibles a las consecuencias de nuestro análisis para los más débiles. El hecho de que esas consecuencias sólo aparezcan lentamente después de su realización es una limitación ética del análisis académico.

Por tanto, en el apostolado social el análisis de nuestro contexto se caracteriza por la compasión por los que sufren, la calidad de nuestro uso de los diferentes marcos académicos y la humildad con que reconocemos sus límites.

Atención a las consecuencias del análisis para la acción. El análisis puede paralizar, particularmente cuando está dividido por un dualismo entre el micro y el macronivel de las estructuras socio-culturales. Para que el análisis pueda informar nuestra acción tiene que abordar los espacios de libertad para la acción. A muchas personas y grupos les resulta difícil encontrar un espacio para la acción libre en el macronivel. La situación parece demasiado vasta y compleja y es posible que el análisis socio-cultural en este nivel lleve al fatalismo. Por ello es vital prestar atención al nivel medio estructural y cultural, el *meso* nivel. En este mesonivel es donde encontramos las estructuras y la cultura de un barrio urbano o de una comunidad rural. Si prestamos atención tanto al mesonivel como a los niveles macro y micro, podremos identificar espacios de libertad para la acción social.

El análisis socio-cultural puede producir efectos positivos pero también negativos. Si da un barniz de racionalidad al prejuicio, la intolerancia o la violencia, las consecuencias pueden ser trágicas. El análisis académico puede aparentemente legitimar estructuras que producen injusticia con argumentos que pretenden cumplir los requisitos académicos. Los análisis hechos desde una perspectiva política pueden quedarse en el nivel de la denuncia o proponer políticas impracticables. El análisis para la conciencia social puede encender pasiones o exagerar las expectativas y después, cuando éstas se frustran, provocar desilusión o violencia.

Por otra parte, el análisis académico puede cuestionar estructuras sociales injustas al analizarlas con claridad y mostrar su incoherencia. La investigación dirigida políticamente puede apoyar de modo efectivo el movimiento por el cambio y comprometer a los políticos y a quienes toman decisiones en un diálogo que cuestione con respeto sus presupuestos fundamentales. El análisis para la toma de conciencia social puede valorar la cultura y la dignidad de los grupos marginados. Al realizar el análisis socio-cultural es preciso hacerlo en diálogo a fin de maximizar la probabilidad de los efectos positivos y como defensa contra las consecuencias negativas.

Análisis socio-cultural realizado en diálogo. La primera garantía es *realizar el análisis en relación con los afectados*. Su retroalimentación (*feedback*) es una prueba clave de la verdad del análisis. Es muy fácil proponer soluciones desde fuera y olvidar factores críticos del contexto que hacen que la solución propuesta sea totalmente inapropiada.

Una forma importante de conectar nuestro análisis con los afectados es la colaboración dentro del apostolado social entre los que trabajan en el nivel de la reflexión académica y los que están en primera línea. Los que realizan el trabajo de análisis sólo pueden implicarse hasta un cierto grado en el trabajo de primera línea entre los pobres. Con todo, el análisis es una parte integral del apostolado social porque tiene como objetivo mitigar a largo plazo el sufrimiento de los pobres y marginados.

➤ *Colaboración y redes de trabajo (3.7)*

Bajo esta luz es crucial fomentar un diálogo real entre los que estamos en apostolados sociales o universitarios, que hacemos análisis social, y los que están en primera línea. Más aún, hay condiciones para ese diálogo: conocer los límites de las ciencias sociales, estar dispuestos a aprender unos de otros, no ser demasiado críticos al principio, tratar de entender por qué otros dicen lo que dicen.

La segunda garantía es *hacer nuestro análisis socio-cultural en equipo*, donde las limitaciones del análisis o la teoría de una sola persona están sujetas al cuestionamiento y examen del tema hecho por el grupo. Dado que la formación intelectual requerida para ser competente a menudo lleva a una forma de trabajo individualista, a las personas con formación universitaria les puede resultar bastante desafiante el proceso del trabajo en equipo.

Queremos que nuestro análisis no sea un mero ejercicio académico. Nacido de nuestro contacto con la vida allí donde más amenazada la encontramos, busca defender la vida en acciones concretas. Nuestro análisis no sólo se orienta a enriquecer la comprensión sobre la vida humana en sus dimensiones sociales, sino a proponer, y en cuanto es posible, a crear formas de convivencia social más respetuosas de la dignidad de todo hombre y mujer. (América Latina)

Conciencia cristiana del sufrimiento del mundo.

Actuamos desde la conciencia cristiana cuando analizamos con honradez, apertura y sensibilidad; cuando reconocemos los prejuicios que pueden deformar nuestro análisis y nos impiden ver el daño que causan; cuando estamos abiertos a la verdad, aunque signifique admitir que estamos equivocados; cuando leemos los signos de los tiempos; cuando somos conscientes de que nuestros contextos (social, cultural, económico, político) están en lo fundamental afectados por el drama del pecado y la salvación; cuando distinguimos qué cosas de nuestro mundo y del medio ambiente llevan a la muerte y qué otras conducen a la vida; y cuando reconocemos los signos de esperanza en lugares donde Dios, que ya está actuando, nos espera.

Las *Características* ofrecen ahora cuatro «lecturas» de la situación contemporánea: cultural, económica, política y religiosa. No son ni una teoría sobre la cultura/economía/política/religión ni exposiciones completas de cada campo; más bien tratan de mostrar la *relevancia* de cada contexto y sus *conexiones* con nuestro trabajo por la justicia.

1. Pensando en el trabajo de análisis social de los jesuitas con el que estás más familiarizado, ¿qué categoría lo describe mejor: académico, de política y planificación o de conciencia social? ¿Tiene el vigor de esta particular forma de análisis que acabamos de exponer?
2. ¿En qué medida el ideal cristiano de la compasión motiva e influye en nuestro análisis social? ¿En qué medida el análisis genera sentimientos de compasión y lleva a alguna acción?
3. ¿Qué esfuerzos se hacen para asegurar que nuestro trabajo de análisis social se realiza en diálogo con los pobres y con otros que se dedican a trabajos diferentes? ¿Parece el diálogo fecundo? ¿Hay deficiencias notables en la forma de hacer el análisis?

3.2 Lectura cultural

«Si tenemos la paciencia, humildad y coraje para caminar con los pobres», según el Decreto 4 de la CG32, «aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos» (n.50). Este paciente, humilde y valiente «caminar con» e «inserción» influyen en cómo percibimos e interpretamos el contexto que rodea el apostolado social. La primera «lectura», que proporciona un punto de vista o perspectiva sobre las otras, es la cultural.

El Decreto 4 identificó bien las raíces humanas y culturales de la realidad social: «las estructuras sociales — de día en día se adquiere de ello más viva conciencia — contribuyen a modelar al mundo *y al mismo hombre, hasta en sus ideas y sus sentimientos, en lo más íntimo de sus deseos y aspiraciones*» (n.40, la cursiva es nuestra).

Veinte años después la Congregación General 34 expresó nuestra misión en términos de evangelización, cultura, diálogo y promoción de la justicia (decretos 2-5) donde *cultura* significa «la manera en la que un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura, subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida» (d.4, nota 1).

Pero, ¿se puede añadir sin más cultura y diálogo a fe y justicia tal como se entendían desde 1975? ¿Acaso se han injertado estas categorías en los enfoques existentes del apostolado social y su tradicional análisis social? La respuesta es claramente negativa. Ahora bien, ¿cómo hay que integrarlas en nuestro trabajo?

Lo que al parecer se exige es prestar una nueva forma de atención: aprender —de los pobres, de la experiencia personal, de la ciencia social— a percibir la cultura hasta que finalmente esta conciencia se haga habitual y colorea nuestra oración, análisis, interpretación, planificación y acción.

Aprender a cruzar el río

«Cruzar el río por donde están las piedras» es una imagen gráfica del descubrimiento de la cultura. Para cruzar así no son necesarios los conceptos de ingeniería precisos para la construcción de un puente, ni siquiera serían útiles. Más bien, lo que hace falta es un conocimiento experiencial nacido de la observación del lugar por donde vadea y siempre ha vadeado. Lo que hace falta es aprender lo que miles de travesías le ha enseñado a la gente: por dónde cruzar sin resbalar ni caer. Es posible que no sea el único lugar para cruzar, tal vez ni siquiera el mejor: quizás haya otras piedras no descubiertas aún. Pero por ahora quedémonos en la orilla para observar y aprender dónde están las piedras. Un día cruzaremos por primera vez, después habrá una segunda, más tarde otras y a la larga nos enteramos de los cantos rodados que hay en el fondo del río. Al mismo tiempo, reconocemos que la cultura es el río tanto como las piedras.

El apostolado social, quizás impaciente por construir un puente nuevo como paso hacia otros cambios, solía pensar de forma diferente. Pero con los grandes cambios después de 1989 y con la insistencia de la CG34 en la cultura y el diálogo, comprendemos que el análisis social y la acción social con frecuencia se han quedado en la superficie, sin arriesgarse a sumergirse para buscar las piedras reales de la cultura bajo el agua. Ordinariamente los movimientos sociales no se paran a preguntarse si los cambios satisfacen las necesidades concretas de la gente, corresponden a sus

aspiraciones, los ayudan a alcanzar sus verdaderas metas, coinciden con su fe y sus sentimientos más profundos, etcétera.

Las piedras de la cultura, aun cuando se experimenten concretamente, no se someten por necesidad al análisis racional que suele usar nuestras herramientas sociológicas, económicas o políticas. Lo que podemos hacer es cruzar el río por donde están las piedras, adquirir el hábito de percibir-las, aunque estén parcial o totalmente por debajo de la superficie, describirlas con cuidado y reflexionar sobre su significado para la justicia.

La cultura es algo que se gusta, se toca y se siente y no sólo se ve y se analiza. Los seres humanos no somos «*homo economicus*» limitados a intercambios mercantiles y al impulso por maximizar las ventajas en todo intercambio humano, ni exclusivamente un «animal político», ni simplemente el individuo privado. Todo análisis (económico, sociológico, psicológico) corre el riesgo de distorsionar y reducir la cultura a categorías racionales que nos impiden captar el punto de vista de los que cruzan el río pasando de piedra en piedra.

Este «punto de vista» incluye normas aceptadas, valores compartidos, todo lo que motiva la vida diaria y la vida pública. La atención a la cultura nos ayuda a ver injusticias que tocan o afectan a aspectos de la vida cotidiana que no fueron percibidos en modelos anteriores de supervivencia, familia, grupos y clases sociales.

Así pues, comprendemos que las leyes de un Estado, las normas comerciales y de intercambio, el acceso a bienes y servicios fundamentales como la educación, la salud o el ocio, las relaciones familiares y otras muchas estructuras o instituciones no existirían o funcionarían si las gentes no hubieran interiorizado las innumerables normas, valores, opiniones y gustos que configuran una cultura concreta.

Comparada con los hechos (económicos) brutos, la cultura parece subjetiva y en cierto sentido lo es: modela desde dentro la forma de vida real de la gente. La cultura es también «colectiva» y estructural porque es *compartida* por un grupo humano. Estas motivaciones, normas, valores e ideales compartidos sirven para mantener o cambiar las relaciones sociales, sean justas o injustas.

En Esplugues (Barcelona), los mayores de 50 años usan los servicios médicos proporcionados por la Seguridad Social pero, cuando parece que no son eficaces, acuden a los curanderos. Éstos cobran cantidades desorbitadas pero su mezcla de oraciones, ritos, remedios y masajes, ocasionalmente cura, un resultado que no obtienen de los médicos de la Seguridad Social. Como consecuencia, los vecinos no están dispuestos a apoyar las demandas de un nuevo Centro de Asistencia Primaria (dado que tienen poca confianza en la eficacia de los médicos). Les resulta difícil comprender nuestra predicación contra la «superstición» (porque para ellos es algo verdadero y real, no supersticioso). De la misma forma que nosotros cuestionamos su confianza en los curanderos, ellos relativizan nuestra confianza no cuestionada en la medicina científica moderna. La Asociación de Vecinos y la Parroquia, respetando la cultura de la gente, se preguntan si es posible cambiarla, si se debería hacerlo y, si la respuesta es positiva, cómo hacerlo sin desarraigar más a los mayores que siendo privados de seguridades familiares no encuentran otras nuevas para reemplazarlas. (Europa)

«Cultura» global

Parece que la «cultura» global está muy lejos de la imagen rural de vadear un río a pie, pero en realidad está cerca de ella y es importante porque se extiende por todo el mundo e interactúa de varias formas con las culturas locales y tradicionales.

En este sentido global, la palabra «cultura» se pone entre comillas porque, si bien notamos sus poderosos efectos, no estamos seguros de si realmente es una cultura. ¿Acaso alguien vive más global que localmente? El adjetivo «global» sugiere que este fenómeno se extiende a todas partes y, sin embargo, es difícil de captar. La «cultura» global es ambigua y ambivalente; tiene algunos aspectos positivos y otros destructivos.

Por una parte, estima los logros individuales, la competencia, la posesión y el consumo de bienes materiales. Se apoya y se propaga por la extensión de las estructuras de mercado a todas las esferas de la vida humana, por la producción y la venta de imágenes y por la red mundial de los medios de comunicación. Con demasiada frecuencia es también una cultura antisolidaria.

Por otra parte, la «cultura» global refleja las pretensiones de la ciencia y los beneficios de la tecnología. También promueve los derechos humanos y el libre flujo de información y genera redes de grupos locales y no gubernamentales que luchan por la justicia.

La experiencia de esta «cultura» es diferente en las diversas regiones de nuestro planeta. Unas veces es beneficiosa; otras es amenazadora y en ocasiones corrompe. En todas partes se mezcla con elementos locales para formar la verdadera cultura operativa de un pueblo.

Se corre el peligro de personalizar la «cultura» global y demonizarla en lugar de distinguir los puntos liberadores de los destructivos. En un mundo cada vez más interdependiente, la «cultura» global es inevitable y su calidad y efectos son de interés vital.

Los medios de comunicación y la economía de libre mercado están llevando a la creación de un mundo monocultural que está ocasionando la destrucción de culturas, artesanías y tecnología indígenas. Las organizaciones multinacionales son especialmente activas en la creación de una cultura de consumo: el deseo humano de necesidades incesantes y la fascinación por todo lo grande y extranjero. (Asia Meridional)

Culturas dominantes y minoritarias

Los grupos de poder o mayoritarios han tendido a usar su primacía económica, política o militar para dominar a las minorías, y un aspecto de ese dominio ha sido el desprecio y la represión de la cultura minoritaria. Con frecuencia se excluye económica, política y culturalmente a las minorías étnicas, raciales y religiosas, a los inmigrantes y los refugiados. La clase, casta o grupo dominante o mayoritario ejerce el poder en la dimensión cultural y el grupo dominado o minoritario resiste de diferentes formas, también culturalmente.

Parece que el lenguaje de los derechos humanos está bien fundamentado y es universalmente reconocido. Sin embargo, a menudo no convence a la mayoría de que la minoría tiene una dignidad

intrínseca y que merece el mismo respeto incondicional que la gente muestra a «los nuestros». La inclusión y la dignidad son realidades culturales. La integración de la minoría los arrastraría a una nueva cultura, que cambiaría la anterior, pero que también evidentemente haría cambiar a la dominante.

Los dilemas culturales más dramáticos se producen cuando estallan fuertes conflictos étnicos, raciales o religiosos. Corremos el peligro de ser parciales con nuestro propio grupo y, por consiguiente, acríticos con respecto a los abusos e injusticias cometidos de nuestra parte. En lugar de absolutizar nuestra cultura como la única «verdadera», nuestra vocación nos llama a percibir las injusticias cuando «los nuestros» son responsables o cómplices, denunciarlas y resistir contra ellas. Esto requiere dones de apertura, lucidez, discernimiento y reconciliación. No es fácil, es casi imposible; pero es necesario e importante.

Algunos ejemplos

Dado que la cultura es siempre concreta y específica, puede ser de utilidad recordar la «lectura» tradicionalmente hecha por el análisis social de varios temas y después nos preguntamos qué aporta el añadir un decidido componente cultural:

- Estamos acostumbrados a argumentar de forma ética sobre la pena de muerte, a defender su abolición legal o históricamente, a enfocar el problema en lo político y legislativo. Con todo, el debate entre adopción y abolición es una tema muy emocional y cultural en muchos pueblos.
- Mucha gente fuera de Asia meridional está conternada al saber que unos 130 millones de *dalit* (antes conocidos como «intocables») son sistemáticamente humillados, empobrecidos y privados de su dignidad. No obstante, los que trabajan por la reforma política y legal reconocen que el cambio cultural, que quizá sea aún más difícil de conseguir, es lo que de verdad quieren los *dalit*.
- Los aspectos personales, biológicos, médicos, económicos y políticos del VIH/SIDA son obvios y evidentemente son muy importantes. Sin embargo, el VIH/SIDA es también una cuestión muy cultural y con frecuencia una cuestión religiosa.

Los que trabajan en el ministerio social, jesuitas y laicos, tienen que afrontar serias cuestiones morales procedentes del presente clima cultural norteamericano de cinismo sobre los ideales y las estructuras sociales, el agravamiento de la diferencia de ingresos, el temor porque los valores cambian y se desintegran. Los que pertenecen a las organizaciones eclesiales de base tienen que enfrentarse con una desafección norteamericana creciente hacia la religión organizada y con tensiones dentro de la Iglesia misma a propósito de cuestiones diversas. Los ministerios sociales pueden estar dispersos, ser esporádicos y no estar centrados; pueden hacer que los individuos implicados en ellos se quemen. (Estados Unidos)

De nuestras culturas africanas extraemos esperanza para una sociedad marcada e influida por los valores de familia, comunidad, solidaridad, hospitalidad, respeto a la vida y profunda conciencia religiosa. Estos valores promueven esperanzas, no para un regreso a formas y estilos anteriores (con frecuencia irrelevantes en las situaciones modernas), sino más bien para la construcción de formas y estilos futuros más congruentes con el desarrollo integral y la promoción de modos de vida idóneos que todos deseamos. (África)

- La corrupción es un fenómeno complejo. Parece difícil decir si es más endémico que antes o sólo más visible, pero está claro que en muchos países pobres la corrupción podría constituir el obstáculo más grande para el desarrollo y la mejora del bienestar. La corrupción está asentada sobre valores compartidos, vínculos sociales y modelos culturales tanto como sobre el egoísmo individual.
- Una vez que una dictadura o una guerra civil acaban, ¿cómo habría que afrontar los gravísimos abusos y crímenes de esa época? Nuestra idea de sentido común es «borrón y cuenta nueva; lo pasado, pasado está y comencemos de nuevo». Sin embargo, muchos países han pasado por el proceso de una comisión de la verdad (Argentina, Chile, El Salvador, Sudáfrica) o un tribunal de crímenes de guerra (Ruanda, ex Yugoslavia) para afrontar pública y culturalmente los abusos del pasado.
- En Sri Lanka parece que la historia ha introducido enérgicos elementos de rechazo en las dos culturas étnicas. Parece imposible reconciliar a los tamiles y cingaleses con medios políticos o militares. Es posible que proyectos a pequeña escala, que reúnen por ejemplo a jóvenes de ambos grupos, sean más eficaces para crear una cultura común más

tolerante.

- Los que trabajan con un grupo excluido atestiguan que lo que causa su mayor sufrimiento no es la desventaja o el empobrecimiento en el que viven, sino la exclusión y marginación que de ellas se sigue. La dignidad, la aceptación y la inclusión son cuestiones estructurales y culturales; un cambio meramente político o legal, por el que se lucha, podría ser sólo el primer paso y, de hecho, el más fácil para lograr el verdadero cambio social que implica el cambio de actitud, conducta y relaciones. El trabajo con los marginados, para que tenga repercusión social, tiene que inculcar nuevos modelos de conducta tanto entre los marginados como en otros grupos sociales.

Nuestra propia cultura

Observar las piedras por las que otros cruzan podría ser más fácil que darnos cuenta de nuestro propio río. «Nuestro propio grupo» podría ser aquel en el que crecimos o bien aquel otro con el que hemos llegado a identificarnos profundamente. En ambos casos, la cultura nos estructura desde dentro y no podemos pretender una «objetividad» por encima de todo como si viviéramos fuera del tiempo y del espacio. Estamos siempre «sumergidos» o «inmersos» en la cultura de nuestro pueblo y como jesuitas tenemos nuestra propia cultura.

Así, entre nosotros tiene lugar un cierto diálogo intercultural, que incluye la cultura de la universal Compañía de Jesús y requiere sensibilidad y mucha generosidad de espíritu. Entre los que dirigen un proyecto jesuita puede haber colegas o colaboradores que no se consideran religiosos. Existen diferencias culturales y religiosas significativas, pero con frecuencia permanecen tácitas. Parece importante encontrar ocasiones en que dialogar en el nivel de esas ideas y hábitos, normas y valores no verbalizados, que anteriormente llamamos «las piedras para cruzar el río». Las *Características* pretenden proporcionar el espacio y el lenguaje para ese diálogo.

Justicia y cultura

No es fácil determinar con objetividad o precisión qué tiene que ver la cultura de una sociedad con sus estructuras justas e injustas. Comenzar con la cultura, saber dónde están las piedras, no significa aceptar esa cultura acríticamente. Reflexionemos sobre las palabras «justicia» y «cultura» que forman una cruz en el centro del logo del Congreso de Nápoles.



- La cultura, incluida la religión, puede conducir a injusticias económicas, políticas y sociales. Las injusticias, es decir, injurias recurrentes que causan el sufrimiento de los inocentes, son una denuncia de la cultura en la que suceden.
- Las culturas apoyan y legitiman injusticias, es decir, dinanismos o modelos injustos, y también apoyan las nuevas leyes o disposiciones que tienen como objetivos repararlas y hacer justicia; la cultura como tal podría contribuir al cambio; cabe (¡con dificultad!) cambiar las piedras, usar otras diferentes, o encontrar o construir un nuevo vado.
- El trabajo por la justicia debe echar raíces en los ideales y motivaciones de la cultura; de lo contrario, no habrá un cambio real. Las transformaciones económicas, sociales y políticas demandan también cambios culturales. La acción social podría contribuir al cambio cultural.
- El trabajo por el cambio cultural sigue siendo una idea abstracta hasta que se encuentra el material y los medios necesarios. Colegios y universidades han sido tradicionalmente los medios privilegiados de la Compañía para promover el cambio cultural, especialmente en los estudiantes, pero también en sus padres e indirectamente en la sociedad en su conjunto. Actualmente los proyectos de apostolado social ofrecen un vehículo idóneo para el cambio cultural en diferentes niveles de la sociedad. Trabajando de esta forma desde la cultura se espera, lenta y gradualmente, ver los cambios estructurales como resultado.
- Los grandes cambios sociales requieren grandes cambios culturales y viceversa.
- En nuestro mundo cambiante e interrelacionado procuramos promover transformaciones que defiendan la vida de los pobres y logren la justicia para todos. Así, nuestra investigación, organizaciones y acción se sitúan con frecuencia en las fronteras culturales y su efecto es la transformación de la cultura. Al igual que nosotros, a menudo, nuestras organizaciones son agentes inevitables de modernización. Deberíamos promover, de forma consciente, esos cambios culturales que son los más humanos posibles.
- La verdadera caridad y la verdadera conversión personal introducen nuevos comportamientos y valores en el nivel de la vida cotidiana y, si están sostenidos por un grupo, tienen relevancia social y contribuyen a reproducir un cambio sociocultural que a su vez estimula cambios institucionales o estructurales.

La creación de un entorno humano de justicia, libertad y caridad es una empresa común, pero con la responsabilidad principal sobre los pobres. El que llega de fuera tiene que entrar también por la puerta de la cultura de los pobres. (Asia Oriental)

Cruzar el río por donde están las piedras significa tomar la cultura de la gente como un punto de partida continuo para desarrollar el pensamiento y la acción de justicia social. En caso contrario, ¿puede el apostolado social contribuir al verdadero cambio social?

Preguntas

1. Reflexionando sobre la cultura que consideras más profundamente tuya, ¿cuáles de sus características resultarían más llamativas para alguien de fuera?
2. Encontrarse con una cultura es «cruzar el río por donde están las piedras». ¿Cómo se aplica esta metáfora a la cultura en la que vives y trabajas? ¿Cuál es el río y cuáles son las piedras? ¿Qué supondría un cambio o transformación real?
3. Se han puesto algunos ejemplos en los que el añadido de un fuerte componente cultural conducen a una comprensión de los temas diferente de la que se obtiene por el análisis social exclusivamente. ¿Puedes añadir ejemplos de tu propia experiencia?
4. «Sólo dentro de las culturas podemos hablar de Dios y su justicia. Pero la justicia del evangelio, por su parte, siempre cuestiona todas las culturas» (Congreso de Nápoles). ¿Qué sugiere esto sobre la misión evangelizadora de nuestro apostolado social? ¿Qué supone en la práctica?

3.3 Lectura económica

Jesús nos enseñó a orar diciendo: «Danos hoy nuestro pan de cada día» y también: «No sólo de pan vive el hombre». Los desempleados y los hambrientos aprecian lo que significa un modo de vida seguro porque su carencia les causa mucho sufrimiento y también saben de la importancia de la esperanza.

Darnos cuenta de cómo los pobres con los que vivimos y trabajamos afrontan las dificultades y sobreviven es una fuente indispensable de conocimiento para el apostolado social. Su economía de supervivencia, cuando la observamos de cerca, constituye una base para nuestra comprensión, cooperación y acción económicas y nos proporciona una brújula para atravesar los niveles local, regional, nacional y global, de lo micro a lo macro y viceversa sin perdernos o desalentarnos.

Interpretar el contexto económico

Bombardeados constantemente con noticias sobre la economía, estamos familiarizados con numerosas expresiones elementales aunque sólo sea por pura repetición:

ayuda, Banco Mundial, bienes y servicios, brecha, capital, clase, comercio, consumo y consumismo, corporación, crecimiento, crédito, dependencia, desarrollo, desempleo, deuda pública, disparidad, distribución, dólar, empleos, empresas multinacionales, especulación, euro, finanzas, FMI, franco, globalización, industria, inflación, ingresos, inversión, libra, lira, manufactura, marco, materias primas, medio ambiente, mercado, mercancías, multinacional, nación, norte-sur, Organización Mundial del Comercio, pobre y pobreza, política económica, precios, primer mundo, privatización, productividad, Programas de Ajuste Estructural, recesión, recortes, ricos, rupia, salarios, servicios sociales, sindicato, tasas de interés, tecnología, tipos de cambio, Tercer Mundo, trabajo, venta pública, yen, etcétera.

Reflexionar sobre el significado fundamental y el valor ético de términos como éstos es encontrar inmediatamente las complejas ambigüedades del ámbito de la economía. Cada proyecto social jesuita, tanto si ayuda a la gente a sobrevivir en un barrio pobre como si aborda estructuras globales, puede beneficiarse de la identificación de las expresiones más usadas y de la profundización en su comprensión. «Profundización» significa combinar la experiencia de la gente que vive esos fenómenos, la habilidad de los que trabajan en ellos y el conocimiento de quienes los estudian y enseñan.

Lo característico de nuestro trabajo en el apostolado social es la atención a las cuestiones económicas en sus aspectos sociales, políticos, culturales y religiosos en lo que afectan a quienes queremos servir. Es probable que este capítulo sea útil para aquellos cuya «lectura» tiende a pasar por encima el aspecto económico.

Ya que como en el apostolado social de la Compañía estamos directamente implicados en todos los niveles identificados anteriormente, es característico que hagamos nuestra «lectura» económica en diálogo interdisciplinar. No es posible comprender, y mucho menos afrontar o resolver, las injusticias y problemas económicos sin esta cooperación inteligente.

Lo característico, pues, no es *una* interpretación o *un* análisis de la economía (¡mucho menos la pretensión de que sea *el* correcto!), sino alentar a cada grupo para que emprenda una lectura y relectura activa e interrelacionada de las circunstancias económicas de la gente a la que sirve.

Esto significa:

- Identificar categorías, ideas o nociones que hemos de tener presentes.
- Conectar el vocabulario económico con la experiencia de vida.
- Enriquecer las ideas con opiniones procedentes de diferentes medios.
- Apreciar las ambigüedades y complejidades.
- Incluir las dimensiones ética y espiritual.

Esto es lo que hacemos a continuación bajo tres títulos, cada uno de los cuales examina brevemente una noción o categoría principal: el mercado, la pobreza y la globalización. De todas las categorías económicas, es probable que éstas tengan la aplicación más amplia. Dos de los textos se toman de fuentes jesuitas y el tercero es del *Informe sobre Desarrollo Humano 1997* de la ONU. Nos muestran lo que «leer y releer la economía» podría significar y son citas dignas de ser tomadas como puntos de partida para el análisis, la reflexión y la discusión en grupo.

Hoy la India es un país de desigualdades de clase y de casta. Dentro de esta división general son particularmente llamativas las desigualdades acumulativas basadas en las diferencias de casta y de sexo. Algunos grupos acumulan un poder y una ventaja casi hegemónicos fundamentados en las diferencias urbano-rural y de clase, casta y sexo. Este segmento de la población puede vivir según niveles occidentales de consumo. En el otro extremo, el 48 por ciento de los 880 millones de habitantes del país sufren por causa de la desnutrición, el analfabetismo y la mala salud y son víctimas de las mismas diferencias urbano-rural y de clase, casta y sexo. (Asia Meridional)

El mercado

El mercado, como expresión histórica de la necesidad de los seres humanos de apoyarnos unos en otros para poder darnos posibilidades de realización presente y futura, *no es ni bueno ni malo*, ni capitalista ni socialista. Se plantea para todos como una relación que debe ser controlada en libertad, solidaridad y destreza, para conseguir una existencia amable para todos.

Como todo tipo de relación, el mercado puede ser empleado perversamente para destruir a las personas y a los pueblos. Pero el hecho de que pueda darse esta perversión no puede llevarnos a olvidar el patrimonio de conocimiento y de cultura que en torno al mercado ha hecho la humanidad en su historia.

El desafío no es destruir la relación de intercambio, sino ponerla *al servicio* de la realización *del ser humano* en armonía con la creación; colocarla dentro de un marco de condiciones de igualdad de oportunidades básicas para todas las personas; y dignificarla librándola de las fuerzas de dominación y explotación que llegaron a tergiversarla en el modo de producción que se generalizó en occidente (*Documento de los Provinciales Latinoamericanos sobre el Neoliberalismo, 1996*).

Pobreza

La pobreza tiene muchos rostros y abarca más que un bajo ingreso. Refleja también mala salud y educación, la privación de conocimientos y comunicaciones, la incapacidad para ejercer derechos humanos y políticos, y la falta de dignidad, confianza y respeto por sí mismo. Hay también un empobrecimiento ambiental y el empobrecimiento de países enteros, donde esencialmente todos viven en la pobreza. Detrás de esos rostros de la pobreza se oculta la sombría realidad de vidas desesperadas sin salida y, con frecuencia, gobiernos que carecen de la capacidad para enfrentar la situación (*Informe sobre Desarrollo Humano 1997*).

La pobreza, enraizada en la cultura local e influida por factores locales, debe ser «leída y releída» cultural, política y también religiosamente. «La pobreza y la miseria no son tratadas nunca con complacencia en los Evangelios», dijo el padre General en Nápoles. «Son no valores que simplemente no deberían existir y que en modo alguno expresan la voluntad del Creador».

Globalización

La «globalización» no podía faltar a la hora de analizar los diversos contextos de nuestros apostolados, pero fue imposible ponerse de acuerdo sobre lo que ella significa.

- Para unos, se trata de la globalización impulsada por el neoliberalismo que aumenta la brecha entre ricos y pobres.
- Para otros es más bien la globalización de la cultura que destruye las culturas locales.
- Para otros la globalización es un fenómeno ambiguo y el neoliberalismo tiene también sus aspectos positivos que necesitan ser humanizados.

Por esta razón las estrategias que se propusieron no fueron unánimes.

Unos, como por ejemplo algunos delegados indios, plantearon que la Compañía debía asumir una posición clara de denuncia del sistema.

Otros advirtieron sobre el peligro de terminar como el rey Canuto, armado de su bastón de mando, quien al exhortar a las olas del mar a que se apaciguaran, terminó como era de esperar mojado, según la gráfica expresión del delegado de Detroit.

De aquí los diversos acentos en microrrealizaciones o en cambios estructurales, en pequeñas iniciativas de mejoramiento al lado de los pobres o en esfuerzos globales para oponerse al sistema. Quedó claro, sin embargo, que si el neoliberalismo es una ideología que pone las fuerzas del mercado por encima de la persona humana no nos resta sino denunciarlo y oponernos a él. Todo el asunto está en saber si tal es la interpretación que conviene a la realidad económica de todos los países (*Congreso de Nápoles en PJ 68*, septiembre de 1997).

La promoción de modos de vida sostenibles (una mezcla de eco-nomía, ecología y consideraciones equitativas) es cada vez más difícil. La propagación del VIH/SIDA está teniendo consecuencias económicas desastrosas en muchos países; lo mismo que los conflictos étnicos, la violencia y la guerra. (Africa)

Escuchar el grito de los pobres

Parece que los proyectos sociales jesuitas, cuando trabajan sobre cuestiones económicas, combinan, en diferentes proporciones, distintas perspectivas de reflexión y énfasis en la acción.

- Ética: nombrar valores que deberían ser decisivos.
- Protesta: denunciar lo inaceptable.
- Reforma: soluciones posibles, alternativas y colaboración

La ética proporciona luz, tal como se encuentra en la Doctrina Social Católica, para repensar todo el proceso, desde la injusticia que sufre la gente de continuo hasta la acción por el cambio. La economía existe para las personas, no las personas para la economía. Por consiguiente, las políticas e instituciones económicas deben ser juzgadas por el criterio de si protegen o socavan la vida y la dignidad de las personas.

Los grupos marginados por razones de raza, sexo, casta o clase son con frecuencia muy pobres y puede ser que las mismas razones «legitimen» falsamente su explotación por un grupo dominante. La corrupción, la discriminación y el conflicto étnico exacerban también a menudo la pobreza, mientras que las inversiones públicas en educación, salud, medio ambiente, infraestructura física e instituciones sociales apropiadas se concentran frecuentemente donde viven los relativamente ricos, perpetuando así las diferencias o la llamada «brecha» entre ricos y pobres.

Todos tenemos derecho a la vida, las necesidades fundamentales, la educación, la vivienda, el trabajo, la dignidad y la participación en la sociedad. Por tanto, el gobierno y las instituciones colectivas, todos en realidad, tenemos la obligación moral de trabajar juntos para conseguir esos objetivos. La medida moral fundamental de toda economía es el cuidado de los pobres y vulnerables.

La protesta nace del contacto estrecho con los que sufren el empobrecimiento, la exclusión y la explotación. Presenta el sufrimiento como una realidad tan intolerable como para despertar a los inconscientes y los autosatisfechos y ganar su apoyo para la acción y el cambio. La protesta urgente de los pobres puede llevar a otros a examinar sus propios estilos de vida y opciones.

A menudo la protesta es fuerte, dramática y enérgica en la condena. Puede ser que rápidamente culpe a los que están en otro nivel olvidando la responsabilidad de los que están más cerca. El impulso de protesta aparece en un primer momento y sólo después se habla de reforma. Es importante identificar espacios de libertad y responsabilidad para la acción en diferentes niveles.

El cambio o la reforma trata de crear, encontrar o proponer soluciones por medio de la investigación, la política y las negociaciones. Muchos esfuerzos de reforma consisten en proyectos

Casi todos dan por supuesto que el «experimento americano» es, considerándolo bien, un éxito. Los jesuitas comparten generalmente el optimismo de la mayoría de los habitantes del país sobre la forma de vida norteamericana, la estabilidad de nuestras instituciones políticas y nuestra capacidad para mejorar la vida. Esperamos que el cambio social sea evolutivo, no revolucionario. Consideramos que el gobierno es ordinariamente provechoso y con frecuencia responsable del cambio de necesidades. Esto explica nuestros esfuerzos por trabajar e influir en las estructuras políticas locales y nacionales. (Estados Unidos)

económicos locales a pequeña escala, por ejemplo, tecnología apropiada para hacer que los productos locales tengan mayor valor comercial, programas de crédito para microempresas, programas de reciclaje para desarrollar habilidades superiores en el trabajo, promoción de «watershed». Los logros locales dependen con frecuencia de la identificación de los factores regionales o nacionales que causan la pobreza o la injusticia. Dado que la pobreza es ordinariamente multidimensional, así también la reforma eficaz debe ser multidimensional.

Otros esfuerzos se hacen en colaboración con organizaciones gubernamentales, no gubernamentales e intergubernamentales y movimientos populares y tienen intereses más amplios, por ejemplo, derechos humanos, prácticas comerciales justas, viviendas para los pobres de la ciudad, reforma agraria, deuda externa, medio ambiente sostenible.

Haciendo frente a las limitaciones en los niveles local, nacional e internacional, los que trabajan por la reforma buscan espacios de libertad para que el cambio pueda ser efectuado realmente y vuelven a protestar cuando se bloquean esas posibilidades.

➤ *Lectura política (3.4)*

Situado en todos los niveles y en casi todas las áreas, nuestro apostolado social tiene la oportunidad de reconocer, no sólo conceptualmente sino también en la práctica, la interdependencia de diferentes situaciones económicas: entre ricos y pobres dentro de un país, entre los pobres de diferentes países y entre países ricos y pobres.

Los que están cerca de los que sufren y experimentan la injusticia podrían cooperar con los que trabajan por la reforma, los que viven en «el norte desarrollado» con los que viven en «el sur en desarrollo». La comunicación y los viajes hacen relativamente fácil el trabajo en red. La crítica de problemas económicos globales como el de la deuda internacional requiere una sólida comprensión intelectual de las realidades económicas globales y de cómo afectan a la vida de los pobres.

➤ *Colaboración y redes de trabajo (3.7)*

Una conciencia creciente de la dimensión cultural no reduce la importancia del análisis económico. Todo lo contrario. Nuestro enfoque se podría caracterizar por una insistencia simultánea en el «pan de cada día» y el «no sólo de pan», una economía al servicio de toda la humanidad.

Preguntas

1. Al comienzo del capítulo enumeramos unos sesenta términos económicos y después se citaron reflexiones sobre tres de ellos. Escoge otros tres términos de la lista y reflexiónalos, teniendo presente su significado más profundo y sus dimensiones ética y espiritual.
2. Según nuestra experiencia, ¿cuál es el papel de los pobres en el cambio económico y social? ¿Cuál es la clave para salir de la pobreza y participar en la sociedad? ¿Es la participación en el mercado o un enfoque alternativo? ¿Acompaña efectivamente la Iglesia a la gente en esos esfuerzos?
3. ¿Por qué la conciencia de la dimensión cultural no disminuye la importancia del análisis económico? ¿Cómo se afectan mutuamente las lecturas cultural y económica?

3.4 Lectura política

Un grito — a veces fuerte y estridente, otras, silencioso con sufrimiento — viene de «los que no tienen voz». El apostolado social de los jesuitas, viviendo entre ellos, trabajando con ellos directamente o por su causa, escucha constantemente este grito. Este apostolado consiste en muchos esfuerzos por ayudar a los sin voz a encontrar su voz, por ayudar a los pobres a expresarse a sí mismos y transformar su impotencia en responsabilidad. «Los jesuitas nos hacemos solidarios con los pobres, los marginados y los sin voz, para que puedan participar en los procesos que modelan la sociedad en la que todos vivimos y trabajamos» (CG34, d.26, n.14).

Su grito silencioso, no articulado o fuerte, cambia nuestra comprensión de la realidad social. Entra en nuestra conciencia y se convierte en nuestro punto de vista. La impotencia influye en nuestra forma de tratar con los poderosos. Descubrimos vínculos entre las experiencias «insignificantes» de sufrimiento y las grandes estructuras de la sociedad y la cultura.

Este capítulo no presenta una teoría o una interpretación política, sino un enfoque que nuestro apostolado social puede usar para hacer una lectura política de su situación. La «política» puede ser un tema caliente o difícil. Fuertes convicciones surgen sobre lo que los jesuitas deben o no pueden hacer; con frecuencia las palabras están cargadas de afectividad y se usan de un modo impreciso. Una cierta guía podría ser útil para la discusión en nuestros grupos y con otros. Además, la «política» apunta a una dimensión importante de nuestro trabajo que tiene mucho que ver con su significación y eficacia. Hacemos bien en tomar conciencia de ella, hacernos responsables por ella y clarificar nuestra contribución específica con alguna reflexión autocrítica.

➤ *Planificación y evaluación (3.8)*

Interpretación

La política tiene lugar dentro de un contexto particular — un municipio, un departamento, provincia o Estado, un país — que podemos concebir como una gran área. Dentro de esta área, la política puede ser algo muy específico, pero su papel global es mantener casi todo lo demás en su lugar y en armonía o equilibrio. En este sentido más general, la política comienza con soberanía, autoridad, toma de decisiones, y afecta a muchas facetas de la vida:

- Nacionalidad y ciudadanía por la que cada individuo participa en todo lo demás.
- Intercambio y comercio, finanzas e impuestos.
- Relaciones exteriores y defensa.
- Sistema judicial y sistema penal.
- Inmigración y minorías.
- Educación y comunicación, cultura y deportes.
- Familia, matrimonio, relaciones sociales, religión.
- Asistencia social o seguridad social.
- Muchas otras, algunas dependientes del país y la cultura.

Se supone que éste es el tipo de cosas de las que la autoridad pública se ocupa activamente. Pero también podemos pensar que la autoridad pública es mínimamente responsable de las condiciones básicas sin las cuales el pueblo no puede tomar parte en la vida humana. Estas garantías mínimas están definidas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). Cada ser humano, sin distinción de ninguna clase, tiene los siguientes derechos:

- Vida, libertad y seguridad de la persona.
- Reconocimiento como persona ante la ley.
- Libertad de movimiento y residencia.
- Participación en el gobierno de su país.
- Libertad de pensamiento, conciencia y religión.
- Trabajo, descanso y ocio.
- Un modo de vida adecuado.
- Educación.
- Otros muchos que, si faltan o son violados, atentan contra la dignidad de la vida humana.

Las dos listas abiertas, una positiva y la otra de mínimos, son de largo alcance. Al igual que la economía y la cultura, la política, a su modo, afecta a «casi todo». La autoridad política, por su parte, no es vaga y omnipresente, sino que está muy articulada en todas partes, incluso en lugares muy remotos o «no desarrollados». Hay múltiples niveles de autoridad: local, municipal, regional, nacional, internacional, global. Adoptan muchas formas interrelacionadas: poder ejecutivo, parlamento o congreso, partidos políticos, servicio civil en departamentos o ministerios, innumerables instituciones y organismos — y otras.

¿A qué intereses sirve toda la compleja función política? Evidentemente, la respuesta debería ser «a los de todos», pero este ideal se traiciona de diferentes formas. Una contradicción muy obvia tiene lugar cuando un espacio político es gobernado por una dictadura o una minoría dominante, que de una forma no representativa deforma el proceso político o gubernamental para servir a los intereses de unos pocos, no a los comunes.

Una deformación menos obvia pero muy real puede proceder del lado económico. Con el llamado «triunfo del neoliberalismo» parece que actores económicos principales como bancos y corporaciones multinacionales están exentos de todo control político legítimo y, por el contrario, dominan muchos aspectos de la vida donde deberían prevalecer criterios no económicos. El negocio y la publicidad son libres para imponer su modelo consumista. Se imponen los programas de ajuste estructural, pensados para ordenar la casa económica (algo muy necesario), sin un control político suficiente y están creando una carga desproporcionada para los pobres. En lugar de elaborarse desde una perspectiva política y tener muchos aspectos en cuenta, las políticas pueden volverse estrechamente económicas.

➤ *Lectura económica (3.3)*

Nuestra acción política debería ser diferente porque trata de curar el abuso de poder y a quienes lo han sufrido. Por tanto, nuestra espiritualidad es vital para el éxito del apostolado social: una espiritualidad que puede aceptar el fracaso, la falta de éxito, la incompetencia y la división, puede ayudar a garantizar que nuestro compromiso con el poder y la influencia sea todo lo «limpio» posible. (Asia Oriental)

La corrupción — oculta, aunque «conocida por todos» — es otra forma difundida de traición al proceso político con efectos desastrosos en muchos aspectos de la vida socioeconómica.

Así, muchas personas en países muy diferentes sienten que las autoridades públicas no desempeñan adecuadamente su papel de distribución de poder, de resolución de conflictos y de hacer posible que la gente trabaje junta. Parece que el estado de ánimo predominante de apatía o «antipolítica» está justificado por sentimientos y razones como los siguientes:

- El aparato público ha sobrepasado su competencia, se ha hinchado y se ha vuelto ineficaz; muchos ciudadanos se sienten defraudados y frustrados.
 - La reforma o minimización ha realizado recortes tan profundos que el Estado es incapaz de ejercer sus funciones; los ciudadanos se sienten mal servidos, olvidados y maltratados.
 - Las continuas crisis de gobernabilidad causadas por la pobreza, la violencia o desastres naturales como las sequías, hacen que los ciudadanos se sientan inseguros.
 - Las instituciones y funcionarios del Estado, los partidos y los políticos han perdido toda credibilidad en el pueblo.
 - La pobreza de los medios de comunicación trivializa la política y la reduce a imágenes, relaciones públicas y encuestas opinión.
 - Las utopías se han derrumbado, desencantando a muchos que esperaban producir un mundo más humano a través del cambio político, estructural o revolucionario.
 - Un sentido de la política solamente preocupada por «intereses enfrentados» ha eclipsado toda noción de «bien común».
 - En una cultura de la satisfacción individual o privada, la gente presta poca atención al interés público
- *Lectura cultural (3.2)*

En este clima cínico o «antipolítico» cínico que predomina en muchos lugares, la gente no espera que las autoridades políticas tradicionales, como los partidos o el servicio civil respondan a las necesidades urgentes. Por el contrario, ha surgido un actor o sujeto político alternativo, en ocasiones llamado «sociedad civil», que toma en sus manos las riendas.

Nuestro hogar común social se desmorona, convirtiéndose nuestras sociedades en conglomerados de individuos no religados entre sí y agredidos unos a otros con una variada gama de violencias. Reconstruir el hogar común supone fortalecer la sociedad civil y su ética, las organizaciones populares, el Estado y su capacidad rectora, las instituciones políticas. Todo ello va de la mano con la gestación de nuevos proyectos de sociedad comúnmente elaborados y asumidos. (América Latina)

Un problema concreto que la autoridad pública no puede o no quiere resolver y que ningún individuo puede enfrentar por sí mismo hace que la gente se junte y lo asuma como causa común. Superando sus miedos y a menudo careciendo de un apoyo cultural suficiente, la gente busca soluciones muy inmediatas. En algunos aspectos este proceso es semejante a la formación de los sindicatos en el siglo XIX para hacer frente a los problemas de los bajos salarios y a las condiciones inhumanas del trabajo.

Grupos locales de toda índole han brotado por todas partes para enfrentarse a problemas muy específicos — analfabetismo, agua potable contaminada, viviendas indignas, brutalidad policial y otros muchos — que afectan a los pobres en los barrios urbanos empobrecidos, los campesinos, los indígenas, los enfermos de SIDA, etcétera. Los grupos fracasan, tienen

éxito, se marchitan, mientras que algunos hacen la transición de un problema específico a una cuestión más general como la propiedad de la tierra, los servicios sociales, los derechos humanos, el medio ambiente. Los grupos se cohesionan, asocian, pasan a ser organizaciones locales, entran en coaliciones y redes, llegan a ser movimientos civiles por el cambio político. Algunos grupos se convierten en organizaciones estables, ordinariamente llamadas ONG, dedicadas a las mismas causas aunque más profesionalmente y más a largo plazo.

Así, en casi todas las áreas y en todos los niveles que están bajo la autoridad política, grupos y movimientos populares encuentran soluciones a pequeña escala, satisfacen necesidades que las autoridades públicas no pueden o no quieren hacer o las fuerzan a ejercer su responsabilidad. Los

grupos ordinariamente hacen hincapié en la participación y se esfuerzan por tener una estructura interna democrática con líderes que salen de sus propias bases. En la práctica se refuta la idea de que los pobres y la gente corriente no tienen opciones ni voz ni influencia.

Los grupos y movimientos que constituyen la sociedad civil no aspiran generalmente a convertirse en partidos políticos o a conseguir el poder. En este sentido siguen siendo «antipolíticos» y trabajan de una forma no estructurada por la humanización y la solidaridad. Muchos formulan su propósito con un «sin»: un barrio sin drogas o sin desempleo juvenil, hasta un mundo sin minas antipersonales, abuso infantil o degradación medioambiental. Estos «sin» evitan describir un modelo político particular y dejan espacio para otros aspectos de un desarrollo humano más pleno.

Ni la resolución de un problema local particular ni el logro de estructuras políticas más responsables se producen fácilmente. Es posible que el cambio social sea muy deseable, tal vez una gran movilización parezca muy prometedora y, sin embargo, el momento podría pasar sin ningún cambio real. La política popular requiere realismo y perseverancia.

Dimensiones políticas de nuestro trabajo

¿Dónde encaja el apostolado social de la Compañía en relación con los dos ideales descritos anteriormente: autoridad pública y sociedad civil? Nuestros proyectos no cumplen por lo general una función estatal, aunque ocasionalmente nos comprometamos por contrato a ofrecer un servicio público y con frecuencia aceptemos fondos del gobierno.

Nuestros proyectos o centros generalmente no se identifican de forma institucional con un partido político, aunque se puedan dar discretamente consejos y otro tipo de ayuda, y en ocasiones es difícil distinguir entre el apoyo a un movimiento y la pertenencia explícita a un partido. Pero las personas con las que trabajamos con frecuencia se comprometen directamente. Se dice que un laico que trabaja con nosotros actúa en la política de partido con autonomía, pero con frecuencia la gente pasa por alto esta distinción y los laicos pueden verse limitados en su actividad política como si fueran miembros de la Compañía.

En las últimas décadas algunos proyectos sociales de la Compañía han apoyado grandes movimientos políticos por el cambio liberador en algunos países. Esos movimientos han realizado mejoras significativas en la libertad y la calidad de vida. No obstante, esos mismos movimientos se han dividido, han perdido credibilidad, se han burocratizado o han carecido de ética. Se ha demostrado que el apoyo, cuando es «incondicional», carece de valor.

En relación a la sociedad civil, los proyectos sociales jesuitas, realizan un buen trabajo político con gran integridad y éxitos ocasionales. El apostolado social participa en toda clase de grupos, coaliciones, redes, movilizaciones o movimientos que buscan soluciones concretas y también la transformación de las estructuras.

En ocasiones nuestro proyecto consiste en organizar esos grupos o movimientos y acompañar su desarrollo. En otras, otros grupos nos piden ayuda. A veces uno de los nuestros ejerce cierto liderazgo, aunque casi siempre es mejor alentar y apoyar a otros que ejercer el liderazgo. En una coalición, el papel del proyecto jesuita podría ser promover la reflexión o aportar ética o espiritualidad. Con frecuencia contribuimos con la capacidad de investigar, esclarecer el problema, encontrar una solución política, desarrollar un plan o estrategia. Los nuestros están familiarizados con la esfera pública: saben a quién llamar, cómo conseguir o impedir que las cosas se hagan. Este «saber cómo», puesto a disposición de los pobres, es una contribución política. Ayuda a otros a

expresar y promover sus intereses en la esfera pública y — con frecuencia de un modo indirecto — sirve para transformar las estructuras.

Los proyectos sociales de la Compañía, especialmente los centros de investigación, podrían estar explícita y deliberadamente orientados a influir en la esfera pública. A menudo aconsejamos a otros que denuncian las injusticias o urgen a las autoridades públicas o a los líderes económicos para que adopten políticas alternativas. A veces nosotros mismos hablamos claro. En algunos países esta defensa adopta la forma de grupo de presión político, local o nacional, y también se hace un trabajo eficaz con cuerpos regionales como la Organización de Estados Americanos, o internacionales, como Naciones Unidas.

Usamos los medios de comunicación para criticar las injusticias e influir en la opinión pública. Cuando es posible reclutar un apoyo mayor de muchos sectores de la sociedad, hay más posibilidades de lograr algún cambio social.

«Una voluntad realista de promoción de la justicia no es, por otra parte, realizable sin ciertos compromisos en el plano social y colectivo» (CG32, d.4, n.80). Por ejemplo, el cuidado de los sin techo o la promoción del desarrollo rural tendrá consecuencias en la esfera pública. El trabajo con los sin techo podría llevar a influir en las autoridades públicas para que adoptaran una política de vivienda más compasiva, mientras que el trabajo rural con los pobres podría llevar a promover un mercado más justo de los productos agrícolas.

Los proyectos sociales de los jesuitas parecen tener diferentes responsabilidades políticas relacionadas. Dado que toda actividad de promoción de la justicia tiene algún impacto político, deberíamos preguntarnos si esas ramificaciones son coherentes con las convicciones fundamentales que motivan nuestro proyecto y si de verdad la gente ve nuestro trabajo bajo la misma luz. Estamos interesados en introducir la justicia del evangelio en la sociedad y la cultura; por consiguiente, deberíamos cuidar la forma en que nuestro apostolado llega a la esfera pública. Incluso un ministerio de simple presencia acompañando a los que sufren, que parece de poca relevancia o es de pequeña escala, tiene una auténtica visión, dedicación y testimonio que ha de compartir con otros en la *polis* y en la Iglesia.

Pluralismo y reconciliación

El trabajo por la justicia social que afronta el sufrimiento profundo, la violencia estructural o la negación persistente de derechos con frecuencia provoca conflictos. Además, cuando nuestra nación o grupo étnico está en conflicto con otro, la simpatía natural que sentimos por los nuestros puede impedir que veamos la intolerancia, el odio o la violencia de nuestro grupo: impulsos de los que no estamos exentos.

Al mismo tiempo, el estado de ánimo actual en el país en general se caracteriza por la desilusión ante expectativas no cumplidas, desconfianza del gran gobierno, inseguridad económica, miedo a perder el control de nuestra economía y valores nacionales, un antagonismo creciente hacia los nuevos inmigrantes y la persistencia del racismo. Hay un acuerdo general en que nuestras instituciones gubernamentales y sociales caen con frecuencia en una forma antagonista de proceder. Esto promueve la formación de grupos de interés y la búsqueda de programas cortos de miras, desarrollos que no sirven al bien común. (Estados Unidos)

➤ *Lectura cultural (3.2)*

No podemos evitar el conflicto, pero debemos prestar mucha atención a nuestra actitud hacia los individuos y sistemas implicados. Somos llamados a no «demonizar» nunca a otros, sin importar cuán cruel o injusta sea su conducta, distinguiendo, en cambio, entre el pecado y el pecador. Cuando protestamos, debemos ser claros en nuestro análisis de las cuestiones, directos en la condena de la injusticia y serenos al tratar de persuadir a los contrarios. Igualmente, cuando criticamos a nuestro país u otro, debemos hacerlo con equilibrio y respeto.

Se necesitan nuevos mecanismos para promover la comprensión y la reconciliación entre los países del sur en guerra. Hay un aumento en el número de refugiados en los países de Asia como resultado de los conflictos étnicos, el fundamentalismo religioso, etcétera. Los jesuitas deberían comprometerse en los esfuerzos por la promoción de la amistad y la comprensión entre países vecinos. (Asia Meridional)

Nuestro trabajo debería siempre estar dispuesto «reconciliar a los desavenidos» (*Formula*, 1550). La reconciliación va al corazón de las motivaciones y fidelidades de cada uno, requiere mucha libertad y coraje, implica una gran profundidad en el encuentro con los otros y ofrece oportunidades para la curación personal y la transformación social. Los miembros del apostolado social de la Compañía han dado un testimonio heroico, incluso con su vida, de la radicalidad extraordinaria del perdón y la reconciliación cristianos incondicionales.

En un nivel nacional y hasta internacional, la verdadera reconciliación exige no encubrir las injusticias cometidas y un proceso limpio. El apostolado social puede contribuir a realizar procesos públicos de verdad y reconciliación y a encontrar salidas negociadas a los conflictos. Podemos servir como garantía de imparcialidad en el compromiso. Deberíamos trabajar incansablemente por la reconciliación de las sociedades divididas y por la verdad y la justicia, no por la venganza.

La dimensión política, precisamente porque negocia con intereses, influencias, privilegios y poder, tiene una ambigüedad inherente y conlleva considerables riesgos y tentaciones. El «rumor» que llega con perfil público y la atención de los medios de comunicación puede llevarse por delante a alguien. Cuanto más grande es el impacto político, mayor es la necesidad de una libertad interior de discernimiento para orientar nuestra acción y para la discusión sincera con otros jesuitas y colegas.

Sin embargo, cuando un proyecto social pierde de vista su misión jesuita, con mucha facilidad se cometen errores políticos e ideológicos y puede ser usado con un interés partidista. Hace falta mucha honradez para ser autocríticos y mucho coraje para acudir a un colega — ¡especialmente al director! — a este respecto. A pesar de los riesgos y las dificultades, no renunciamos a la voz pública o a la dimensión política; de lo contrario nuestro apostolado no será social.

El apostolado social incluso dentro de una Provincia, no depende de la unanimidad política de los miembros, sino que se precia de un sano pluralismo de concepciones y estilos políticos que incrementan nuestra eficacia apostólica. Este pluralismo es puesto a prueba cuando llega la hora de que todo un centro, todo el sector o toda la Provincia adopten una postura pública sobre una cuestión.

Aunque el servicio público ha perdido prestigio y el apoliticismo está extendido, no se puede dejar la vida política a merced de mentalidades sin escrúpulos, tecnocráticas o interesadas en sí mismas. Los proyectos sociales de la Compañía tienen que fomentar la vocación política como una noble elección para los que quieren servir los intereses más amplios e importantes para todos.

La *dimensión política* nos hace volver a lo fundamental: el ejercicio del poder por el pueblo y para el pueblo; el respeto a los derechos humanos, políticos, civiles y sociales y a la libertad de cada

persona; la participación de todos los ciudadanos a través de los numerosos y variados canales de la sociedad democrática; la noción tradicional del bien común, central para la Doctrina Social de la Iglesia.

La promoción de la justicia es una parte integral, no de una visión ideológica o un programa político, sino de la evangelización donde quiera que la justicia del Reino se comunica y se lleva a efecto de verdad.

Preguntas

1. Un laico de nuestro equipo de apostolado social es invitado a presentarse como candidato en una elección. ¿Cómo deberían responder el personal en su conjunto y los jesuitas en particular? ¿Qué factores hay que tener en cuenta?
2. Nuestro proyecto social jesuita, comprometido en una coalición nacional o en una cuestión judicial controvertida, es elegido para el comité directivo. ¿Qué factores habría que sopesar al decidir si se desempeña o no este papel directivo?
3. ¿Hay muchas personas en nuestra área que parecen desencantadas de la política? ¿Buscan otros caminos para protegerse, elevar una protesta, promover el cambio? ¿Debería nuestro trabajo tratar de colaborar en la rehabilitación de la «vocación política»?

3.5 Lectura religiosa

Si estamos suficientemente cerca para escucharlo, el grito de un refugiado, un enfermo de SIDA, un padre desempleado o un niño que ha sufrido abusos nos traspasa: «¿Por qué Dios permite que sufra de esta forma?» y «¡Bendito sea su santo nombre!».

Los que mayoritariamente sufren con intensidad, de forma continuada e inocentemente son los pobres y suyos son los problemas de la injusticia que el apostolado social debe afrontar. Los mismos pobres — «las viudas, los huérfanos y los extranjeros» — son los que en nuestra fe cristiana gozan de la solicitud preferencial de Dios: «Lo que hicisteis a uno de estos pequeños a mí me lo hicisteis».

Los mismos pobres, en gran proporción, son creyentes religiosos y la religión es esencial para muchos de ellos. Pasar esto por alto es no encontrarse con ellos plenamente, y mucho menos comprenderlos. Subestimar sus creencias religiosas o tratarlas como mera cuestión privada es otro empobrecimiento impuesto a los pobres por los otros. En nuestro apostolado social, los jesuitas y la mayoría de nuestros colaboradores somos también creyentes y, mientras hacemos muchos análisis económicos y políticos, es una ironía la poca atención que hasta ahora hemos prestado a la dimensión religiosa de la justicia.

La religión es también una parte esencial de casi todos los contextos. Algunas situaciones están marcadas por importantes diferencias religiosas; por ejemplo, muchos cristianos en la India son *dalits* y viven en una sociedad fuertemente modelada por creencias y prácticas hinduistas, y hay diferencias entre los católicos que son *dalits* y los que pertenecen a una casta. Una situación podría estar también marcada por elementos tradicionales difusos que han perdido su fuerza religiosa vital, pero conservan aún una significación social. Hay un sentido de lo numinoso o lo sagrado que se expresa en la New Age y en las formas no institucionales de religiosidad.

Este capítulo, que no es una teoría sobre la relación entre religión y cambio social, quiere aclarar algunos elementos para leer la situación religiosa, muestra algunas conexiones con nuestro trabajo por la justicia y reflexiona sobre la profundidad de nuestra acción social.

Elementos para la interpretación

La religión es una realidad difícil de definir e incluso de describir. Es como la cultura, «tanto las piedras del río como el río mismo». Es como la política porque da sentido y orden a todo y, no obstante, constituye un área específica de la realidad humana y una institución, de diferentes formas, de la sociedad tradicional y la moderna. Es evidente que hay muchas semejanzas pero también diferencias significativas entre fe y religión; aquí no las distinguimos. Se entiende que una lectura religiosa debe ser combinada con las lecturas cultural, económica y política anteriores para proporcionar una lectura integrada de la situación social con todas sus conexiones y complejidades vitales y cambiantes.

En el apostolado social nos encontramos constantemente personas de diferentes religiones porque raramente en una situación existe una sola religión aislada. Las personas con las que trabajamos — a los que servimos, nuestros colaboradores, los miembros de otros grupos y organizaciones — pueden ser cristianos (católicos como nosotros o pertenecientes a otra confesión), miembros de otras religiones o gente que ha crecido lejos de la tradición religiosa o ha sido formada en una perspectiva

explícitamente atea o secular. Por tanto, mientras que nuestro compromiso de trabajo por la justicia se arraiga en nuestra propia experiencia religiosa, es posible que el compromiso de otras personas se enraíce en experiencias religiosas muy diferentes o en valores humanistas, liberales o políticos. Entre los pobres, su misma religión o, si son cristianos, su forma de vivirla con frecuencia difiere de la nuestra. Es posible que la simple expresión de las creencias no sea comprendida por alguien de «fuera» o con una mentalidad moderna, especialmente si actúa con precipitación.

La religión está dentro de la cultura y forma un importante — a veces el más importante — fundamento y contenido de esa cultura. Encarna y expresa el sistema de creencias de un pueblo o de una sociedad, enaltece lo que es de verdad más importante en la vida humana y da significado a momentos personales y comunitarios y transiciones históricas de primer orden. La religión también se diferencia de la cultura: va más allá de los meros significados y valores humanos, conecta con los orígenes y la tradición y abre a lo trascendente y al futuro más allá del tiempo. Si bien el trabajo por la justicia tiene su propia coherencia y valor intrínseco, también tiene un significado abierto que no se limita al plano secular.

Considerada en sus ramificaciones sociales, la religión parece ambigua. Puede incluir elementos que han sido utilizados para justificar la opresión, esclavizar el espíritu humano, afianzar el statu quo y oponerse a la justicia con fatalista resignación. Dado que es típico que los pobres sufran durante mucho tiempo, los activistas sociales podrían temer que su creencia religiosa debilite su ira política. Puede haber un vínculo muy nocivo entre religión y nacionalismo. Cabe que las personas religiosas se opongan al cambio social que las liberaría de vínculos represivos, pero que también fomenta el individualismo.

La religión puede también liberar a las personas de esclavitudes de todo tipo, motivarlas con compasión, generosidad e, incluso, abnegación, liberarlas para cuidar de los otros y de la creación e infundirles coraje para actuar, incluso para ofrecer sus vidas por una causa noble. La religión de la que la gente depende puede también mantener a las personas unidas entre sí en la comunidad.

En esta lectura de la religión, pues, somos de verdad observadores participantes. Nuestro punto de vista no es arregioso o ateo, como si pudiera garantizar la objetividad, sino religioso, porque tanto nosotros como la situación somos religiosos. Tampoco profesamos trabajar por la justicia sobre un fundamento puramente secular como si una base «neutral» o «libre de valores» nos proporcionara una fundamentación sólida para la justicia y la solidaridad. Pero donde el conflicto político y hasta la violencia acaecen de una forma decididamente sectaria, serviríamos mejor a la verdad y la justicia trabajando con otros sobre una base estrictamente secular. Nuestra actitud en todos los lugares debería ser respetuosa, incluyendo transparencia, apertura y, cuando sea posible, compartiendo lo mejor que tenemos con los demás.

Cuando el apostolado social «lee» la dimensión económica o la política, lo hace con competencia y seriedad. Pero en el trasfondo hay un «no sólo» (*no sólo* económico, *no sólo* político) procedente de la antropología cristiana que ve a los seres humanos abiertos a la trascendencia. Leemos la situación económica y política desde una perspectiva interna, no desde fuera; una lectura cultural nos implica de una forma aún más intrincada; y la lectura religiosa nos compromete de un modo muy especial.

Vínculos entre la religión y nuestro trabajo por la justicia

Entre religión y justicia la crítica puede ir en ambas direcciones. Cualquiera que sea la crítica formulada, especialmente en público, debe hacerse con respeto, sin fariseísmo.

Es posible que el punto de vista de la justicia deba criticar a la religión — una creencia, una práctica, un líder religioso — como reaccionaria por ocultar o justificar una situación injusta. ¿Apoya la religión de un modo implícito la injusticia o el elitismo o favorece auténticamente la transformación de la injusticia? En los conflictos étnicos quizá los grupos enfrentados sean etiquetados de acuerdo con sus respectivas religiones. En consecuencia, puede parecer que el conflicto es primariamente religioso aun cuando las cuestiones reales sean de un orden muy diferente como, por ejemplo, la tierra, los recursos o la soberanía.

Algunas religiones alientan la acción humana para la transformación del universo. Pero otras pueden a veces fomentar una actitud pasiva y fatalista hacia la naturaleza y el desarrollo, la vida y la muerte, las relaciones y las estructuras sociales. No obstante, en la fe siempre hay una fuerza liberadora. En la situación presente de fuerzas abrumadoras contra la justicia para con los pobres, la fe exige el coraje religioso para enfrentarse a las fuerzas titánicas de la opresión. (Asia Meridional)

Cabe que el punto de vista religioso encuentre injusticias en una situación dada y las critique a la luz de sus creencias o en nombre de sus comunidades, como cuando los jefes religiosos se oponen a una tiranía, condenan el racismo o el *apartheid* u oran por la paz. Con frecuencia las creencias religiosas están en la raíz de las esperanzas sociales del pueblo y lo motivan para afrontar y cambiar una situación injusta. La práctica religiosa puede sostener a las personas cuando tratan de encontrar las causas de sus sufrimientos y vencer fuerzas mucho mayores que sus muy limitados recursos. Incluso entre los más pobres, por ejemplo, en campos de refugiados de miseria inimaginable, las celebraciones religiosas comunitarias motivan, alientan, unifican y orientan a todos. Esto contradice el prejuicio según el cual las personas tienen que tener salud, estar educadas y encontrarse seguras antes de poder creer y actuar religiosamente.

Así pues, la creencia religiosa puede animar a las personas a ser compasivas, ayudarse unas a otras, seguir adelante incluso cuando encuentran resistencias. La religión puede sostener con fuerza la lucha por la justicia alentando a los pobres y a los que trabajan con ellos, por ellos o en solidaridad con ellos. Las múltiples relaciones que deberíamos tener con todas esas personas y sus religiones se podrían definir con la palabra *diálogo*.

El diálogo exige respeto y escucha. El respeto a las creencias de los otros no significa generalmente evitar el tema, ocultar nuestras convicciones o pretender que ellos y nosotros somos no religiosos. En ocasiones es apropiado que la base para la cooperación sea secular y la fe de los implicados no se exprese de un modo explícito. El ministerio del servicio social entre los de otras creencias no debería ser tergiversado como una táctica para hacer proselitismo o suscitar conversiones.

El diálogo comienza con una preferencia por hacer una interpretación positiva de la proposición del otro en lugar de condenarla. Pero este presupuesto de los *Ejercicios Espirituales* no significa aceptar todo lo del «otro» unilateralmente, por completo, o con la compensación excesiva que sólo encuentra luz en la tradición del otro y oscurantismo en la propia. Viendo de forma autocrítica nuestros prejuicios, expresamos nuestras convicciones con transparencia y respeto al mismo tiempo que buscamos la verdad de un modo abierto y sincero. Cuando buscamos una comprensión compartida, escuchando de verdad a los que tienen ideas diferentes de las nuestras, es cuando percibimos y aprendemos mejor.

Escuchar las palabras y descripciones es importante, pero sólo es el comienzo. Dialogar significa percibir, en la fe viva de los otros, el impacto o significación social de su fe. Significa prestar atención a lo que es bueno en su tradición y tratar con respeto de compartir la nuestra con ellos.

Mantenemos abierta la posibilidad de criticar las creencias o prácticas que encadenan a la gente, causan fatalismo social, justifican la violencia o sostienen el elitismo, y también la posibilidad de ser criticados nosotros mismos. Entre los pobres o entre los compañeros podemos encontrar prejuicios religiosos, caricaturas de Dios o de otras religiones, una ignorancia perjudicial sobre nuestra Iglesia o la religión de los otros. El diálogo incluye afrontar estas realidades del modo más respetuoso y eficaz posible.

**Indudablemente la promoción de la justicia del Evangelio no debería nunca confundirse con el proselitismo tan en boga en ciertas sectas. Pero por otra parte el temor o el riesgo de ser acusados de proselitismo no nos excusa de guardar sistemáticamente escondida nuestra fe, de ocultarla, privatizarla u omitir la comunicación de nuestra convicción profunda.
(Padre General en Nápoles)**

De gran interés para el apostolado social es el *diálogo de acción*, en el que católicos, cristianos de diferentes confesiones y otros colaboran por el desarrollo integral y la liberación de la gente. Quizá uno de los frutos de esta colaboración sea con frecuencia la mayor comprensión y tolerancia religiosa mutua.

**Las religiones del Sudeste asiático tienen un núcleo común humanizador de enseñanzas sobre la vida personal, moral y social. Hacen hincapié en el valor del desinterés y el despojo de las cosas materiales. Enseñan la compasión y la solicitud por el otro, el compartir las posesiones, el amor a la familia, el respeto a los mayores, el cuidado de la naturaleza y el comportamiento correcto en la vida personal y pública. Estos valores centrales comunes pueden ser el fundamento para la liberación humana integral y para la cooperación en la construcción de comunidades humanas en nuestras sociedades pluralistas.
(Asia Meridional)**

La fe cristiana alimenta un sentido agudo del pecado como desobediencia radical de Dios y traición radical de nuestra identidad, naturaleza y vocación humanas. A la luz del evangelio vemos con más claridad que la injusticia brota del pecado, personal y colectivo, y que alcanza su mayor opresión al encarnarse en onnipotentes instituciones económicas, sociales, políticas y culturales de ámbito mundial y de fuerza aplastante (CG32, d.2, n.6). Si no se reconoce el pecado, es imposible aceptar el perdón y es difícil perdonar a otros y esto, a su vez, hace superficial la reconciliación.

Nuestro trabajo pastoral directo con los pobres puede ayudar al crecimiento de su fe cristiana e incluir la promoción de la justicia como una parte integral. La eucaristía celebra la presencia del Señor resucitado, la unidad de todo el cuerpo de la Iglesia y con su profundo sentido de comunidad, es una experiencia y una anticipación de la justicia del reino de Dios en el que somos de verdad hermanos y hermanas unos de otros.

La Doctrina Social Católica es una herencia que podríamos usar mejor. Comenzando con la *Rerum Novarum* del papa León XIII en 1891, la Iglesia ha analizado y reflexionado

sobre grandes problemas que nacieron con la revolución industrial y la evolución de la sociedad moderna (mundial desde la descolonización y acelerada con la globalización) a la luz de la fe

cristiana y la tradición católica. A continuación se presentan algunos de los temas principales, siguiendo aproximadamente el orden cronológico en que aparecieron:

- Solicitud por los sin voz de la sociedad moderna, los trabajadores industriales explotados.
- La llamada no sólo a proporcionar caridad, sino también a reconstruir la sociedad misma.
- Intervenciones a favor de la paz y la reconciliación mundiales.
- Defectos fundamentales en el comunismo y capitalismo.
- Dentro del bien común, la obligación del Estado de promover el bienestar de todos los sectores de la sociedad.
- El importante principio de subsidiariedad que asigna responsabilidades a cada grupo o nivel en la sociedad.
- Condena de la carrera de armamentos internacional.
- Derechos humanos y libertades individuales, deberes entre Estados.
- La obligación de los individuos, grupos y Estados ricos de compartir los recursos y proporcionar a los pobres los medios necesarios para su desarrollo.
- La naturaleza trascendental y social de cada persona como base para la Doctrina Social.
- Los pobres y oprimidos como protagonistas del cambio social.
- La opción preferencial por los pobres y la solidaridad.
- Una valoración sólida y matizada de los aspectos económicos de la vida y el trabajo.
- El significado del pecado en sus manifestaciones y estructuras sociales.
- Los problemas urgentes de la deuda internacional y el empobrecimiento.
- La significación social y religiosa de la protección del medio ambiente.

Esta tradición de Doctrina Social puede enriquecer las «lecturas» de la situación en todos los niveles. Puede servir como base para la colaboración. El apostolado social como acción y reflexión contribuye también a la doctrina y la práctica social de la Iglesia local.

«No puedo definir la religión, pero sé cuándo la veo» y «una buena religión es la que produce santos» son afirmaciones de expertos reconocidos. Somos llevados a una lectura y reflexión sobre la religión que no puede estar sólo «ahí fuera». Como observadores participantes, nuestro compromiso personal manifiesta la inspiración que nos motiva y la esperanza que nos mantiene, y en ambas los pobres tienen mucho que ofrecer.

Preguntas

1. Prepara el diálogo sobre este capítulo entre los colaboradores de forma que se trate con respeto la situación religiosa y nuestra implicación en ella. ¿Alguna de las condiciones que favorecen el diálogo resultarían útiles?
2. ¿Tiene la ira un puesto legítimo, incluso necesario, en el trabajo por la justicia social? ¿Está en tensión con un compromiso por la reconciliación?
3. En una situación específica donde hay personas religiosas trabajando por la justicia, ¿aporta la religión una dimensión extra al trabajo? ¿Tiene consecuencias políticas? La justicia, ¿tiene algo que criticar en esta situación religiosa?

4. ¿Solemos hacer la «lectura religiosa», tal y como se describe en este capítulo, como parte de nuestro análisis sociocultural? ¿Qué efecto tiene en las otras lecturas de la sociedad que hacemos ordinariamente?

3.6 Trabajo de equipo

En el apostolado social la forma u organización institucional varía de obra a obra. Esta diversidad queda reflejada en los diferentes nombres utilizados — *comunidad apostólica o equipo apostólico, centro, instituto, proyecto o grupo de trabajo* — y en la variedad de tipos y niveles de actividades realizadas: acompañamiento, investigación, trabajo de base, desarrollo, publicaciones, movimientos populares, defensa de derechos. Trabajando juntos en estas actividades hay jesuitas, otros religiosos y religiosas, profesionales, personal de apoyo, voluntarios, todos en funciones diversas y complementarias.

Básicamente, lo que une a toda esta gente es el trabajo cotidiano. Este está supeditado a algún tipo de organización, sencilla o sofisticada según la historia y circunstancias del proyecto. La organización — de un proyecto elemental o de un centro multisectorial — incluye la distribución de tareas y el uso eficaz de recursos humanos y materiales. Puede también incluir la planificación, el análisis social compartido, la evaluación, la investigación coordinada y la acción. Estos aspectos contribuyen en gran medida al desarrollo del personal y a la formación de un equipo.

Trabajar como un equipo apostólico jesuita incluye una buena organización, pero va más allá. Sólo será posible si cada miembro comparte de algún modo con los demás miembros del grupo sus creencias, esperanzas y valores. Al compartir todo eso, la vocación se manifiesta en su totalidad. Cuando se ponen en común capacidad, dedicación, energía, simpatía y buen humor, el equipo gana en consistencia, espíritu e identidad.

El trabajo en equipo no es sólo un tema interno, sino que es un modo significativo de testimonio. Lo que hacemos juntos y el modo de hacerlo da a nuestro testimonio una mayor credibilidad en lo que creemos y esperamos y por lo que trabajamos, que las meras palabras. Nuestro trabajo en equipo no es sólo eficaz y productivo sino que, al traslucir nuestra fe y esperanza, resulta más efectivo para el servicio y el cambio social. ➤ *Tensiones a mantener (4.2)*

Relaciones de apertura y confianza

Cada cultura tiene su modo de organizar el trabajo. Aunque todos los grupos puedan aprender inter-culturalmente de enfoques utilizados en cualquier otro lugar en el apostolado social, no es posible imponer un único modelo de trabajo en equipo. Nuestro objetivo aquí es ayudar a descubrir lo que se puede hacer para mejorar el trabajo en equipo. Estas indicaciones deberán ser adaptadas a la sensibilidad de cada lugar.

Para estimular y perfeccionar el trabajo en equipo suele ayudar lo siguiente:

- Formación del personal
- Claridad de funciones y objetivos
- Dar y asumir responsabilidades adecuadas

**Los participantes representábamos todos los modelos de vida dentro de la Compañía: viejos y jóvenes; diversas nacionalidades, experiencias y profesiones, diferentes status e idiomas. Pero increíblemente éramos capaces de comunicarnos y escucharnos sin ningún tipo de discriminación o complejos. ¡Me recuerda la historia del primer Pentecostés! Esta era la Compañía a la que me quería unir, para vivir y morir en ella, cuando libremente me hice jesuita hace algunos años.
(Joakim Mtima Chisemphere en Nápoles)**

- Resolución de conflictos de modo acorde con cada cultura.
- Dirección que escucha a los miembros y está al tanto de ellos
- Estructuras adecuadas para que tanto el personal como la dirección den cuenta de su responsabilidad.

La base en la que queremos fundamentar el trabajo de equipo son las relaciones de *apertura y confianza*, en la que se da un amplio grado de consulta, diálogo y participación en la toma de decisiones.

¡*Escuchar* es siempre el punto de partida para trabajar juntos! Escuchar puede ser un don humano que algunos tienen más que otros, pero que probablemente todos podemos aprender. Esta capacidad comienza a desarrollarse en saber «perder el tiempo», en lugar de estar siempre demasiado ocupado, así como en prestar una completa atención al que está hablando. Escuchar es dejar a un lado las propias ocupaciones, tareas o suficiencias; poner miedos y frustraciones a un lado y superar la primera impresión (a menudo causa de malentendidos) para descubrir la experiencia y la verdadera intención que hay detrás de las palabras del otro; estar más inclinado a interpretar positivamente la opinión del otro en vez de condenarla, como San Ignacio recomienda al principio de los *Ejercicios Espirituales*; y presuponer que la otra persona está haciendo lo mismo.

La falta de escucha puede que no sea la raíz de todos los problemas del equipo, pero sin una buena escucha el trabajo en equipo resulta seguramente imposible.

Formamos equipos de trabajo con otras personas: equipos multi-disciplinares que enfrentan con seriedad los desafíos de nuestro tiempo con exigencias de creatividad y criticidad con sensibilidad a la vida del pueblo que acompañan y de quien aprenden: equipos abiertos a realidades regionales, nacionales y mundiales, motivados a establecer relaciones con otros equipos, que realizan un trabajo profesional motivados por el seguimiento de Jesús. (América Latina)

Cada uno debe hacer el esfuerzo de escuchar, pero como grupo también es importante dejar espacios y dedicar tiempo para hablar con otros, sacar a relucir nuestros desacuerdos, clarificar nuestros malentendidos y fomentar un lenguaje común para comunicarnos con facilidad y seguridad. Estas son destrezas que un asesor exterior puede ayudarnos a aprender.

Una buena comunicación nos permite poner sobre la mesa temas importantes para la discusión, por eso la reciprocidad y transparencia son básicas para el trabajo de equipo y para facilitar la participación en la toma de decisiones. Encontrar los puntos correctos y el modo adecuado de discutirlos es seguramente la función de la dirección. Pero no todo es discutible de la misma manera por todos. Esperemos que todo apostolado social de la Compañía, desde un simple grupo o colectivo a una institución organizada, pueda llegar a ser equipo o incluir el trabajo en equipo en este sentido pleno.

Estilos de trabajo

Al examinar un proyecto social jesuita nos encontramos diferentes «tipos», que, yuxtapuestos, ponen de manifiesto la variedad de las personas involucradas:

<i>Status</i>	<i>Tarea</i>	<i>Categoría</i>	<i>Origen</i>
Jesuita	administración	profesional	local
otros religiosos/as	programación	equipo de apoyo	nacional
persona con familia	apoyo	pasante/en formación	de otro país
soltero/a	<i>ad omnia</i>	voluntario/a	de otra cultura

Estas combinaciones de diferentes tipos de personas habitualmente llevan a una complementariedad enriquecedora, pero también algunas veces esa variedad puede llevar a fricciones. Por ejemplo, entre el personal profesional y el equipo de apoyo y los voluntarios; entre los que ganan más frente a los que ganan menos o no ganan nada; entre los que tienen familia frente a los solteros o los jesuitas.

No sólo las personas, sino también el *estilo* determina todo el trabajo. Puede que en un proyecto las relaciones sean informales, las tareas distribuidas flexiblemente y el liderazgo ejercido de modo inspirador y carismático. Todos aprecian un «espíritu de grupo» que les motiva y respalda y se transmite así a otros el valor intrínseco del proyecto, atrayéndoles a su vez como voluntarios. Sin embargo, un estilo informal o carismático puede resultar ineficaz en la utilización de los recursos, reacio para adaptarse a los nuevos retos o resistente en aceptar nuevos miembros. Si el liderazgo está dominado por una personalidad fuerte, puede llegar a impedir a los otros miembros que adquieran su propia autonomía y responsabilidad dentro de la organización.

El apostolado social también requiere un estilo *institucional o profesional* que haga hincapié en la competencia. En vez de estructuras informales, se requiere diferenciar cargos y funciones. Por eso es necesario insistir en una clara distribución de tareas, líneas de autoridad, áreas de responsabilidad, planificación y gestión, contratos entre la empresa y los empleados, una justa escala de salarios y beneficios. Estas condiciones ayudan a hacer posible el trabajo en equipo. Así se valora positivamente la calidad del trabajo, lo cual genera confianza y apoyo por parte del público y de la Iglesia. Un estilo institucional, especialmente si el centro o institución crece desmesuradamente, puede también llegar a ser inaccesible al pobre y demasiado burocrático en el trato con la gente. La dedicación a la tarea propia del servicio queda relegada por la sujeción al trabajo o por un profesionalismo en sentido peyorativo. Una vez que la rigidez se establece, el estilo institucional se enquistaba impidiendo cualquier tipo de renovación.

Cada proyecto es un conjunto o combinación de elementos de organización informal, inspirada, institucional y profesional. Por eso, para trabajar bien, hay que valorar la complementariedad de funciones y aportaciones de equipo de apoyo, profesionales y dirigentes. Las combinaciones, en realidad, no son siempre fáciles. Por ejemplo: un proyecto que acaba siendo tan profesionalizado que se minusvalora a los voluntarios; un sueldo inadecuado que impide a los empleados continuar cuando se casan; un jefe de mano dura; o una administración que se burocratiza...

Algunas deficiencias son inevitables, pero un proyecto social de la Compañía puede también pecar de autoritarismo o clericalismo, mediante la discriminación de las minorías, en particular de mujeres, o a través de la sistemática infravaloración de la capacidad y dignidad de determinadas personas del equipo. Nuestra misión de promover la justicia del reino de Dios nos obliga a asumir esos pecados y hacer todo lo posible por corregirlos, aunque supongan un costo o esfuerzo grande.

Trabajar en equipo no significa que todos tienen que participar en todo, sino que hay una complementariedad en las aportaciones de cada uno. Por eso es importante que exista *coordinación* dentro del equipo, no sólo en la acción sino también en el nivel de recogida de información y reflexión, donde se sitúa el gran reto de desarrollar un efectivo trabajo en equipo interdisciplinario.

La colaboración con los laicos en el apostolado social es un fenómeno significativo para nosotros hoy. Laicos suelen ser verdaderos testigos de la misión. Por eso se espera que sean preparados para identificarse con la misión y participar en mayor medida en el proceso de decisiones. La cuestión es: ¿En qué medida han experimentado esta identificación y participación? (Congreso de Nápoles)

Finalmente, más que tipos o estilos, son las personas que forman un equipo, y sabemos que este funciona cuando percibimos espontaneidad, generosidad, claridad, gratuidad, seguridad, dedicación, eficacia, simplicidad. ¿Está todo esto presente en nuestro trabajo?

Colaboración entre jesuitas y laicos

Cada función o categoría — empleador, empleado, profesional, personal de apoyo, trabajador a tiempo completo o parcial, pasante, voluntario — puede ser desempeñada por un jesuita, otro religioso o religiosa, un soltero/a o alguien con familia. Fundamentalmente, cada grupo necesita entender y apreciar los peculiares valores y limitaciones de los otros.

Los laicos tienen mucho que ofrecer, incluyendo ocupaciones o profesiones que son esenciales para llevar más justicia a la sociedad y a la cultura. Y, al mismo tiempo, los laicos tienen necesidades en términos de ingresos, compromisos familiares, progreso profesional, seguridad laboral, vida social.

Los jesuitas y los miembros de otras congregaciones religiosas ofrecen su competencia personal y profesional, a menudo fruto de su formación religiosa; ellos aportan sus especiales relaciones con la Iglesia; pueden compartir su herencia espiritual y un estilo de liderazgo que posibilite el trabajo compartido. Ellos también tienen necesidades y limitaciones típicas de la vida comunitaria, la disponibilidad que requiere la obediencia, el compromiso con la Compañía o congregación.

Por lo tanto, son indispensables la comprensión y el respeto mutuo: una verdadera valoración de la dignidad, igualdad y diferencias de las vocaciones de los jesuitas y de los laicos, y una disposición para reconocer los dones, las necesidades y las propias sensibilidades de cada grupo.

En el apostolado social hay una gran variedad de relaciones de trabajo entre jesuitas y no jesuitas. Centrándonos principalmente en los proyectos o instituciones que la Compañía apoya o dirige, los jesuitas estamos obligados a indicar con claridad nuestros objetivos e intenciones a aquéllos con los que trabajamos. Un trabajo en el que la Compañía tiene la última responsabilidad «debe regirse mediante una declaración nítida de la misión que ponga de manifiesto su finalidad y sirva de base para colaborar en ella. Tal declaración de la misión deberá presentarse y explicarse claramente a las

personas con los que colaboramos» (CG34, d.13, n.12). Un jesuita en un trabajo «no jesuita» como un sindicato, movimiento popular o centro de investigación de la ONU tiene la oportunidad de compartir con otros lo que estamos intentando realizar dentro del apostolado social (n.14).

Además, nosotros como jesuitas debemos dar testimonio, con palabras y hechos, con libertad y vulnerabilidad, de nuestra vida como seguidores de Cristo en la Compañía de Jesús. Alguna resonancia tendrá este testimonio. Los colaboradores cristianos de formación y espiritualidad ignaciana participan en llevar a cabo nuestra misión. ➤ *Las fuentes (1.), La visión (5.)*

Religiosos de otras congregaciones y otros cristianos están igualmente invitados a expresar su fe como seguidores de Jesucristo y miembros de su Iglesia así como la espiritualidad que anima su trabajo social. También se agradece que personas de otras creencias y espiritualidades hagan lo mismo y que colegas como motivación secular creyentes compartan sus importantes valores culturales y humanos.

Algunos colaboradores tienen sus orígenes en la acción social, en el parlamento de las calles. Algunos parten de una premisa de fe (aunque no necesariamente de la Iglesia). Otros provienen de una preocupación humanista-secular por la justicia y ahora buscan una fundamentación trascendente para su acción social. Para algunos, esto es principalmente un oficio, y por eso se necesita clarificar términos, condiciones, descripción de trabajo, valoración del equipo. (Asia Oriental)

Siempre existen miedos y dudas que pueden bloquear esta comunicación más profunda. Pecados prematuros de intolerancia y proselitismo; un falso respeto hacia la sensibilidad de nuestros compañeros, sean cristianos o de otra fe o de ninguna; el rechazo implícito o explícito por parte de los otros de la fe cristiana, la Iglesia o la espiritualidad ignaciana, puede desanimar a los jesuitas para intentar comunicar nuestra inspiración más profunda. Nos corresponde encontrar un modo transparente y apropiado de hacerlo. Al mismo tiempo, debido a que estamos trabajando en un apostolado social jesuita, la tradición y realidad completa de la Compañía de Jesús constituye un dato importante. Sin imposiciones, establece un ámbito de significado y discurso, tanto en contenido como en límites, por lo que temas religiosos, morales y espirituales no están completamente abiertos a debate.

Aunque hay riesgos de que surjan profundos desacuerdos, e incluso conflictos, y aunque haya situaciones donde el silencio es la actitud más apropiada, no debería haber tabúes que encubran todos estos problemas. Tenemos mucho que aprender de la riqueza que supone el humanismo, la visión social, la fe y la espiritualidad de los otros.

Formación

Todo el personal debería tener posibilidad de incrementar su capacidad, a través de la instrucción informal y la educación formal.

Los jesuitas, como patrocinadores del proyecto social, deberían informar al personal sobre la Provincia y la Compañía, compartir documentos relevantes como decretos de la reciente Congregación General o algunas cartas del Padre General, y ofrecerles a quienes estén interesados la posibilidad de formarse en espiritualidad ignaciana. Además, al igual que los jesuitas queremos compartir nuestra visión y espiritualidad, nosotros también tenemos mucho que aprender de los demás y lo hacemos con gusto.

El carisma ignaciano nos lleva a encontrar a Dios en todas las cosas, y el carisma de la Compañía encarna esta mística en un trabajo concreto. Es en este espíritu en el que cada proyecto social o centro le gustaría establecer lazos de amistad, aunar espíritus y disfrutar de una real comunidad de trabajo.

**Evocar de esta forma la dinámica de la apertura, que es la de la solidaridad, hospitalidad y compasión, equivale a dar las gracias a tantos jesuitas y no jesuitas que, con el inevitable riesgo de la connivencia, han logrado que la Iglesia del Señor haya sabido hacerse de nuevo fraternal y acogedora de la vida de los pobres y trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano.
(Padre General en Nápoles)**

Preguntas

1. ¿Qué aspectos de un modelo institucional, profesional, y cuáles de uno más bien carismático, informal, aparecen reflejados en nuestro centro o proyecto? ¿Qué nos ayudaría a trabajar más en equipo?
2. ¿Cómo se discuten las características, visión y misión entre los jesuitas y colaboradores? ¿Hay oportunidades de compartir y de formarse?
3. ¿Cómo se ejerce y se comparte la autoridad, la toma de decisiones y la responsabilidad?
4. ¿Cuál es la identidad del proyecto: jesuita, ignaciana, cristiana, independiente, no confesional, secular? ¿Cómo modela esta identidad las relaciones entre jesuitas y no jesuitas dentro del equipo?

3.7 Colaboración y redes de trabajo

La colaboración y el establecimiento de redes de trabajo de todo tipo representan probablemente un auténtico *signo de los tiempos* en el sentido en el que se expresó el Vaticano II: algo nuevo emergiendo simultáneamente en diferentes lugares, algo que supone un reto y una promesa a la luz del Evangelio.

Las situaciones de pobreza, sufrimiento, exclusión, injusticia o violencia en las que nos solemos encontrar en nuestro trabajo son suficientes para desbordar incluso al proyecto social más entregado o sofisticado. Por eso resulta necesaria la colaboración en nuestros proyectos y ministerios. Necesitamos compartir nuestra creatividad, inteligencia y fuerzas para afrontar problemas de gran escala y complejidad; esta cooperación es un significativo testimonio de la solidaridad y de la justicia en la que creemos, en la que esperamos y por la que trabajamos.

En la promoción de justicia, de hecho, ya se está llevando a cabo un destacable trabajo de cooperación, y algunos de los esfuerzos realizados han sido muy eficaces. Nuestro deseo es aprender de ellos y fortalecerlos. Al mismo tiempo, el establecimiento de redes y conexiones de trabajo como un medio de acercamiento a la injusticia social es relativamente nuevo y a veces resulta bastante difícil en la práctica; por eso queremos ser realistas al enfrentar los problemas y las resistencias.

En este capítulo vamos a considerar la cooperación dentro del sector social de cada provincia y asistencia; cooperación con los jesuitas y colaboradores en otros sectores, y cooperación con otros centros sociales, proyectos, organizaciones y movimientos de todos los niveles. En cada caso, intentaremos descubrir qué se puede hacer para estimular la cooperación dentro del apostolado social y nuestra contribución para establecer redes de trabajo con otros en orden a promover la justicia del Reino.

Cooperación sectorial

➤ *El cuerpo de la Compañía (3.10)*

Dentro del apostolado social, durante varias décadas ha habido una gran creatividad así como una profunda fidelidad, fraternidad y cooperación. También percibimos el espíritu pujante con el que fueron tomadas posiciones fuertes, las cuales, algunas veces, dificultaron tomar la suficiente distancia para escucharnos unos a otros. Hemos reconocido que un compromiso profético y apasionado con la causa social no tiene por qué excluir una actitud de escucha. Cuando esto ocurre, los que no escuchan pueden quedar aislados, y la consecuencia es un debilitamiento del apostolado social, que es nuestra respuesta colectiva a la pobreza, sufrimiento e injusticia.

La ausencia de escucha y la falta de cooperación son serios defectos no carentes de ironía. A quienes nos conocen, a menudo les impresiona los fuertes lazos que existen entre jesuitas, fruto de compartir una misma espiritualidad y tradición, sustentados por el largo período de formación. Lógicamente, estos lazos fraternales como compañeros jesuitas deberían traducirse en una amplia y efectiva red de contactos entre todos los trabajos y proyectos llevados por jesuitas. Buenos y prolongados ejemplos de esta cooperación son ya palpables.

Entre los muchos factores que contribuyen a dar vida al sector social dentro de cada provincia, podemos distinguir dos tipos de cooperación, uno basado en *problemas concretos* y otro que hace hincapié en el *enfoque* que utilizamos o la *interdisciplinariedad*.

Determinados problemas pueden poner en contacto proyectos de apostolado social de similares características dentro de una Provincia o en diferentes Provincias. Por ejemplo, aquéllos que están trabajando con desempleados, sin-techo, drogadictos, jóvenes marginados o derechos humanos, tienen una experiencia valiosa que compartir, al menos para aprender y apoyarse mutuamente, pero quizás también para ayudarse recíprocamente, coordinando esfuerzos, uniendo fuerzas. Esta colaboración beneficiará la promoción de la justicia pues a la vez que con el esfuerzo de cada individuo se ofrece una valiosa aportación, impulsando la cooperación fortalecemos el sector social al que pertenecemos.

En algunos proyectos participan varias Provincias simultáneamente, por ejemplo, programas de voluntariado jesuita, científicos sociales jesuitas en Europa, capellanes de prisiones en Norteamérica, gente al servicio de pueblos indígenas o de pobres en zonas urbanas en Latinoamérica.

La otra forma característica de trabajo conjunto es la interdisciplinariedad. La sugerente imagen propuesta en el Congreso de Nápoles de la «cabeza» unida a los «pies» es de hecho un ideal valioso y muy prometedor. La imagen quiere expresar la necesidad de conectar la relación directa y organizativa entre los pobres, la lectura e investigación sobre la realidad social, y la acción que incide en la cultura y las estructuras.

➤ *Tensiones a mantener (4.2)*

Incluso en cada jesuita o colaborador laico, «cabeza» y «pies» pueden suponer una saludable tensión: un jesuita viviendo entre los pobres que trabaja como un competente científico social, o un analista social que está comprometido con los pobres.

Esta integración personal contribuye al reto todavía mayor de establecer relaciones de trabajo dentro de cada Provincia, Asistencia y la misma Compañía. Por eso, los individuos que participan en centros y proyectos de jesuitas separados geográfica y socialmente entre sí, necesitan intercambiar experiencias y puntos de vista, no solamente para compartir conclusiones sino como aportes complementarios a un esfuerzo común. Los centros de análisis social y los centros de fe y cultura, independientes o integrados a universidades, encuentran nuevos puntos de contacto con los diferentes tipos y niveles de acción social.

La «cabeza» y los «pies», cuando aprenden a trabajar juntos dan nuevos ímpetus al apostolado social, y pueden permitirnos acometer un desafío fundamental en nuestro campo. La realidad socio-cultural es tan compleja que ninguna ciencia social por sí misma, ni todas las ciencias sociales juntas, ni incluso el amplio y práctico enfoque del «Desarrollo humano» propuesto por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ofrecen un método suficiente para comprenderla. Acción y reflexión en el área social necesitan conectarse sobre una nueva base. Esta base podría ser una colaboración frecuente entre quienes reflexionan críticamente sobre problemas sociales y formulan teorías, y los que trabajan directamente sobre el terreno.

Una estrategia central de muchos de los ministerios sociales jesuitas implica el fortalecimiento de las comunidades sociales, animando la participación para crear una comunidad y desarrollar conexiones locales para ampliar los recursos y redes sociales. Normalmente estos ministerios sociales se basan en la colaboración con jesuitas trabajando junto con laicos, miembros de otras comunidades religiosas y otras organizaciones locales. (Estados Unidos)

Cada uno puede beneficiarse de la experiencia y reflexión del otro: los «teóricos» por el contacto cercano con los problemas reales de pobreza e injusticia, los «prácticos» asimilando los análisis que dan calidad al trabajo que realizan en organización, desarrollo o ayuda directa, y ambos influyendo en la esfera pública.

La cooperación implica más que la simple yuxtaposición de metodologías actuales de análisis o lectura crítica con la realización de campos de trabajo. Al contrario, más que la sola esperanza de que algo interesante pueda surgir, podemos aprender a combinar las empresas típicamente aisladas de la «cabeza» y los «pies» en un acercamiento integrado a la realidad social asociando la experiencia directa, las ciencias sociales, la filosofía y la teología. La tarea es forjar un enfoque interdisciplinar válido por el bien de una justicia mayor, y quizás el apostolado social jesuita está situado en lugar privilegiado para asumir ese reto.

En vez de estar lamentándonos del individualismo y la fragmentación típica de nuestros días, podemos aprender a combinar «cabeza» y «pies» dentro de una misión compartida de alcance mundial. Quizás sea una oportunidad única para encontrar un nuevo método intelectual y práctico para la promoción de la justicia.

Cooperación con otros jesuitas y colaboradores

El apostolado social tiene mucho que aprender y recibir desde otros sectores apostólicos y también mucho que ofrecer al resto de la Provincia: a otros ministerios, a la formación, la vida comunitaria, la promoción vocacional y programas de voluntarios. La **Iniciativa del Apostolado Social** significa facilitar una mejor comunicación, intercambio y apoyo mutuo entre el sector social y el resto de la provincia.

➤ *La Iniciativa del Apostolado Social (Apéndice B)*

Pero dada la difícil historia que a veces hemos tenido (algunas de cuyas consecuencias están todavía entre nosotros), ¿cuál es el mejor método para fomentar tal cooperación?

Una opción para el sector social es esperar hasta que otros se nos acerquen y nos pidan información o sugerencias. Por ejemplo, un jesuita que se encuentra alejado de los pobres y pide ideas para vivir o trabajar de un modo más inserto; o una comunidad de jesuitas que desea acercarse a los pobres y pide sugerencias sobre modos para ejercer una solidaridad efectiva.

Otra opción para los miembros del apostolado es, evitando críticas o juicios generales, proponer ocasiones concretas de cooperación. Por eso, los jesuitas que trabajan en el sector social podrían acercarse a una escuela de ciencias empresariales llevada por jesuitas para desarrollar técnicas apropiadas de contabilidad; desarrollar técnicas de reflexión sobre experiencias sociales para candidatos, novicios, estudiantes de colegios o universidades; pedir a jesuitas que trabajan en medios de comunicación que realicen un vídeo que sirva de instrumento de trabajo sobre temas sociales en un barrio pobre: acercarse a jesuitas retirados que estén deseando ser tutores de niños en dificultad o visitar a los afectados por el SIDA o vagabundos; o pedir a los jesuitas que están en la enfermería que recen por los que sufren o están en dificultad.

La cooperación es tan importante que requiere ser preparada cuidadosamente. El sector social, por su parte, está tomándose tiempo necesario durante la actual **Iniciativa** para clarificar su objetivo y discurso, un paso positivo hacia un trabajo más efectivo con otros sectores que tienen una historia apostólica más larga y experimentada.

Las posibilidades abiertas para la comunicación mediante fax y correo electrónico permiten a los jesuitas trabajar juntos en el área de la justicia social superando barreras de países y naciones. Algunos ejemplos:

- El Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) en la campaña contra las minas;
- Jesuitas para la Disminución de la Deuda y por el Desarrollo (JDRAD) sobre la condonación de la deuda externa que colapsa los países muy pobres;
- La *International Population Concerns* (IPC) sobre demografía y pobreza;
- El proyecto sobre «Economía global y culturas» (GEC) radicado en el Woodstock Center en Estados Unidos;
- La lista de correo electrónico, llamada «sjsocial», para la discusión de temas de justicia social y el intercambio de información.

➤ *Recursos (Apéndice D)*

Hay muchos temas como la protección medioambiental y la reforma de las instituciones internacionales en las que podemos trabajar juntos internacionalmente. La CG34 recomienda el trabajo internacional con comunidades de solidaridad en el apoyo del amplio abanico de los derechos humanos (d.3, n.6).

Colaboración con otros

Aquellos con quienes cooperamos pueden ser individuos, grupos u organizaciones, la Iglesia, entidades públicas (municipios, provincias, regiones o Estados), cuerpos intergubernamentales. Los diferentes tipos de cooperación incluyen intercambio de información o trabajo conjunto sobre determinados temas, participación en coaliciones y participación en redes de trabajo.

La cooperación llega a todos los niveles desde el local pasando por el regional hasta el internacional, con a veces complejas interrelaciones entre los diferentes niveles de un problema. La CG34 anima fuertemente la cooperación regional y mundial:

La futura colaboración internacional va a seguir siendo en muchos aspectos imprevisible. Con imaginación creativa, apertura y humildad, debemos mantenernos dispuestos a cooperar con cuantos buscan el desarrollo integral y la liberación de las personas.
(Congregación General 34)

Estas redes de personas e instituciones deben poder enfrentarse a problemas globales, por medio de mutua ayuda, información, planificación y evaluación compartidas, o de la puesta en marcha de proyectos que no se pueden realizar fácilmente dentro de estructuras provinciales. Existe ciertamente un potencial para redes de especialistas, complementarios en especialización y perspectiva, pero con una preocupación común; también para comunicaciones entre departamentos universitarios, centros de investigación, revistas especializadas o grupos regionales de trabajo para cambios políticos. Hay también potencial suficiente para una colaboración a través de agencias internacionales, organizaciones no gubernamentales, y otras organizaciones en proceso de creación de hombres y mujeres de buena voluntad (d.21, n.14).

El trabajo, el problema, la causa es lo que nos une. ¿Qué tenemos que ofrecer los jesuitas del apostolado social? A partir de nuestra experiencia como cuerpo apostólico mundial, radicado profundamente en un lugar concreto pero con contactos y visión internacional, podemos contribuir con las

redes de organizaciones que trabajan en temas sociales y globales: testimonio, visión, método, conexión, ética, conocimientos prácticos.

Cuando los trabajos o los temas nos unen, la experiencia nos enseña que puede ser más fácil unirse *en contra* que estar *en favor* de nuevas alternativas o nuevos cambios. Más aún, ¿hay valores que son incompatibles, o el mismo problema tiene suficiente gravedad como para volver todas las diferencias «indiferentes»? Puede ser necesario, aunque doloroso, tomar posiciones sobre temas de vida, armamento o no violencia, o problemas éticos como plagios o difamación, o temas sociales como nacionalismo étnico o fanatismo religioso — incluso con el riesgo de debilitar o dejar una coalición.

El impulso para la cooperación parte de experimentar la complejidad de los problemas sociales en un mundo globalizado y la relativa limitación del poder del esfuerzo individual. Sucesivas tecnologías (telex, fax, correo electrónico) han facilitado una comunicación más sencilla y económica. Habitualmente, a cada propuesta para establecer una red se responde con un entusiasmo inicial, pero si los objetivos y las normas de la red no son claros, es probable que los participantes no hagan uso de ella. Una red puede servir para intenciones bastante diferentes, relacionadas o solapadas: acciones urgentes, intercambio de información «dura», intercambio de noticias «blandas», cooperación en un mismo proyecto, apoyo legal o ejerciendo presión, supervisando instituciones públicas o globales (el gobierno nacional, las Naciones Unidas) o participando en un evento especial como las conferencias de Río, El Cairo, Copenhague o Pekín. Una red eficaz, como cualquier otro proyecto social, requiere una buena planificación, liderazgo, disciplina y recursos.

En cualquier nivel del proceso de cooperación, en el trabajo que se realiza con otros con la intención de influir en la sociedad, las diferencias personales que suelen distanciar e incluso crear oposición entre grupos, se convierten en recursos interesantes e incluso complementarios. Si la cooperación es una prioridad real, entonces nuestro centro o proyecto social invertirá tiempo, recursos humanos y materiales en la cooperación y desarrollará una agenda de trabajo en común con otros grupos.

Un compromiso real con la cooperación, lo que a menudo significa sacrificar las preferencias personales y los intereses inmediatos, prueba que no nos consideramos a nosotros mismos o a nuestro proyecto como la exclusiva o única solución. Al contrario, felizmente reconocemos la complejidad, diversidad y pluralismo así como afirmamos que la cooperación supone un valor en sí misma, por su efectividad y por su eficacia cultural y evangélica. Esto es un importante signo de los tiempos y un testimonio expresivo de la clase de mundo que esperamos y por el que trabajamos.

Procuramos vivir los principios de la so-ciedad futura a la que contribuimos con el trabajo que hacemos, como son: respeto a la libertad de las personas, solidaridad, pluralismo, compromiso por la justicia, fraternidad y democracia en las decisiones. (América Latina)

Preguntas

1. ¿Hay ejemplos de cooperación en esta Provincia entre individuos u obras del sector social e individuos u obras en otros sectores apostólicos? ¿Cómo se puede desarrollar tal cooperación?
2. ¿Conoces algunos ejemplos exitosos de cooperación local y de establecimiento de amplias redes de trabajo? ¿Y algunos no tan exitosos? ¿Qué factores han contribuido significativamente o han trabajado en contra del éxito de esos esfuerzos?
3. ¿Qué valores fraguan y llevan a la práctica la cooperación y el establecimiento de redes de trabajo? ¿Cuáles son los puntos fuertes y débiles de tecnologías como el fax o el internet? ¿De qué modo la tecnología ha facilitado el establecimiento de redes de trabajo y la promoción de la justicia?

3.8 Planificación y evaluación

En todo proyecto social jesuita, se da un continuo intercambio de información, de impresiones y sugerencias, y en consecuencia continuamente se está planificando y evaluando: de manera informal e implícita, mientras se trabaja; en encuentros y trabajos rutinarios que van dando forma a nuestro laborar juntos; y en ocasiones con procedimientos más o menos formales.

La evaluación examina nuestros objetivos, cómo llevamos a cabo nuestro programa de investigación y acción y qué se ha conseguido. La planificación, una vez recopilados los datos más relevantes, propone nuevos enfoques para lograr los resultados planteados previamente o, profundizando en ellos, formula nuevos objetivos.

Hay aspectos que se superponen: la evaluación tiende a mirar hacia atrás por el bien del trabajo futuro, mientras que la planificación mira hacia delante con la intención de ubicar los factores más significativos, externos o internos al proyecto. Toda planificación supone algo de evaluación y toda evaluación tiene implicaciones en la planificación.

La capacitación para evaluar y planificar puede conseguirse en manuales, o a través de facilitadores experimentados o de miembros de otros grupos de Iglesia o de justicia social. El presente capítulo — lejos de ser una presentación exhaustiva — ayuda a identificar los pasos o recursos necesarios. El discernimiento, que reviste toda nuestra evaluación y planificación, pero que no puede ser reducido a éstas, caracteriza plenamente el apostolado social y es tratado separadamente en el capítulo 4.1.

Comenzando con la evaluación y planificación ya en marcha, revisamos los elementos del proceso, consideramos los componentes de nuestro apostolado social que son evaluados y planificados y concluimos con los grandes temas que plantea nuestra planificación y evaluación.

Ocasiones informales, regulares y formales

En el trabajo diario, los miembros de un equipo se encuentran continuamente y preguntan unos a otros: «¿Cómo van las cosas? ¿Qué hay de nuevo? ¿Te ha ido algo mal? ¿Qué vas a hacer luego?». Esta conversación informal, con su típico proceso de preguntar, repasar, comprobar y verificar, que se da intencional o espontáneamente, incluye elementos de planificación y evaluación.

Las cosas pueden marchar bien: cada uno anda ocupado en su trabajo, se van dando resultados y consiguiendo logros, se van satisfaciendo necesidades y los bienhechores respaldan económicamente. Sin embargo, estos hechos (¡o impresiones!) no convierten en superfluo el esfuerzo por examinar nuestras actividades y el programa.

Muchos equipos de trabajo suelen dedicar parte de su tiempo (una mañana, un día, un fin de semana) a informar de actividades, poner a todos al día, inventariar y hacer sugerencias. Junto a estos hay otros momentos más explícitos de planificación y evaluación que se dan cuando se contratan nuevos colaboradores, se redistribuyen las tareas, se termina un proyecto, se plantean nuevos trabajos, se solicitan fondos, se escribe un informe, o se prepara el presupuesto del año siguiente. La evaluación informal conduce a mejorar el modo de hacer las cosas.

Los que no están familiarizados con los procesos correctos pueden resistirse a planificar y evaluar con la excusa de que es una intrusión o un control de su trabajo, o simplemente una pérdida de

tiempo. Hay miedo a los cambios que puedan resultar, o bien el temor opuesto de que, más que de autocrítica, sea un ejercicio para encubrir los fallos reales. A pesar de estos miedos, la evaluación y la planificación, asumidas y realizadas de modo competente, traen importantes beneficios.

De vez en cuando, un centro o proyecto social puede iniciar un proceso formal de evaluación y planificación. Hay un sinfín de razones válidas dentro del área social que plantean la necesidad de revisar y establecer objetivos para el futuro:

- Cambios sustanciales ocurren entre la gente a la que servimos o en los temas sobre los que trabajamos.
- Peticiones externas que parecen desbordar todos los planes y prioridades determinadas previamente, agobiando al personal.
- Nuevas orientaciones sugeridas por la gente con la que trabajamos o los grupos con los que colaboramos.
- El trabajo parece carecer de horizonte o los resultados nos dejan insatisfechos.
- El equipo afronta una importante transición como buscar un sucesor para el director-fundador.
- La redacción de un informe requerido por una agencia de financiación.
- La planificación apostólica de la Provincia nos pide información sobre el ministerio que realizamos.

En lo que sigue, es conveniente escoger entre evaluación o planificación como enfoque de la reflexión, así como tener en mente un centro social, trabajo o comunidad concreta. El procedimiento se puede aplicar también, de diferentes modos, a todo el sector social de una Provincia y puede ser asumido con fruto por la comisión social o por el grupo de coordinadores de una Asistencia. Si un tema parece demasiado obvio para ser mencionado, conviene recordar que en otro proyecto o Provincia, o en estos mismos en otro momento, el mismo tema puede ser muy relevante.

Elementos

La planificación y la evaluación — hechas esporádicamente, con regularidad o en un proceso formal — necesitan ser revisadas, para ver si están bien diseñadas y si realmente ayudan al proceso. Nuestro objetivo inmediato es revisar algunos elementos básicos que normalmente están en juego, para ver los puntos débiles o frágiles que necesitan ser mejorados.

La planificación y la evaluación son moldeadas por los que encomiendan el trabajo, por quienes las diseñan y dirigen y por los que participan en ellas. La evaluación puede ser encargada por el mismo centro o proyecto (sea por la dirección o bien por todo el grupo), por agencias de financiación o por la Provincia que patrocina el proyecto.

Una *evaluación externa* es aquella que es diseñada y realizada por gente de fuera del proyecto, con más o menos participación del equipo. Cuando un problema se enquistaba en profundidad, la dirección o todo el equipo entra en crisis, generalmente se necesita una evaluación externa para hacerla creíble y efectiva.

Una *evaluación interna* es diseñada y dirigida por el mismo centro o proyecto y es, en este sentido, una *autoevaluación*; la planificación, por sus propias características, es siempre interna. Ambas pueden beneficiarse de la ayuda técnica y desinteresada ofrecida por profesionales (métodos de diseño, técnicas de dinámicas de grupo) o consejeros técnicos (auditorías financieras, muestreos estadísticos).

La experiencia enseña que independientemente de que la evaluación sea interna o externa, la participación en ella es lo más importante. Los participantes pueden ser la dirección o la administración, el equipo de profesionales o todo el personal. Una evaluación alcanzará mejores resultados y facilitará la puesta en práctica de las recomendaciones en la medida en que participen todos los que están involucrados en el trabajo. También pueden ser invitados a participar los beneficiarios de nuestro trabajo, los grupos con los que trabajamos, ONGs e instituciones públicas, los patrocinadores y representantes de la Iglesia.

Una segunda cuestión es el diseño de la evaluación o planificación. Es esencial definir el propósito u objetivos con la mayor precisión posible. ¿Cuáles son exactamente las necesidades? ¿Cuáles son las preguntas más importantes que requieren una respuesta? Si las preguntas son acerca del éxito o fracaso, ¿cómo son definidos esos términos y quién establece los criterios (los evaluadores externos, la dirección, los profesionales, el equipo)? ¿Cuáles son las limitaciones que constriñen la viabilidad del proyecto para poder localizarlas y afrontarlas? ¿Reciben nuestra planificación y evaluación información de nuestro análisis socio-cultural?

Un tercer grupo de temas está relacionado con la metodología o el estilo. Por ejemplo, se utilizan diferentes enfoques para preparar el trabajo del año y para valorar la misión en su conjunto. Es importante establecer un calendario apropiado: un proceso apresurado de evaluación llevará a la superficialidad y, si es prolongado, lastrará el resto de actividades. Otro asunto es el alcance o meta de la evaluación: ¿Pueden los problemas ser resueltos en sí mismos o reflejan un mal más profundo?

Hay un grupo final de preguntas que tienen que ser enfrentadas desde el comienzo. ¿Qué resultados se esperan? ¿Cuál es el rango de los posibles cambios? Prepararse para recoger el fruto que surgirá de la evaluación o prever cómo la planificación será puesta en práctica es ayuda a mantener el proceso honesto y sobrio, factible y centrado, y a confiar en su seriedad.

**Desarrollamos métodos y técnicas de planificación que nazcan de una lectura de la realidad en la que estamos insertos hecha desde la perspectiva de los pobres y actualizada constantemente por la práctica frecuente del análisis de la realidad.
(América Latina)**

Componentes de nuestro trabajo

Veamos ahora aquello que está siendo evaluado y planificado: ¿Qué secciones — la totalidad del centro o trabajo, un simple departamento o un determinado programa — van bien? ¿Se necesita hacer algo para mantenerlos? ¿Necesitan ser fortalecidos? ¿Hay algún elemento que está siendo pasado por alto o dejado de lado y, si es así, cómo puede ser integrado de nuevo?

Como la finalidad de nuestro trabajo son los demás y con ellos ha de ser realizado, una primera pregunta que nos tenemos que plantear es la eficacia y el impacto que tiene nuestro trabajo: ¿De qué manera respondemos a las necesidades reales de la gente en la sociedad y la Iglesia? Necesitamos observar los resultados — admitiendo que son difíciles de apreciar y más de cuantificar — y preguntarnos si entran dentro de las expectativas que teníamos cuando planificamos. ¿Están en sintonía con nuestra misión? ¿Son suficientes? ¿Son inesperados? Nuestro análisis y nuestras publicaciones pueden «producir» cosas útiles, pero ¿llegan a la gente? Hacemos buenos talleres y nos comunicamos eficazmente, pero ¿hay suficiente investigación que apoye estas actividades?

Parece que nuestro acercamiento al análisis social ha sido hasta ahora demasiado estrecho, centrado en la dimensión económica y olvidando los aspectos culturales, espirituales y ecológicos. (Africa)

Un elemento intrínseco al trabajo que realizamos en nuestro proyecto o centro es nuestra «lectura» de la sociedad. A pesar de que gozamos de buena reputación en esta área, si como equipo apenas compartimos el análisis, mucho menos percibiremos si se ha vuelto rutinario o si realmente percibimos los nuevos problemas que van surgiendo o si respondemos a los cambios que se van produciendo. ¿Es nuestro análisis preciso y está ajustado a la complejidad social?

Nuestra eficacia social, cultural y evangélica dependen mucho de cómo los miembros del equipo trabajan juntos. Es importante tener niveles apropiados de apertura y participación. La evaluación y la planificación apuntan a lo que realmente se pone en común sobre la mesa y a si aprovechamos las oportunidades que surgen para realizar críticas constructivas o tendemos a evitarlas. Las camarillas o divisiones, el individualismo, el arribismo y dejadez en la coordinación son obstáculos para el trabajo en equipo. La evaluación y la planificación son oportunidades para que un equipo se una y asuma activamente la responsabilidad en su trabajo.

Ya que hay muchas cosas que dependen de la colaboración tendríamos que evaluar nuestras relaciones con grupos hermanos y consultarles durante nuestra planificación, porque si no, corremos el típico peligro de aparecer demasiado ocupados o independientes para colaborar con otros.

Sin reducir todo al profesionalismo, necesitamos utilizar destrezas profesionales e intelectuales en todo nuestro ministerio social ¿Está el trabajo bien organizado, eficazmente llevado y es productivo? ¿Se favorece la creatividad? ¿Están los resultados del proyecto en consonancia con los recursos humanos, materiales y financieros utilizados? Dada la envergadura del proyecto, ¿son esos recursos suficientes? Con los recursos de que se dispone, ¿están las expectativas ajustadas a la realidad? ¿Es sostenible económicamente el trabajo y se puede reproducir? Preguntarnos si deberíamos reducir el proyecto o la obra, cambiar la orientación o reconducirlo, se puede ver como una amenaza ya que una obra, una vez institucionalizada, trabaja sobre la presunción de que seguirá adelante y normalmente crecerá.

Obras sociales significativas son llevadas frecuentemente por jesuitas capaces y trabajadores que no se implican en el trabajo de equipo. Sus esfuerzos están muy personalizados en la planificación, administración, financiación y evaluación. A menudo mantienen sólo una débil relación con la Provincia o Región, no siendo un apostolado de cuerpo. No se anima a los jesuitas jóvenes a participar en la obra ni se les prepara adecuadamente para asumir responsabilidades. Como consecuencia, la obra tiende a desaparecer cuando el jesuita muere o deja el área. (Africa)

Otro tema objeto de evaluación es el modo de tomar las decisiones. ¿Hay una evaluación incisiva y una planificación proactiva? Esto también implica el modo cómo la dirección anima al equipo y da calidad al servicio. ¿Existe un equilibrio entre el exceso de autoritarismo y la anarquía de todos decidiéndolo todo?

Las necesidades son normalmente enormes e interminables y el trabajo realizado obviamente relevante. Pero ¿está bien pensado? ¿Es el mejor modo de llevarlo a cabo? Por ejemplo, la tecnología que utilizamos, ¿manifiesta sencillez? ¿Promueve tanto la productividad como la promoción de la justicia? ¿O nos distancia de los grupos hermanos y de la gente a la que servimos? Los medios

materiales, financieros y de infraestructura también requieren ser examinados para ver si son utilizados eficientemente y en consonancia con la cultura local y con su valor testimonial.

Finalmente, ¿cómo participa un centro o un proyecto concreto en el sector social de la Provincia y cómo la Provincia se preocupa de esta obra? ¿Están los miembros jóvenes de la Provincia familiarizados con el proyecto? ¿Lo apoyan? ¿Desean participar en ella en el futuro? ¿Es la obra, aunque localizada dentro del territorio de la provincia, no un «apostolado corporativo» sino algo ajeno al sector social y a la misión de la Provincia? Si es así, ¿Cómo se piensa resolver esos vacíos?

Planificación y evaluación, en el espíritu de las *Características*, supone buscar las preguntas que no pueden *no* ser planteadas. Algunas veces, por razones objetivas o afectivas, es difícil encontrar y plantear estas preguntas. También es difícil para un grupo ser autocrítico y afrontar el cambio. A pesar de obstáculos y resistencias, deberíamos encontrar los pasos (muchos o pocos, grandes o pequeños) que son necesarios en *esta* obra o sector social concreto y en este *momento*: la gracia para ver, y la fortaleza para hacer.

Nuestras instituciones pueden emplear los siguientes medios como ayuda para llevar a cabo la misión: la evaluación institucional del papel que juegan en la sociedad; el examen de si su propia estructura interna y su política reflejan nuestra misión; la colaboración y el intercambio con instituciones afines de diversos contextos sociales y culturales; la formación permanente del personal en lo que respecta a la misión. (Congregación General 34)

Temas para la reflexión

La planificación y la evaluación a veces sacan a relucir temas amplios y profundos que requieren ser considerados en nuestro trabajo y también en nuestra vida comunitaria.

El apostolado social no se inventa su propia misión, sino que la recibe de la Compañía de Jesús: llevar la fe y la justicia que brota del evangelio a la sociedad y a la cultura. Cada obra, proyecto, centro o comunidad, a la vez que realiza su misión contribuye a la misión de todo el sector y de toda la Provincia.

Nuestro trabajo y nuestro estilo de vida ¿forman plenamente parte de la misión o — como sucede algunas veces — responden a motivaciones de naturaleza intelectual, ideológica o psicológica?

Trabajar bien requiere eficacia en la organización y competencia profesional, y esto entra en tensión vital con los valores evangélicos de la caridad, el perdón, la gratuidad y la reconciliación. Al mismo tiempo, el Evangelio no es un sustitutivo de la competencia y de la organización, ni una excusa para la complacencia o dejadez. La efectividad en el servicio a los pobres no se puede identificar con la eficacia tal como la entiende el sistema dominante, sino que es misteriosamente más grande.

«Predicar en pobreza» se realiza paradójicamente también al luchar en pobreza, con toda la competencia y profesionalidad, con toda la planificación eficaz y toda la estrategia indispensable, porque los pobres merecen tener lo mejor, el *magis* de nuestro esfuerzo. Pero estos grandes medios los usamos no para nosotros mismos sino siempre con la generosidad, gratuidad y no violencia que marcan el compromiso hasta el fin en servicio de los demás sin vueltas, sin compensación (Padre General en Nápoles).

Los objetivos inmediatos y los medios para alcanzarlos pueden absorber todo nuestro trabajo; el proyecto o instituto puede seguir la lógica «natural» de expansión, en vez de un crecimiento (¡o no!) basado en la evaluación y la planificación diseñadas de acuerdo a la misión.

No es fácil evaluar los frutos de la búsqueda de la promoción de la justicia del Reino. Algunos resultados son percibidos y objetivamente apreciables, pero muchos otros — en relación con la conversión de la gente y la transformación social — son invisibles aunque muy reales, con efectos directos o indirectos sobre individuos y comunidades, cultura y estructuras.

La diferencia entre éxito y fracaso — real, aparente, a corto o largo plazo — es una cuestión de qué criterios son seguidos en la práctica. ¿Lo que hacemos o vivimos convierte nuestra misión en realidad y lleva nuestra visión a otros, o estos ideales quedan reducidos a las tareas que nos ocupan todo nuestro tiempo? Nuestro trabajo diario expresa inequívocamente, con más precisión que las palabras, los valores que realmente abrazamos.

Los errores en el campo socio-cultural pueden tener amplias repercusiones y efectos duraderos sobre otros y sobre nosotros mismos. Algunos son prácticamente inevitables, otros eludibles. Reconozcamos nuestros fallos, celebremos los éxitos, aprendamos y crezcamos con la ayuda de ambos.

La evaluación y la planificación significan prestar atención a la cultura que está promoviendo nuestro ministerio: el modelo de sociedad que alentamos, el impacto político, el sentido ético, la significatividad evangélica. Ello supone una constante oportunidad para hacer de nuestro trabajo y nuestra vida, en un centro social o proyecto o en todo el sector, algo cada vez más verdaderamente característico del apostolado social de la Compañía.

Preguntas

1. ¿Qué planificación y evaluación se está realizando en nuestro trabajo? ¿Son solamente informales? ¿Se realizan también reuniones regulares? ¿Se da alguna vez un proceso formal? ¿Cuáles son, en cada caso, los beneficios y las carencias?
2. ¿Cómo evaluamos y planificamos en nuestra comunidad? Temas de reflexión como los mencionados, ¿son relevantes para la vida comunitaria?
3. Otros grupos dedicados a la justicia social perciben, en proyectos de la Compañía, una marcada tendencia a la reflexión crítica y al pensamiento metódico. Algunas veces nos piden que les ayudemos a planificar y a evaluar. ¿Qué podemos ofrecer a esos grupos, propio de nuestra formación, experiencia y enfoque característico?

3.9 La gestión

La mayoría de los jesuitas no tiene una inclinación natural hacia la gestión o la administración. Sin embargo, merece la pena recordar que San Ignacio pasó quince años administrando la nueva Compañía de Jesús y escribiendo las *Constituciones*. Su ejemplo nos anima a tomar este tema con seriedad. «Administración» y «gestión» son términos tomados del mundo empresarial y de la burocracia, mientras que «nuestro modo de proceder» es una expresión más propia de la Compañía. En este capítulo todas estas expresiones se conjugan para indicar el modo de gestionar un proyecto o centro social jesuita.

La *responsabilidad cotidiana de llevar* un centro o proyecto, dependiendo de la clase o el tamaño del trabajo y de la cultura local, puede denominarse *actuación*, *administración*, *gestión*, *dirección*, «*management*», *operaciones*, *práctica o programa*. En la medida en que nuestro trabajo se parece a otros proyectos de base, ONGs, centros de acción e investigación, estos se convertirán en importantes referentes a la hora de proyectar nuestra gestión.

Muchos de los elementos implicados en el modo de llevar un proyecto de la Compañía normalmente, no salen a la luz, lo cual no significa que no tengan nada que ver con nuestra misión. Lo característico consiste en prestar atención a lo que aparentemente no tiene importancia, para que el modo de llevarlo realmente refuerce, cualifique y sirva de testimonio de lo que estamos intentando hacer.

Así como en los capítulos anteriores (3.2-3.5) hemos ido mostrando *cómo* leer una determinada situación más que enseñando una imagen concreta, por eso en este capítulo no vamos a describir un determinado proyecto jesuita, ni mucho menos definir un modelo correcto o ideal. En cambio vamos a mencionar algunos puntos a considerar, agrupados en una serie de epígrafes: lugar, recursos humanos, finanzas, medios materiales. Cada equipo deberá concretar qué temas son los que más le afectan y afrontarlos con inteligencia y creatividad.

Lo cotidiano

El *lugar* donde trabajamos (una habitación, un edificio, un complejo) y donde vivimos (una casa, un piso, una residencia) deberían ser físicamente accesibles y culturalmente acogedores para la gente por la que y con la que trabajamos, especialmente para los pobres. Deberían también disponer de medios aptos para vivir, para la hospitalidad, el trabajo, las reuniones, la reflexión, el escribir. Deberían estar razonablemente limpios. Los elementos llamativos de la decoración — cuadros, pósters, imágenes, símbolos — provocan una impresión más honda que muchas palabras. ¿Muestra la decoración lo que queremos proyectar?

En consideración a los bienhechores y a los beneficiarios, se hace un buen uso de los *medios y recursos materiales*: papel, libros, vehículos, ordenadores, equipos audiovisuales. Así evitamos la mentalidad del «usar y tirar» y cuidamos de no deteriorar ni malgastar. Los edificios y el equipamiento pueden parecer «sólo medios» que no necesitan recibir demasiada atención. Pero algo considerado normal en una cultura (desechar papeles o pedir un coche prestado) pueden tener un significado completamente distinto en otra.

Los recursos que llamamos «nuestros» nos han sido confiados para utilizarlos para el apostolado social, en favor de los pobres y de la justicia. Con frecuencia tenemos que plantearnos si compartimos estos recursos materiales con otros grupos hermanos menos beneficiados materialmente.

Nuestro trabajo con otros depende también de condiciones tales como: salario justo, seguridad social y otros mínimos de justicia laboral, tanto para los profesionales como para el equipo de apoyo (una distinción importante y a veces complicada, que habitualmente los pequeños proyectos no necesitan hacer). También incluyen condiciones básicas de trabajo para pasantes y voluntarios, y para los jesuitas que unas veces encajan dentro de estas categorías y otras no.

También relacionados con el trabajo en equipo están los recursos para dirigir el proyecto. En la medida de lo posible, conviene que la gestión se lleve con transparencia, y todos los miembros del equipo deberían estar bien informados. Sin embargo, hay que tener en cuenta que normalmente no todos son igualmente responsables de la gestión y administración, y la transparencia puede resultar difícil si alguien del equipo no puede mantener la confidencialidad. Finalmente, «recursos humanos» en otro sentido son también la competencia del equipo, los títulos que se poseen y las destrezas aprendidas, todo ello puesto a trabajar conjuntamente.

➤ *Trabajo de equipo (3.6)*

En algunos países, la gente que trabaja en proyectos de justicia social y centros de investigación están adaptando técnicas de gestión empresarial para su gestión. Las organizaciones de la Compañía, sobre todo las grandes, pueden beneficiarse ampliamente al someterse a una disciplina empresarial en temas como personal, recursos, contabilidad y financiación, sin asumir una mentalidad del puro mercado.

Temas económicos

El ejercicio de la responsabilidad sobre nuestros *recursos financieros* empieza con un buen uso del dinero. Como mínimo esto significa utilizarlo honestamente, no ser arbitrario, con una contabilidad transparente en los ingresos y gastos y adecuada al tamaño y tipo de proyecto. De nuevo es necesario recordar que aunque la responsabilidad económica no está repartida por igual entre todos los miembros, es importante mantenerlos suficientemente informados.

Debido a la situación de pobreza del continente, muchas excelentes y bien planteadas obras sociales de la Compañía deben buscar fondos externos de organizaciones eclesiales, fundaciones y personas privadas que apoyen económicamente sus gastos ordinarios. A la larga, se puede ocasionar así una dependencia que condiciona orientaciones pasadas, actuaciones presentes y perspectivas futuras. Debido a la evolución económica y política reciente fuera de Africa (p.e., recesiones, apertura de los países del Este de Europa) los fondos están reduciéndose significativamente, con repercusiones directas sobre la viabilidad de muchos de nuestros apostolados. (Africa)

En algunos casos, la *Compañía de Jesús patrocina* un proyecto social, provee de medios, designa jesuitas para trabajar en él y suministra recursos financieros y así adquiere una responsabilidad moral importante. El tener *otras fuentes de financiación* conlleva también responsabilidades. Los fondos donados por la Iglesia, bienhechores y a veces por los mismos beneficiarios, son una forma de cooperación o involucramiento como socios. Por eso también es importante mantener bien informados a aquéllos que nos patrocinan y apoyan económicamente.

Cuando una parte importante del presupuesto proviene de *empresas, fundaciones y administraciones públicas* se corre el peligro de hacernos dependientes, lo cual afecta nuestras prioridades reales y limita nuestra libertad de acción y de crítica. Esta es la razón de que muchos proyectos estén intentando diversificar sus principales fuentes de financiación, lo que conlleva esfuerzos y quizás pérdida de ingresos.

Las *inversiones hechas en nombre propio o por la Compañía* requieren un estudio detallado de acuerdo a

principios éticos o criterios de inversión responsable. Algunas congregaciones religiosas y ONGs han desarrollado criterios que también son aplicables a proyectos de la Compañía. El objetivo de la inversión es conseguir ganancias que sustenten el trabajo, pero ¿debemos invertir en empresas cuyo comportamiento criticamos? ¿Debemos invertir en otros continentes para conseguir un mayor beneficio con un bajo riesgo, o invertir en la economía nacional con menores ganancias para el apostolado social y con peligro real de perder el capital?

Preparar el presupuesto puede ser buena ocasión para reflexionar sobre nuestras prioridades reales al escoger en qué trabajamos y en qué gastamos. Una tentación es la «economía a escala», que favorece actividades de mayor tamaño y mayor alcance en pro de una eficacia o productividad mayor y así poder llegar a más gente. ¿Es esta una lógica siempre válida para nosotros?

➤ *Planificación y evaluación (3.8)*

A pesar de las buenas intenciones, se pueden cometer abusos, y no hay recetas seguras ni soluciones perfectas que los eviten. El tema es ser responsable y estar vigilante en el uso de los recursos y favorecer a las personas de manera justa. Esta responsabilidad que aceptamos no es sólo una cuestión interna sobre nuestra integridad como ya hemos visto, sino que también afecta a la imagen pública que proyectamos.

La imagen pública

La imagen pública de un proyecto jesuita, no es una mera fachada, sino que tiene un efecto fundamental en la sociedad y la cultura:

- para comunicar nuestras inquietudes
- para relacionarnos con otros grupos
- para resistir las injusticias, promover cambios e implicar a otros

- para influir en la opinión pública y política
- para proteger de ataques a los vulnerables (a veces nosotros mismos)
- para conseguir dinero o alcanzar otras formas de apoyo.

En cualquier encuentro (personal, en grupo o en los medios de comunicación) con nuestro proyecto o centro ¿qué ve la gente, qué perciben, qué esperan y qué conclusiones sacan? Los modos en que utilizamos nuestros recursos físicos, humanos y financieros repercuten en la imagen cultural, ética y espiritual que proyectamos. ¿Nos encuentra la gente a nosotros y nuestros proyectos competentes, colaboradores, generosos y dignos de confianza?

También es parte de nuestra responsabilidad el modo cómo los medios de comunicación tratan nuestro trabajo, las posiciones que tomamos y las causas que promovemos. Somos nosotros los que determinamos la forma de tratar a los periodistas, con qué grupos nos asociamos y qué tipo de imagen proyectamos. Aprender a dar entrevistas es un método práctico de mejorar nuestra presencia en los medios de comunicación.

Un proyecto social jesuita cumple su misión si transmite una cierta coherencia entre su discurso espiritual y la acción social que realiza. Otros atestiguarán su credibilidad, el testimonio que ofrece, la esperanza que se comparte, la Buena Nueva que conlleva.

Las instituciones de ayuda económica han puesto su corazón y sus ojos en otros continentes. Además se quejan de la falta de experiencias exitosas permanentes que sirvan de modelo replicable en la lucha contra la pobreza. (América Latina)

Tensiones

El proyecto/organización/institución es un multiplicador de los esfuerzos individuales, una presencia o incluso un punto de referencia dentro de la sociedad y la cultura. Tales recursos, que proveen prestigio, influencia y un cómodo nivel de vida, pueden absorbernos. Una obra muy institucionalizada no asume fácilmente una actitud autocrítica, y las críticas desde fuera no suelen ser bien acogidas.

➤ *Planificación y evaluación (3.8)*

Algunos equipos temen que la preocupación por la gestión enfríe el aspecto profético de su trabajo. Este temor puede deberse a una preferencia implícita por la «anarquía/espontaneidad» más que por llevar las cosas en equipo. Otros proyectos pueden considerar las preocupaciones aquí planteadas como obsesivas, introspectivas o centradas en lo propio, por no ver su relevancia que con respecto a temas y demandas urgentes. Hay también otros, enredados en dificultades internas, que encontrarán estos consejos como «insignificantes y a destiempo» para ayudarles a salir de su situación, mientras que los nuevos o pequeños proyectos pueden ver en ellos señales prematuras de su futura institucionalización.

La verdadera paradoja de nuestro apostolado se sitúa entre el trabajo por la justicia social y culturalmente eficaz y el trabajo por la justicia evangélicamente expresivo de la Buena Nueva. (Padre General en Nápoles)

Es frecuente que un jesuita trabaje a tiempo completo en la gestión de un proyecto o centro, empleando toda su energía en la administración, búsqueda de fondos, relaciones públicas, contratación, planificación. Su dirección posibilita el servicio de justicia social que ofrece el equipo. De cara hacia afuera, un director jesuita proporciona a menudo credibilidad en el ámbito público y entre nuestros benefactores. La gestión supone un importante servicio para facilitar las condiciones óptimas en las que el trabajo pueda ser realizado con eficiencia y en armonía; de ahí el valor que se da al hecho de que la Compañía provea o ayude a asegurar el liderazgo y los recursos.

El liderazgo de un jesuita aporta a un proyecto en muchos casos su identidad jesuita; incluso algunas veces, tristemente, sólo cuando lo asume una segunda generación es cuando el proyecto llega a estar integrado en la misión de la Provincia. A quienes ocupan puestos de dirección dentro del apostolado social se les anima a llevar con claridad y discernimiento las tensiones que subyacen en la toma de decisiones. Sin libertad interior fácilmente podemos quedar atrapados en el aparente bien de una carrera o en una adicción al objetivo a costa de las personas. Si no estamos atentos a estas dinámicas dentro del grupo o institución en el que estamos participando, podemos terminar violando la justicia y los derechos humanos mientras luchamos denodadamente por ellos.

En muchas decisiones de gestión, aparece una tensión entre «eficacia o profesionalismo» y «logros sociales», por un lado, y «pobreza o sencillez» y «testimonio evangélico contracultural», por el otro. El debate a menudo se mueve entre el «purismo de los principios» y el «pragmatismo o conveniencia organizativa». La clave está que darán mejor resultado las decisiones tomadas siendo conscientes de las tensiones existentes y discutidas en equipo.

➤ *Tensiones a mantener (4.2)*

Gestión y justicia

«No te agobies con lo pequeño» y «sé fiel en lo pequeño» son dos consejos aparentemente contradictorios de la sabiduría proverbial que ilustran los retos de la buena gestión en una obra o centro del apostolado social.

Apertura y transparencia, diálogo y a veces coraje contracultural pueden resultar necesarios para un grupo que reconoce y afronta las ambigüedades, limitaciones, tentaciones e incluso pecados que marcan su funcionamiento diario. Por eso, la gestión es un elemento relevante en la justicia social que cada centro o proyecto del apostolado social intenta no sólo proclamar, sino también implantar y promover. Trabajar juntos por otros, traducir los ideales a realidades sociales y culturales, ser testigos con hechos del Reino de Dios supone un experimento viviente entre la gente.

A modo de conclusión hacemos nuestra la promesa expresada por los provinciales latinoamericanos de la Compañía de Jesús en su *Carta sobre el neoliberalismo en Latinoamérica* de noviembre de 1996:

Para hacer creíble nuestro empeño, para mostrar nuestra solidaridad con los excluidos del Continente y para evidenciar nuestra distancia del consumismo, procuraremos no solamente la austeridad personal, sino también que nuestras obras e instituciones eviten toda ostentación y empleen medios coherentes con nuestra pobreza. En sus inversiones y consumo, no deberán apoyar a

empresas que violen los derechos humanos y vulneren los eco-sistemas. Queremos así reafirmar la opción radical de fe que nos llevó a responder al llamado de Dios en el seguimiento de Jesús en pobreza, para ser más eficaces y libres en la búsqueda de la justicia.

Preguntas

1. En nuestro centro o proyecto intentamos promover la justicia, la reconciliación y la solidaridad a través de la acción y sus consecuencias. ¿Hay signos concretos de esos valores en el trabajo diario? ¿Se dan también contravalores, valores que ignoran o niegan la justicia del Evangelio?
2. ¿Podría el ecónomo de la Provincia ayudarnos a plantear cuestiones más concretas sobre el apostolado social desde el punto de vista de nuestra gestión, de las condiciones de trabajo y las inversiones? ¿Hay alguien que nos ayude a reflexionar críticamente sobre nuestras relaciones públicas y nuestra presencia en los medios de comunicación?
3. Ya que la comunidad jesuita no es un elemento «privado» sino parte intrínseca del apostolado social ¿hay cuestiones de gestión que merecen planearse en torno a nuestra vida comunitaria?

3.10 El cuerpo de la Compañía

La misión de la Compañía de Jesús según la *Fórmula* de 1550, «atender principalmente a la de-fensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana», fue refor-mulada por la CG32 en 1975 como «el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia cons-tituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios». Eso, añadió la CG34 de 1995, «no puede reali-zarse si, al mismo tiempo, no se cuidan las dimensiones culturales de la vida social y la manera como una determinada cultura se sitúa con respecto a la trascendencia religiosa» (d.2, n.18).

Esta decisión histórica compromete a la Compañía de Jesús a la promoción de la justicia desde la base más fundamental de nuestra identidad y nuestra actividad: la misión. «El servicio de la fe y de la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos, sino de nuestra vida interior, como individuos, como comunidades, como una fraternidad extendida por todo el mundo» (CG32, d.2, n.9). Por consiguiente la promoción de la justicia «debe ser una preocupación de toda nuestra vida y constituir una *dimensión* de todas nuestras tareas apostólicas» (CG32, d.4, n.47). El expresar esta preocupación y el vivir esta dimensión han supuesto un esfuerzo importante de la Compañía desde 1975.

De la misión global de la Compañía, según las *Constituciones* y las *Normas Complementarias*, fluye el apostolado social. Su fin específico es tender, por medio de todos los esfuerzos, «a que las estructuras de la convivencia humana se impregnen y sean expresión más plena de la justicia y de la caridad» (NC 298). El apostolado social consiste en «centros sociales de investigación, divulgación y acción» y «acción social directa con y por los pobres» (NC 300). Estos proyectos e instituciones y los jesuitas y colegas expresamente dedicados a este apostolado forman el *sector* social. La finalidad del apostolado social es trabajar juntos, efectiva y evangélicamente, para los pobres y para la Iglesia.

Cada Provincia mantiene estructuras para sostener el apostolado social, y cada sector social se relaciona de modos particulares con el resto de su Provincia y, por extensión, con el resto de la Compañía. A primera vista estos temas pueden parecer sólo para jesuitas, pero afectan a todos los que comparten nuestro trabajo, espiritualidad y misión.

La dimensión social

Todos los ministerios jesuitas responden a necesidades humanas, espirituales y religiosas importantes. Esto no puede hacerse, según las CCGG 32, 33 y 34, sin enfrentarse siempre al pecado y sin promover la justicia en la sociedad. El compromiso es fuerte, la idea está clara, pero descubrir qué significa este compromiso *aquí y ahora* y ponerlo en práctica no ha sido fácil. Tampoco ha sido fácil para los jesuitas ayudarse mutuamente en este aspecto. A pesar de las dificultades históricas, sin embargo, hoy hay muchos jesuitas y colaboradores, en todos los sectores, que muestran en la práctica una gran preocupación social.

Todos los ministerios jesuitas deben integrar la promoción de la justicia en su misión en uno o más niveles: por medio del servicio directo a los pobres, desarrollando una conciencia de respon-sabilidad social o en defensa directa de un orden social más justo (CG34, d.3, n.19). Hay progra-mas de extensión en universidades jesuitas o colegios de secundaria situados en comunidades de clase

media, así como instituciones educativas y pastorales que sirven a gente en los márgenes de la sociedad: escuelas de enseñanza primaria «Fe y Alegría», escuelas de enseñanza media (tipo *Nativity*) en barrios degradados con programas intensivos de educación de los pobres urbanos, parroquias en el corazón de las ciudades muy comprometidas en ministerios sociales.

Pero todavía hay resistencias y recuerdos tristes que siguen haciendo daño y continúa habiendo incomprensiones. Desde el Decreto 4 todos los jesuitas han tenido una responsabilidad seria en la promoción de la justicia. Por lo tanto, algunos miembros de las Provincias temen que puedan ser legítimamente criticados por su trabajo o estilo de vida, que puedan ser denunciados o que por parte de los que están en el apostolado social se les diga qué tienen que hacer.

El hecho de que existan algunos proyectos y trabajos sociales y comunidades «de inserción» en una Provincia no es razón para que otros «dejen la promoción de la justicia a los especialistas». Dicho quizá de manera más sutil, el hecho de que alguien trabaje a tiempo completo en investigación social no le exime de la dimensión de la justicia, incluyendo aquí el vivir de manera simple o entre los pobres y el tener un contacto pastoral directo. O el hecho de que un jesuita trabaje a tiempo completo en un proyecto social concreto — por ejemplo, con los sin techo o con trabajadores analfabetos — no le exime de reflexionar sobre temas sociales más amplios, por ejemplo, de consumismo o derechos humanos, sobre los cuales la Provincia puede tomar una posición pública.

El sector social

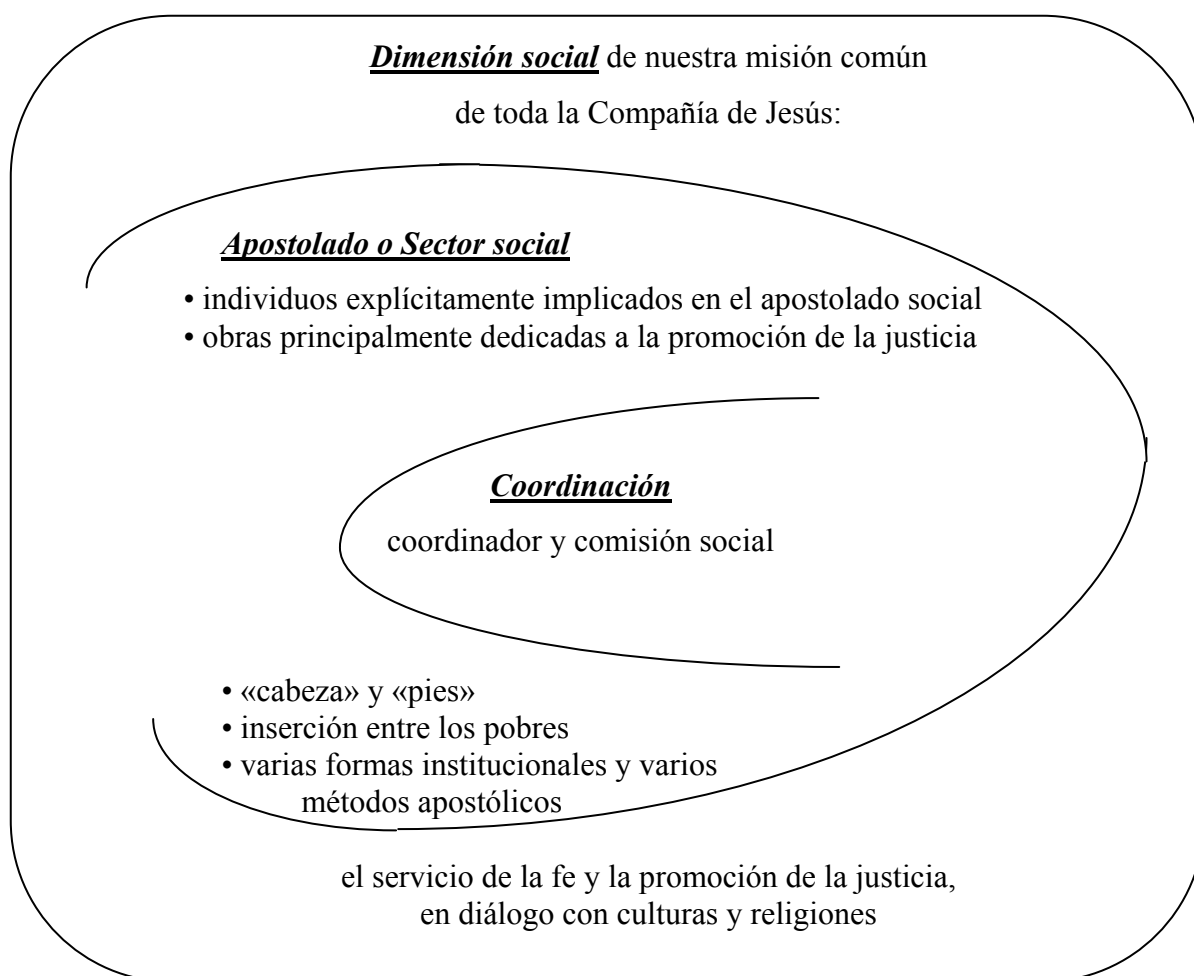
Las actividades del apostolado social — «centros sociales de investigación, divulgación y acción» y «acción social directa con y por los pobres» — tienen diferentes nombres en diferentes partes del mundo: *acción social, ministerios sociales o ministerios de pastoral social, justicia social, trabajo o servicios sociales, desarrollo, misión obrera, trabajo con los excluidos o marginados, Cuarto Mundo*.

Sin querer reemplazar ninguno de los nombres locales, utilizamos la expresión «apostolado social» para referirnos de manera genérica a esta gran variedad de *actividades* o compromisos en la sociedad y la cultura. De manera similar «sector social» se refiere a los jesuitas y colaboradores, proyectos y trabajos desde el punto de vista *organizativo* y los distingue de otros sectores apostólicos.

Aunque esto parece lógico, no es siempre fácil imaginar o visualizar el sector social. Casi todos los demás sectores apostólicos están tipificados por una forma definida, a menudo institucionalizada por la tradición. Así, educación: colegios, universidades; espiritualidad: casas de ejercicios; comunicación: publicaciones y medios electrónicos; pastoral: parroquias y misiones; formación: noviciado, escolasticado.

Si preguntas a un jesuita, «¿Qué haces?» y responde «Estoy en educación secundaria» te brota inmediatamente una imagen significativa. Si añade el nombre de la ciudad, la materia que enseña o el cargo administrativo que desempeña, rápidamente te haces una idea bastante completa de su ministerio. En contraste, el sector social no tiene ni formas institucionales tradicionales, ni medios típicos o instrumentos propios. Se caracteriza por una variedad casi sin fin y por cambios rápidos. Así que si a la pregunta amistosa, «¿Qué haces?», el jesuita responde, «Estoy en el apostolado social», no le viene a uno una imagen clara a no ser que rápidamente precise qué es lo que hace, dónde, desde cuándo, entre qué personas, en qué tipo de plataforma, con qué colaboradores, para qué finalidad.

Por lo tanto, sin hacer agudas distinciones o demarcaciones innecesarias, parece que ayuda pensar el *sector* del apostolado social en términos de círculos concéntricos.



El círculo intermedio ilustra el *apostolado* o *sector social*, constituido por todas las instituciones y las personas que han recibido de la Provincia la misión explícita de trabajar en el campo social.

Institucionalmente, se trata de los proyectos, obras o instituciones explícitamente dedicados a la promoción de la justicia, así como de escuelas, parroquias o comunidades insertas en zonas muy pobres.

Desde el punto de vista de las personas, pertenecen al sector los jesuitas y los colaboradores que trabajan expresamente en el campo social, los que trabajan en instituciones o proyectos sociales no patrocinados por la Compañía, y los jesuitas todavía en formación pero ya destinados a esta área apostólica. El sector incluye también a los jesuitas y colaboradores que, mientras están comprometidos en actividades de otro sector, dedican algo de tiempo al trabajo directo por la justicia, y/o viven entre los pobres y/o tienen lazos fuertes con los directamente involucrados. Y también a los escolares y hermanos en formación interesados en el campo socio-cultural aunque todavía no hayan recibido un destino explícito en este sentido. Todos éstos forman el *sector social*.

En el círculo interior están los que llevan el servicio de *coordinación* indispensable para la vida y el desarrollo del apostolado social: el coordinador apoyado por la comisión social.

Finalmente, el círculo más amplio representa la *dimensión social* esencial de nuestra misión: los otros jesuitas y sus colaboradores trabajando en otros sectores, en formación o ya retirados, para quienes la promoción de la justicia sigue siendo una dimensión siempre presente en su misión.

Si, con toda su heterogeneidad, los individuos y trabajos del área social permanecen dispersos y desconectados, es difícil que otros jesuitas les entiendan y les consideren parte del compromiso o misión corporativos de la Provincia. «Eso no es un trabajo de la Provincia», se dice muy frecuentemente, «sino el proyecto del padre Tal... Está dentro del territorio de la Provincia pero no es parte de nuestra misión».

El sector social puede ser para los jesuitas un área o «espacio» en el que nos juntemos, nos sintamos en casa, nos expresemos, confrontemos ideas, se nos escuche, reflexionemos, discernamos y también recemos y celebremos nuestra fe y vida juntos, ya que no somos meramente activistas sociales: somos hombres y somos religiosos, y necesitamos cultivar y expresar lo que nos hace tales. Los jóvenes que se sumen a nuestra tarea lo necesitan y nos lo piden, como lo hacen a su manera nuestros colegas no jesuitas.

Para crear un sector social vibrante, uno de los elementos más importantes es la participación plena de la «cabeza» y los «pies», como fueron animosamente apodados en el congreso de Nápoles — refiriéndose a los más intelectuales y a los más comprometidos con la acción directa. Estos dos grupos difieren usualmente en la experiencia cotidiana y en el estilo de trabajo; si en el pasado esto creó distancias, ahora hay una oportunidad para sacar provecho de estas diferencias. La «cabeza» y los «pies» del apostolado social, con sus puntos de vista y contribuciones específicas, se necesitan mutuamente. Si uno de los aspectos es flojo, el esfuerzo — por muy valioso que sea — es insuficiente como apostolado social de la Compañía. En las comunidades en las que tanto «intelectuales» y «organizadores» como «trabajadores de la base» viven juntos se facilita el compartir diario informal.

El Catálogo del Apostolado Social

- Coordinador y comisión social

Sector:

a) Obras significativas de acción social:

b) Centros de investigación, capacitación y acción social:

c) Colaboración con otros grupos o proyectos de justicia social:

d) Otros aspectos importantes del sector social:

Dimensión:

e) Proyectos pastorales con un aspecto social notable:

f) Obras de educación con una dimensión de justicia:

g) Revistas o proyectos de comunicación social que traten cuestiones contemporáneas:

h) Obras de espiritualidad ignaciana con acento social:

i) Experiencia y reflexión sobre la justicia en la formación de los NN:

j) Otros aspectos notables de la promoción de la justicia en la misión de la Provincia:

➤ *Colaboración y redes de trabajo (3.7)*

➤ *Colaboración y redes de trabajo (3.7)*

Además de proyectos concretos, el apostolado social ha generado grupos significativos, movimientos, y la Misión Obrera y el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) son de espíritu semejante. Incorporarlos en el sector social y fomentar su vida no amenaza la diversidad; más bien es un reunir gracias y fuerzas para llegar a compartir la responsabilidad del apostolado social como ministerio dentro de la misión de la Provincia.

Incluso en Provincias en las que hay muy pocas personas realizando ministerios sociales, puede haber esfuerzos esporádicos puntuales. El sector social a menudo se desarrolla por etapas. La primera

etapa puede denominarse «agrupación» de individuos o pioneros: algunos vienen cuando son convocados a una reunión, otros no; todos hablan, pero sólo para intercambiar información. La segunda etapa puede llamarse de «federación» de representantes: las personas vienen a defender o promover sus propios intereses u obras. La tercera etapa es un sector real cuyos miembros se ocupan del conjunto de proyectos, obras y personal, asumiendo la responsabilidad colectiva del sector social como un cuerpo apostólico orgánico ahora y en el futuro; esto podría llegar hasta la toma de la responsabilidad de coordinar la presentación de propuestas de proyectos a agencias de cooperación.

Aunque sea sólo en la forma de federación, pero especialmente cuando se trata de un verdadero sector, éste es el foro adecuado para plantear problemas, proponer nuevas iniciativas y asumir alguna responsabilidad en los recursos humanos y financieros. Éste es el lugar apropiado para estudiar la página de la Provincia en el *Catálogo del Apostolado Social* y preguntar qué debería cambiar o desarrollarse en el apostolado social de la Provincia.

El sector social en la Provincia

El sector social no existe solamente para atender sus asuntos sino también para servir a la Provincia y ayudar al Provincial.

Cada Provincia y Región debería nombrar un coordinador para el Apostolado Social. Su tarea será, de manera específica, animar y servir al personal y a las actividades del sector social para conseguir la efectividad en los trabajos de fe y justicia, y ayudar a todos los jesuitas a integrar la *dimensión* social de la fe y la justicia en sus vidas, comunidades y ministerios. (Africa)

Un *sector* social con vitalidad contribuye intrínsecamente a la misión de la Provincia entera y ayuda a que ésta cumpla el compromiso de la Compañía con la justicia. No solamente lleva a cabo su propia contribución sectorial sino que, normalmente a través de hechos y de ejemplos más que por medio de palabras y recomendaciones (menos aún por medio de denuncias o críticas), también propone modos en los que la Provincia puede llevar a cabo la misión de la Compañía en el campo sociocultural.

Un sector social unido y activo puede promover los derechos humanos; tomar posición públicamente ante problemas sociales, sean locales, nacionales o internacionales; puede hacer una contribución en la línea de la Doctrina Social Católica; o puede participar en una coalición con otras congregaciones religiosas, en el ámbito diocesano, ecuménico y nacional. En esos momentos, el sector social está al servicio del Provincial. Puede aconsejarle, prepararle materiales, acompañarle o representarle.

El Provincial ha de animar al sector social con la *cura apostólica*: escuchando, dirigiendo y asignando personas y recursos materiales si hacen falta. El Provincial debería visitar cada trabajo de apostolado social, y el coordinador puede ayudarle preparando de manera provechosa la visita anual. Además de la *cura personalis* para los jesuitas, el Provincial también puede dar a los colaboradores una oportunidad de conversar para animarles espiritualmente y afirmar su contribución a la misión de la Provincia.

El coordinador/delegado y la comisión social

El coordinador social y la comisión social son la estructura organizativa normal del apostolado social en una Provincia. Su trabajo ayuda a crear, mantener y desarrollar el sector social. Donde aún no existe, un coordinador activo y una pequeña comisión pueden hacer mucho para ayudar al desarrollo del sector.

El delegado y la comisión unifican en un sector apostólico con vitalidad a las diversas actividades sociales, jesuitas, colaboradores y miembros futuros. Pasan de ser una agrupación de actividades individuales o colectivas a ser un «área» apostólica definida dentro de la Provincia. El coordinador y la comisión ayudan al sector a funcionar y desarrollarse sanamente y a que los distintos esfuerzos en línea social se integren adecuadamente dentro de la Compañía.

El coordinador preside la comisión y atiende la vida, la cohesión, continuidad e intercomunicación internas del sector, su creatividad y su renovación. Tiene un papel importante como consejero y enlace con el Provincial y sus consultores, dando ánimo en el campo social a los que puedan mostrarse más dubitativos. Trabaja en coordinación con otros sectores, especialmente con el delegado de formación.

La comisión del apostolado social, que refleja la realidad del sector, ya sea un grupo, una federación o un equipo apostólico, puede ser un espacio de diálogo y concertación, una especie de parlamento, una estructura a modo de «consulta». Al menos un miembro debería ser un estudiante jesuita y la comisión debería ser consultada sobre aspectos sociales de la formación y sobre experiencias, magisterio y estudios especiales para jesuitas jóvenes interesados en el área social. La comisión sirve de enlace entre el sector y el resto de la Provincia.

Ya que los ajenos al apostolado social lo visualizan con dificultad, el coordinador y la comisión pueden servir como imagen o símbolo al que la Provincia puede referirse y en el que los jóvenes jesuitas pueden ver reflejadas sus aspiraciones apostólicas para el futuro.

➤ *Las generaciones futuras (3.11)*

Más allá de la Provincia

Los problemas sociales a los que hacemos frente, a pesar de ser concretos y locales, a menudo están anclados en causas globales. Sin embargo, nosotros jesuitas «no sacamos partido de todas las posibilidades que tenemos por el hecho de ser un cuerpo apostólico internacional. Un cierto provincialismo, las urgencias de las necesidades locales, y nuestra falta de estructuras apropiadas y armonizadas nos han impedido hacer realidad todo nuestro potencial universal» (CG34, d.21, n.5).

➤ *Colaboración y redes de trabajo (3.7)*

A nivel de cada Asistencia, pueden reunirse anualmente el coordinador del apostolado social y una comisión formada por los coordinadores provinciales. Sus tareas, similares a las del nivel provincial (ver arriba), son reflexionar sobre temas más amplios, dar orientaciones e incluso ponerse de acuerdo en programas comunes y organizar la cooperación interprovincial en problemas que impliquen a varios países. En América Latina, reuniones de ese tipo implican a las dos Asistencias, mientras

De cara a promover el crecimiento en cooperación y coordinación, al servicio de la misión universal de la Iglesia, serán necesarias en las Provincias una gran solidaridad y disponibilidad y una apertura real al cambio (movilidad), incluso si nos mantenemos firmemente anclados en nuestras propias culturas. (Europa)

que en Europa hay intercambio de información entre las cuatro Asistencias.

El Secretariado del Apostolado Social en la Curia General de Roma tiene el mandato de animar y facilitar la cooperación y el flujo de información. Siendo un agente externo, puede ayudar de manera especial como animador de la reflexión en cada región y Provincia; por otro lado, puede alentar y coordinar el trabajo conjunto y la reflexión entre distintas Provincias y regiones. *Promotio Iustitiae* es un instrumento de comunicación que puede ser reforzado. «La Compañía, a todos los niveles, debe promover iniciativas y respaldar todas estas formas variadas de interconexión, y los Secretariados de la Curia General deben seguir asumiendo un papel importante para establecerlas» (CG34, d.21, n.14).

Preguntas

1. ¿Qué puntos, de los destacados en las *Características*, tenemos en común como sector? O en otras palabras, ¿en qué consiste nuestra vida común como sector en el ámbito provincial? ¿en el ámbito de la Asistencia?
2. Mirando al *Catálogo del Apostolado Social* o al gráfico del grupo central, sector social y dimensión social: ¿se reflejan en este perfil nuestras preocupaciones y responsabilidades compartidas en el apostolado social?
3. ¿Tienen las obras y proyectos del apostolado social una relación adecuada con la Provincia, con la mayoría de sus miembros o con sus Superiores? ¿Existen modos y medios que puedan mejorar la integración, comunicación y colaboración entre los que son miembros del sector y los que viven esta dimensión?

3.11 Las generaciones futuras

Reunión de la pequeña comunidad de Lovaina: dos jesuitas belgas veteranos, uno profesor de informática, el otro trabajando con refugiados, y varios jóvenes jesuitas de menos de cuarenta años: dos de la India, un belga, un coreano, un escocés y un irlandés.

Hablan de los nuevos decretos de la CG34 [1995] y los jesuitas mayores dicen: «El lenguaje de estos documentos está bastante anticuado, es muy teológico y bastante tradicional». Y los jóvenes decían: «No, pensamos que es moderno».

«Pero leed la CG32 [1975]», insisten los dos veteranos, «es realmente lenguaje moderno y actual». Y el grupo de jóvenes responde: «Nos parece un poco anticuado».

Los términos clave de los decretos de nuestras Congregaciones Generales recientes han sido escogidos con gran esmero. Sin embargo, en el espacio de una o dos décadas, sus referentes, resonancia e incluso algo de su significado han sufrido un cambio imperceptible pero real. Dichos cambios, que corresponden a la edad de la gente, vienen a ser como diferencias de cultura entre generaciones. Afirmar esto puede parecer una obviedad pero cuesta esfuerzo percibir esas diferencias y reconocer su importancia.

Otros capítulos de las **Características** tratan acerca de cambios en el apostolado social en respuesta a los cambios en el contexto que le rodea: las formas de injusticia, los recursos disponibles, el pensamiento de la Compañía. Pero cuando las personas mismas que llevan a cabo el apostolado cambian en su manera de vivir y trabajar, esto tiene el efecto de cambiar también el apostolado social. El presente capítulo considera las distancias que separan las generaciones, el posible diálogo entre ellas, y la formación que se ofrece a los miembros jóvenes.

Las generaciones

Con el término generación «mayor» — evidentemente, algo relativo — nos referimos aquí a jesuitas con los estudios finalizados, últimos votos pronunciados y algunos años o incluso décadas de trabajo en su misión en el apostolado social. Estos hombres y sus colegas, con su respuesta configurada por la experiencia del mundo y la Iglesia de hace algunos años o décadas, representan el apostolado social existente. El apostolado reconoce que actitudes y respuestas nacidas en un período anterior necesitan ser renovadas, y esta renovación es lo que el proceso de las **Características** intenta promover.

La generación «joven» significa jesuitas en formación, antes de los últimos votos, que están siendo introducidos al apostolado social. Tienen una experiencia diferente de crecer en la sociedad y en la Iglesia. Sus encuentros con el apostolado social les lleva a preguntarse «¿Podremos encontrar nuestro sitio aquí?»

Cuestiones como las que siguen están presentes, lleguen o no a preguntarse:

- ¿Qué hace el apostolado social?
- ¿Cómo responde esto a los pobres, los sufrientes, las injusticias?
- Si el empeño parece secularizado a primera vista, ¿qué significa realmente para los jesuitas en términos de fe, vida religiosa, sacerdocio?

- ¿Qué fe motiva este apostolado y cómo expresa a su vez este ministerio nuestra fe?
- ¿Puedo imaginarme trabajando como sacerdote o hermano jesuita con otros en este apostolado y así llevando a cabo mi vocación humana, religiosa y sacerdotal?
- ¿Y cómo lleva a cabo este sector nuestra misión y se relaciona con las otras prioridades de la Provincia?

Esas preguntas no son necesariamente nuevas. La generación establecida vive su propio modo de responderlas y esto constituye el apostolado social de cada Provincia hoy. Las cuestiones se hacen urgentes cuando el grupo más joven las retoma según su propia sensibilidad y pone a prueba las respuestas establecidas frente a su experiencia de sociedad/cultura/Iglesia y sus esperanzas futuras.

Como vimos en el ejemplo inicial de esta sección, el potencial de incomprensiones es grande y hay mucho en juego porque, distintamente a los grupos que tienen la opción de vincularse o ignorarse unos a otros, aquí la evolución del apostolado social depende intrínsecamente de la transición entre generaciones de jesuitas.

Diálogo

El lenguaje de la CG32 comparado con el de la CG34 causó reacciones opuestas en la reunión comunitaria de Lovaina y mucho de lo mismo ocurre con respecto a palabras importantes del apostolado social, como son:

acción, análisis, autoridad, ciencia social, compasión, comunidad, comunidad jesuita, cultura, desarrollo, espiritualidad, estructuras, fe, formación, inserción, investigación, justicia e injusticia, lucha, misión, obediencia, los pobres, poder, profético, protesta, servicio, simplicidad, sistema, sociedad, trabajo en equipo.

Con el paso del tiempo, a palabras como éstas se les asocia una multitud de experiencias y adquieren un cúmulo de sentimientos, asociaciones y por lo tanto significados. Los significados actuales de estas palabras están cargados de hechos que marcaron a las generaciones primeras, preocupaciones que les motivaron y causas por las que lucharon. El Decreto 4 mismo es un «hecho» de este tipo. Para los jesuitas jóvenes, sin embargo, esos eventos son historia. Uno tiene que aprender sobre ellos y sólo llegan a ser significativos si conectan con *su* experiencia. Y esa experiencia consiste en ir creciendo con otros hechos y fenómenos — empeoramiento de la pobreza, tragedias masivas, amenaza nuclear, injusticias horribles, desempleo crónico, conflictos étnicos — que los mayores también vivieron, pero con *sus* propias categorías y sentimientos. Cada generación trae sus lecturas, entonces, a la realidad socio-cultural y a la misión de la Compañía dentro de ella.

Además de las palabras y sus diferencias acumuladas, el apostolado social también parece que recoge imágenes y convicciones poderosas que casi siempre son acompañadas por emociones fuertes. Éstas son a menudo exigencias sobre «la única cosa importante» que hay que hacer: trabajar con *estas* personas en vez de con cualquier otras, *esta* actividad es la clave, *éste* es el planteamiento más prometedor, *ésta* es la prioridad de prioridades. Otras nociones prefijadas basadas en incomprensiones — por ejemplo, que al apostolado social le falta espiritualidad o que a la generación

**Algunos de vosotros
sois pioneros. Sois los
promotores. Vosotros
lo comenzasteis. Si yo
puedo hacerlo es
porque me apoyo en
vuestras espaldas. Yo
os lo reconozco. Pero,
¿cómo puedo yo
encontrar mi sitio como
joven, al lado vuestro,
que abristeis e
iniciasteis caminos?
¿Cómo puedo
encontrar un espacio
en el que pueda
aprender, donde pueda
cometer errores?
(Congreso de Nápoles)**

más joven le falta preocupación social — hacen daño tanto al sector social como a la Provincia. No es fácil reconocerlas ni superarlas.

De esta manera, así como la cuestión va mucho más allá del significado de las palabras, también hay muchos modos de llevar adelante un diálogo: en el vivir juntos en comunidad, en el leer la realidad, en la oración en común y la espiritualidad compartida, en el trabajo conjunto, en ser como jesuitas tanto hermanos como colegas. Si la gente está deseando escuchar, respetarse, aprender, dar, recibir, si los mayores ceden a la tentación de imponer sus significados y si los jóvenes colegas se muestran deseosos de aprender más allá de su experiencia inmediata, entonces el diálogo real puede darse y tendrá lugar.

Al principio yo era reacio a hablar acerca de mi historia, ya que te-nía la impresión de que solamente deberían hablar los «expertos». Pero al ir pasando los días, me iba dando cuenta que la familia jesuita reunida en Nápoles quería oír mi historia, nuestras historias, y comencé a compartir con libertad en los pequeños gru-pos y en las asambleas grandes del Congreso. Descubrí que muchas de mis ideas y sentimientos estaban en resonancia con otros en esta asamblea. (Joakim Mtima Chisemphe)

En muchas obras jesuitas, la generación mayor está representada por un jesuita fundador, un líder carismático. Si se ha nombrado un sucesor más joven, normalmente no está listo (en los dos sentidos: ni con ganas ni preparado) para sucederle sin más. Han de abordarse aspectos significativos como son prioridades, estilo o dimensión en temas como el trabajo en conjunto, trabajo individual vs trabajo en colaboración o en equipo, o la responsabilidad administrativa para instituciones grandes y costosas. Si el director implicado hace poco esfuerzo por introducir al joven jesuita en el trabajo y formarle gradualmente, es difícil que este último se implique por su cuenta.

Las *Características* señalan el espacio común en el que puede darse el diálogo. En cualquier modo, se está preparando el futuro apostolado social. Si jesuitas jóvenes se implican en el diálogo y contribuyen a la renovación, el apostolado futuro probablemente no diferirá

esencialmente del de ahora — estarán presentes muchos (quizá todos) los elementos más importantes, aunque con énfasis diferentes, en diferentes proporciones y con nueva creatividad e inculturación. Jesuitas jóvenes en puestos de base o de gestión, junto a sus colegas laicos, remodelarán el apostolado en respuesta a las necesidades cambiantes del pueblo de Dios.

Es importante para los que ya se hallan en el apostolado social tener buenas relaciones con los jesuitas jóvenes, desde que son candidatos y a lo largo de toda su formación. Deberían señalarse con claridad charlas, visitas y experimentos. Estos encuentros son potencialmente formativos para los jóvenes jesuitas en general en lo que respecta a la dimensión social de nuestra misión. De manera específica, son nuestra oportunidad para ofrecer ánimo y consejo a aquéllos que en el futuro puedan trabajar en el área socio-cultural. Los estudiantes interesados podrían tener reuniones esporádicas para intercambio y reflexión con miembros actuales del sector social.

Aquéllos que, inmersos en este mundo conflictivo y sufriente, viven la espiritualidad y la vocación jesuita de manera transparente mientras llevan adelante el apostolado social con competencia y entusiasmo, son un estímulo importante para los miembros jóvenes de la Compañía.

Opción por los jóvenes

Muchos de los que entran en la Compañía ahora han trabajado ya previamente con los pobres o los marginados, a tiempo parcial durante sus estudios o dedicando un año expresamente a este servicio

en su país o en el extranjero. Si esos experimentos y motivación tienden a diluirse y desaparecer durante la formación, el sector social debería preguntarse por qué ocurre.

La formación en el apostolado social comienza con algún involucramiento como voluntario: los candidatos, prenovicios y novicios a menudo trabajan en ministerios sociales, normalmente en servicio directo con los excluidos pero también en educación popular, desarrollo o incluso investigación y publicación. Esos experimentos y situaciones, unidos al trabajo pastoral, son ocasión para que los jesuitas jóvenes encuentren a los pobres, se introduzcan en los aspectos socio-culturales de la realidad, se ejerciten en la dimensión social de nuestra misión y, esperemos, desarrollen posteriormente la preocupación social que muchos tenían al entrar en la Compañía.

Los experimentos sociales pueden ser un ministerio a tiempo parcial durante los estudios, un compromiso a tiempo completo durante el verano o pueden ser estudios formales en un contexto rural o de barrio durante un semestre o dos. Requieren un buen acompañamiento personal y espiritual así como guía en la realización de análisis socio-cultural y reflexión teológica. Sería un gran servicio a la formación si el apostolado social ayudara a desarrollar métodos y técnicas de reflexión teológica sobre las experiencias socio-pastorales que muchos jesuitas jóvenes están teniendo durante su formación.

Un programa adecuado de estudios incluye filosofía y ética sociales, cultura, medios de comunicación, ciencias sociales, teología moral, doctrina social cristiana y otras tradiciones de pensamiento social. Las comunidades de formación hacen bien cuando se colocan en áreas pobres o simples y tienen contacto con el vecindario. La inserción y el compromiso, sin ser causa de problemas para los estudios, tienen su propio sitio en el conjunto del proceso global de la formación jesuita.

Muchos jesuitas jóvenes continúan con la sensación de que las obras del apostolado social están con frecuencia muy secularizadas o a veces deficientemente integradas en la planificación apostólica de toda la Provincia. El contacto directo con los pobres y con el sector son importantes durante la formación. (Europa)

La Compañía ha formulado con claridad su compromiso con la sencillez, inserción y responsabilidad social, y algunos jesuitas jóvenes viven estos valores dentro de la etapa de la formación. Pero mientras estos mismos valores, según parece, no son asumidos ni llevados a la práctica por la Compañía «adulta», sino desbancados por otras opciones, permanecen asociados y circunscritos a las primeras etapas de la vida jesuita. El proceso alcanza un límite natural: la formación no puede formar jóvenes de manera efectiva si se va en dirección contraria a la corriente principal y así sirve sólo de manera limitada como medio de reformar la Compañía en su conjunto.

El magisterio en el apostolado social es tanto una experiencia en la misión de la Compañía como una preparación excelente para el futuro trabajo en este sector. Idealmente se trata de un proceso práctico de aprendizaje supervisado. Pero si la Provincia no tiene una comunidad o equipo apostólico apropiados, ¿cómo puede entonces ser enviado un escolar al apostolado social para su magisterio?

Un jesuita que va al apostolado social sin una adecuada formación teórica y práctica tiene el riesgo de quedarse en ser algo así como un «voluntario permanente ordenado» entre los pobres. Han de diseñarse programas, a menudo personalizados para cada caso, para ayudar a los jesuitas a que adquieran el necesario grado de competencia, un conocimiento de nivel universitario y una capacitación práctica.

Para que los formadores orienten al joven jesuita y para que el Provincial le destine a magisterio en el campo social, o para estudios especiales o para un destino permanente, necesitan ser capaces de imaginar al joven como totalmente formado y miembro bien preparado de este apostolado. Los jesuitas que ya están en el campo social pueden ofrecer sugerencias útiles para un programa de estudios especiales para equipar al joven jesuita con la competencia que necesitará en el futuro como miembro de este apostolado.

Los jóvenes jesuitas son bienvenidos a participar en las reuniones del apostolado social en su Provincia. Es bueno para ellos tener una oportunidad de intercambio de vez en cuando en el ámbito internacional o de su asistencia con otros jesuitas jóvenes interesados en el sector social.

Al diálogo intergeneracional jesuita le falta simetría. Por un lado, los jóvenes no están sólo dialogando con sus mayores por propio interés, sino porque están siendo formados por la Compañía y socializados dentro de ella. Por otro lado, los jóvenes tienen cierto peso, prioridad y responsabilidad, no porque siempre tengan razón, sino porque, por las reglas de la historia, el futuro mismo del apostolado social jesuita depende de ellos. Estamos convencidos de que este apostolado está en buenas manos.

Preguntas

1. Un término establecido hace tiempo como es el de «desarrollo» adquiere nuevos significados con los cambios en la sociedad y en la cultura. Un ejercicio simple para descubrir diferencias de significado que a menudo permanecen escondidas: toma las casi treinta palabras en cursiva listadas más arriba en orden alfabético y ordénalas según la importancia que les das, mientras otro compañero veinte años mayor o veinte años menor hace lo mismo. Comparad los resultados por si emergen algunas diferencias intergeneracionales.
2. En el contexto interreligioso, la CG34 recomienda el diálogo cuádruple: de la vida, de la acción, de la experiencia religiosa y del intercambio religioso (d.5, n.4). ¿Pueden éstos ser una «propuesta» útil o boceto de cuatro áreas a tener en cuenta cuando se reflexione sobre las relaciones entre el apostolado social actual y los miembros jóvenes de la Provincia ?
3. El diálogo entre las generaciones mayores y jóvenes no es necesariamente simétrico. Sin embargo, ambos grupos están vitalmente preocupados sobre el patrimonio apostólico y espiritual del apostolado social. ¿Cómo puede cada generación contribuir al proceso de traspasar la herencia? ¿Cuáles son los obstáculos que se pueden evitar? ¿Cómo se puede ayudar a este proceso?

4.1 Discernimiento

Pocos años después de sus votos en Montmartre, los primeros jesuitas llegaron a esta conclusión, «Hemos experimentado que este camino lleva consigo muchas y grandes dificultades». Incluyeron esta frase en la primera *Fórmula* de la Compañía, aprobada en 1540. «En su propio discernimiento apostólico comunitario, que abocó a la fundación de la Compañía, Ignacio y sus compañeros intuyeron ese enlace como su única vocación, como su carisma: estar con Cristo como servidores de su misión, estar con la gente donde ésta vive y trabaja y lucha, llevar el evangelio a sus vidas y trabajos» (CG34 d.1, n.7 citando la *Deliberación* de 1539).

Las experiencias en el apostolado social de los jesuitas incluyen así mismo «muchas y grandes dificultades» que deben ser enfrentadas con el discernimiento. El discernimiento es un don que la Compañía de Jesús ha recibido de Ignacio. El aprendió a discernir en Loyola y especialmente en Manresa, y compartió esta gracia con sus primeros compañeros en París y en Venecia, y en las *Constituciones* que escribió en Roma.

¿Qué es el discernimiento?

En el sentido ordinario de la palabra, discernimiento significa «el poder o facultad de discriminar»; «juicio agudo». Viene de la palabra latina «cernere» que significa «cernir, percibir» y quiere decir un juicio agudo y sano, detectar las tendencias culturales, llamadas, a veces, «signos de los tiempos».

El discernimiento ignaciano de espíritus conlleva una atención espiritual que abarca conjuntamente la situación exterior y las mociones internas de consolación y desolación, para encontrar lo que Dios pide. Por ejemplo, «consolación» se refiere a esa profunda y permanente paz que es cualitativamente distinta del placer o el dolor. «Es también consolación cuando uno derrama lágrimas que le mueven al amor de Dios, o al dolor por sus pecados, o por la Pasión de Cristo N.S.» Si el lector no entiende estas expresiones, será conveniente que consulte el tema con algún experimentado en espiritualidad ignaciana, antes de seguir leyendo este capítulo.

El discernimiento es una constante que uno puede descubrir a lo largo de toda la Compañía de Jesús: nuestra misión, nuestras vidas, nuestra formación, nuestra obediencia. Lo aprendemos, se convierte en ejercicio habitual y, ocasionalmente, lo ejercitamos deliberadamente, de modo que todo eso llega a ser también una actitud general. Hay una gran experiencia acumulada y mucha literatura sobre el discernimiento ignaciano en la Compañía de Jesús. El propósito de este capítulo es sugerir la relevancia del discernimiento ignaciano en el apostolado social de la Compañía, tal como se presenta en estas *Características*.

En el apostolado social

La palabra «discernimiento» es usada frecuentemente en el apostolado social. Puede significar:

- la lectura de tendencias contemporáneas o futuras
- calcular, sopesar, estimar

- hacer una predicción acertada, un juicio político astuto, una elección habilidosa.

El lenguaje del discernimiento se usa comúnmente cuando:

- se emplean algunos procesos de grupo o de dinámica de grupos
- se entra en contacto con nuestras esperanzas y temores, optimismo o depresión, las tensiones personales o interpersonales
- se identifica un problema, se participa en una decisión, se llega a un consenso
- se llega un acuerdo sobre mejoras razonables, una mayor eficacia, mejores técnicas
- se determina qué hacer, a quién contratar, qué edificar o comprar.

Estos significados, situaciones y usos pueden entrar en el discernimiento ignaciano, como veremos más adelante, pero el significado esencial del discernimiento según San Ignacio y la tradición jesuita no se puede separar de:

- el amor personal a Jesucristo
- fe en la providencia de nuestro Padre y en la acción del Espíritu Santo
- experiencia de oración contemplativa
- percepción de la consolación y desolación espiritual
- desprendimiento («indiferencia») de todo lo que no es Dios, de forma que podamos amar a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos
- habilidad para articular estas experiencias interiores
- respeto a la autoridad de la Iglesia nacido de la fe.

Estas no son diferencias de grado o matiz entre un significado «original» o «aplicado», entre una interpretación «rígida» o «laxa». Por no discernir en cada reunión, nadie debe sentirse mal; el problema es usar el lenguaje del discernimiento sin precisión y bautizando cualquier elección y decisión con el nombre de «discernimiento», como si fuera una vaga cualidad que automáticamente se añade a todo lo remotamente asociado con «jesuita».

Obviamente, cómo se usa este lenguaje del discernimiento depende de cada grupo de apostolado social, y sobre todo de los jesuitas que participan en él. En los apartados siguientes, el discernimiento es tratado en el sentido ignaciano nacido de la fe y de la oración.

Haciendo discernimiento

Como cristianos experimentados en la espiritualidad ignaciana y como jesuitas, buscamos vivir contemplativamente, continuamente en la presencia del Señor en nuestra vida y nuestro trabajo. Este hábito de contemplación nos prepara para el discernimiento. Cuando se hace cada día, lo llamamos *examen*.

Puesto que este *examen* se hace de un modo personal, en la siguiente descripción «nosotros» equivale a «cada uno de nosotros».

El examen es una oración habitual de reflexión sobre la presencia activa de Dios en cada cosa. Es un momento de acción de gracias, disposición fundamental de toda nuestra vida, de nuestra relación con toda realidad. En la presencia de Dios y en actitud de acción de gracias, examinamos (consideramos, revisamos) nuestras acciones y encuentros del día vivido, y pedimos perdón por los pecados cometidos «en pensamiento, palabra, obra y omisión» y por los males en que hemos sido involucrados, los sufrimientos que otros han causado. Aceptando

la compasión de Dios y dependiendo totalmente de su gracia, buscamos a qué nos llama el Señor de ahora en adelante y comenzamos de nuevo a asumirlo con la misma gratuidad que acabamos de experimentar.

A veces nuestro examen ha de enfrentarse con maldad evidente, con egoísmo flagrante, con compulsiones a dominar, a tener éxito o ser perfecto. A menudo, sin embargo, tenemos que lidiar con formas más sutiles: apego a nuestro punto de vista, prejuicios grupales, estrechez de horizontes, tentaciones de complacencia o desesperación. El mal se presenta como apariencia o disfraz de bien — autoengaño, racionalizaciones interesadas, estrechez mental defensiva, ceguera al daño no pretendido que cierta acción ha causado, el costo desproporcionado de algún bien limitado — que pueden sólo detectarse y discernirse con la ayuda de Dios. Cuando la acción social se dirige hacia la satisfacción de nuestra propia necesidad de sentirnos necesitados o importantes o exitosos, Dios nos impulsa a reconocer la mezcla de nuestras motivaciones, el miedo, la ideología, la falta de esperanza, la ambición, la intolerancia que prejuician nuestro análisis y nuestra acción.

Es también Dios quien nos empuja a dar gracias por el don de toda intuición y éxito, a aceptar nuestra debilidad con mayor honestidad, a aprender de los pobres y de nuestros colegas, a hacer el primer movimiento hacia la curación de una ruptura, a pedir perdón y perdonar, a confiar aun cuando nuestro trabajo tropieza con malentendidos, crítica o fracaso aparente. Y es Dios, finalmente, quien nos llama a la metanoia, a la continua conversión de mente y corazón.

Algunas comunidades de apostolado social o grupos de trabajo programan tiempos periódicos para hacer un *examen* juntos, y esto suele adoptar la forma de compartir acerca de los puntos antes señalados, prestando atención a las mociones espirituales resultantes de consolación y desolación en el grupo e intentando descubrir la invitación de Dios al grupo. A mayor escala, el sector social de la Provincia o de la Asistencia puede hacer un *examen* colectivo sobre la cuestión básica de la **Iniciativa**: «Cómo llevar la justicia del Evangelio a nuestra sociedad y a nuestra cultura», como se especifica en la **Características**, con preguntas como estas:

- ¿Prestamos atención a los conflictos cotidianos que sufre el pueblo?
- ¿Cuál es la acción evangelizadora de nuestros institutos y proyectos sociales?
- ¿Transmitimos y damos testimonio de la misma solidaridad que Cristo mostró?

También la comunidad local puede participar en este *examen*. Se trata de reflexionar en actitud de oración sobre el proyecto común o los ministerios de sus miembros, su estilo de vida y el de sus miembros: preguntas como la inserción en el mundo de la pobreza o contactos con los marginados, relaciones personales, oración y liturgia, la forma de subsistencia. La vida comunitaria permite que tal *examen* se realice: la oración personal de cada uno alimenta la oración comunitaria, el discernimiento común orienta significativamente la vida de la comunidad, y la oración compartida fortalece las relaciones comunitarias y de trabajo, así como el servicio que se ofrece al pueblo de Dios. ➤ *¿Qué hacemos y cómo vivimos? (2.)*

La recogida e interpretación de datos, aunque esencial, no es todavía discernimiento. Discernimiento, propiamente entendido, es una reflexión orante sobre una realidad humana (que hemos tratado de percibir lo más clara y objetivamente posible), a la luz de la fe, y con el objetivo de dar forma a nuestras vidas y guiar nuestras acciones, teniendo en cuenta esa realidad y guiados solamente por el Espíritu. Y esto nos lleva a la noción de conversión.
(Padre Pedro Arrupe)

Además, desde el *examen* diario, hay una continuidad hacia el discernimiento de una opción personal seria, y desde el *examen* compartido, hay una continuidad hacia el discernimiento comunitario de importantes temas y decisiones.

Tanto la clásica «elección» preparada y detallada en los *Ejercicios espirituales*, como la «Deliberación» de los primeros compañeros, dan indicaciones de cómo llevar a cabo un discernimiento comunitario. Así, el modelo de la elección personal se sigue también en el discernimiento comunitario y en la toma de decisiones apostólicas:

- preparándose para la elección o decisión mediante la clarificación de la materia a discernir, puesto que ésta raramente está bien definida;
- evaluando los pros y contras a la luz de las mociones espirituales;
- confirmando en la oración la elección hecha o la decisión tomada.

El desafío del discernimiento no es tanto el bien respecto al mal, sino «¿Qué es lo que el Señor nos pide?»: el bien mayor o el *magis* en estas condiciones concretas. Normalmente, el bien aparente huye del *examen*, evita la evaluación, rechaza el cambio.

➤ *Tensiones a mantener (4.2.)*

Nuestro compromiso con las dimensiones sociales del Reino está continuamente sometido a la escucha de estos movimientos internos en que el Espíritu de Dios se nos revela. La fidelidad a esta escucha atenta es la que nos dará la capacidad de navegar en las aguas difíciles de la conflictividad social, cargadas de peso ideológico. (América Latina)

El discernimiento de comunidad o de grupo es una propuesta seria que debe ser retomada con cuidado y con la necesaria sabiduría espiritual. Comienza por determinar con exactitud qué es lo que ha de ser discernido, dado que el apostolado social jesuita no inventa su propia misión sino que la recibe de la Compañía de Jesús, y del mismo modo, una comunidad o grupo recibe su orientación apostólica de la Provincia. Por lo tanto, un discernimiento formal se centra en la voluntad de Dios con respecto a una decisión importante que está dentro del objetivo de este grupo o comunidad.

El *examen*, como una forma regular de oración de discernimiento, pervade también todas las *Características*. Con referencia al «Contenido» o índice: la experiencia personal de la presencia de Dios (sec. 1.) nos lleva a darle gracias por todo lo que somos, vivimos y hacemos (2.), releemos o examinamos la situación de los pobres (3a), nuestra acción y trabajo (3b), nuestra responsabilidad social (3c), discernimos, por medio de la experiencia interior de consolación o desolación, hacia dónde nos lleva Dios (4.) y confiamos nuestros renovados esfuerzos a su gracia (5.).

Tanto la CG32 como la CG34 enseñan que el discernimiento es central en la manera de proceder del jesuita. El método ignaciano de discernimiento orante, se puede describir como «experiencia, reflexión, opciones y acción; todo ello, en una constante interrelación según el ideal del contemplativo en la acción» (CG32, d.4, n.73). «A través del discernimiento apostólico, individual y comunitario, vivido en la obediencia, el jesuita asume la responsabilidad de sus decisiones apostólicas en el mundo de hoy. Tal discernimiento se abre para abarcar también la amplia comunidad de compañeros con quienes trabajamos en la misión» (CG34, d.26, n.8).

Libertad

Por muy buena que sea la elección original de nuestra orientación apostólica, no seríamos fieles a tal orientación si no vivimos atentos a los impulsos del Espíritu a lo largo del camino. El discernimiento es la puesta a punto y el ejercicio de esa esencial escucha del corazón.

Cuando se cometen errores en la acción social, serán necesarias libertad interior y honestidad para reconocerlos, pedir perdón, enmendarlos y comenzar de nuevo con sencillez. El *examen* le permite a Dios ayudarnos a aprender de nuestros errores y rectificar lo que es dañoso para otros y nosotros mismos, más que esconderlos bajo una falsa luz. La evaluación es escuchar la conciencia al revisar si, en el pasado, hemos hecho las cosas bien o mal.

➤ *Planificación y evaluación (3.8.)*

La indiferencia ignaciana es un alto ideal espiritual que tiene una enorme relevancia en el trabajo por la justicia social. El verdadero desprendimiento del poder y el no-poder, de la riqueza y la pobreza, del éxito o el fracaso, nos ayuda a evitar la trampa de la ceguera o incluso la corrupción ante un bien aparente. El discernimiento no es un extra añadido, sino algo central para poder llevar a cabo el más amplio papel público y político de nuestro apostolado.

Los *Ejercicios espirituales* tratan el gran tema de la libertad, pero no en la forma de derechos humanos o libertad política, lo mismo que la Biblia trata los grandes temas de la justicia humana y divina sin usar las categorías de la sociedad y cultura modernas. Discernir es buscar la libertad en la vida y trabajo cotidianos y en las decisiones importantes, para liberarnos en el apostolado social para amar más a Dios, para mostrar una más profunda compasión con los que sufren, para servir mejor a nuestros prójimos más vulnerables.

Preguntas

1. Comenzar una nueva comunidad, considerar un cambio de lugar, o planear una expansión exige opciones en relación con el vecindario y el edificio: ¿Puede mostrar un ejemplo de discernimiento comunitario en estos asuntos? ¿Qué podemos aprender de la experiencia?.
2. El lugar donde están situados nuestros centros y proyectos sociales y su arquitectura, implican también opciones significativas. ¿Cómo se benefician éstas del discernimiento?.
3. La evaluación es como escuchar a la conciencia mientras se examina «en pensamiento, palabra, obra y omisión». ¿Cuáles son los más importantes eslabones entre el *examen* y la evaluación? (Cfr. cap. 3.8). ¿Cuáles son las diferencias básicas entre los dos, según lo expuesto en el presente capítulo?.

4.2 Tensiones a mantener

Habiendo aprendido por experiencia que «el camino lleva consigo muchas y grandes dificultades», los primeros jesuitas aprendieron el arte del discernimiento espiritual para recorrer el camino.

Algunas de «las muchas y grandes dificultades» que el apostolado social jesuita ha tenido que encarar a través de los años, no pueden superarse o resolverse de una vez por todas, sino que están sujetas a un continuo diálogo y discernimiento. Estas son las tensiones a mantener que se encuentran a diferentes niveles en nuestra vida y trabajo.

Las tensiones consisten en dos o más valores que es difícil mantener juntos, que no pueden resolverse por razonamiento (lógica) o superarse fundiéndolos en algo nuevo (dialéctica), que requieren discernimiento, diálogo y continuo reajuste, y que tienden, si se viven en actitud de oración, hacia el bien mayor que nos piden los pobres y nuestro Dios.

Prácticamente cada tensión me afecta a «mí» y a «nosotros»: la tensión en «mí» afecta mis preferencias e inclinaciones y me empuja a crecer en integridad; la tensión en «nosotros», dada la clase de trabajo y comunidad en la que estamos, nos obliga continuamente a analizar el énfasis que damos o que descuidamos.

Difícilmente podemos evitar favorecer uno y descuidar el otro. De hecho, aun a riesgo de hablar desde la psicología: donde uno siente resistencia frente a una de estas tensiones, puede ser que sea donde encuentra lo que necesita. Esto sería verdadero también de una comunidad y de un equipo de trabajo. A continuación presentamos algunas de las tensiones típicas del apostolado social jesuita, brevemente delineadas para ayudar a una persona, una comunidad o un equipo a identificar qué tensiones están llamados a vivir mejor.

Visibilidad y bajo perfil

Testimoniar nuestra fe en el apostolado social es válido y necesario. Podemos, como «luz del mundo», usar explícitamente palabras o símbolos religiosos o, como «sal de la tierra», podemos no hacerlo. Pero estas adaptaciones, según «personas, tiempos y lugares, con sus circunstancias», no significan mantener en privado nuestra fe, nuestra consagración religiosa o nuestro sacerdocio (Padre General, en Nápoles). Testimoniar tampoco significa utilizar la acción social, que tiene su propio valor humano y evangélico, para fines de proselitismo.

➤ *Lectura religiosa (3.5)*

Existe el modelo «luz» de ser testigo, y el modelo «sal o levadura». La tensión consiste no tanto en decidir cuál de ellos usar, cuanto en darse cuenta de cuándo un cambio en las circunstancias («personas, tiempos y lugares, con sus contingencias»), requiere también un cambio en el énfasis.

Este es, en verdad, un reto para el apostolado social, es un reto de este Congreso. Sería una equivocación tratar de eliminar estas tensiones. Las debemos aceptar y analizar: ¿cómo pueden ser una fuente de energía para nosotros? ¿Cómo pueden ayudar al cuerpo a moverse hacia adelante? (Congreso de Nápoles)

Una comunidad de apostolado social, inserta en un área o barrio pobre, puede sentirse tensionada entre un estilo «luz» de presencia visible, o un estilo «sal o levadura» de bajo perfil. En algunos proyectos de justicia social, la explicitación de su fe cristiana y de su condición eclesial pueden ser esenciales para el trabajo — por ejemplo, defensa de los derechos o educación ciudadana — mientras que otros pueden pedir un testimonio más discreto.

«Cabeza» y «pies»

«Los pies» quieren significar la dimensión de contacto directo con la realidad vivida, inserción, cercanía, en tensión con la «cabeza» como la dimensión intelectual, reflexiva y teórica. La promoción de la justicia aquí y ahora, concreta, políticamente, puede estar en igual tensión con el análisis socio-cultural de las causas de la injusticia. Por ejemplo, «Éramos un grupo de jesuitas muy activos que nos habíamos metido en una acción social, pero sin el apoyo de compartir un verdadero análisis y reflexión crítica».

➤ *Colaboración y redes de trabajo (3.7)*

Sea cual sea el tipo de ministerio social, cada grupo tiende más a ser «pies» o «cabeza», y la tensión a mantener es crecer en el otro extremo. Todos estamos llamados a un pensamiento activo («No mires solamente, haz algo»!) y a una acción pensada («Mira lo que estás haciendo!»). En la comunidad, pero especialmente en el proyecto o centro, esta tensión es un reto para el trabajo en equipo.

Mientras cada trabajo tiene su propio énfasis, el equipo puede preguntarse, para crecer hacia una mayor apertura e integración y un servicio más efectivo, qué polo de la tensión debemos desarrollar. Del mismo modo, dentro del sector social de una Provincia, hay generalmente trabajos de diferentes clases; cada uno debe estar representado en el diálogo y hacer un esfuerzo real por complementar a los otros.

Carisma e institución

La gente quiere hacer el mejor uso posible de su capacidad, su fuerza y creatividad. La tensión está entre hacerlo individualmente a su propio estilo, o ponerlas en común según el método del trabajo en equipo. Para un administrador, esto genera la tensión entre un trabajo por el que logra sus propios objetivos y un trabajo que hace posible a los otros trabajar. Muchos jesuitas, de jóvenes, juran trabajar en equipo, pero, una vez formados, no lo hacen, ni siquiera pueden. Aquí hay otra tensión a mantener.

Desde el punto de vista de un trabajo o un proyecto, la tensión parece tomar la forma de «carisma frente a un tipo adecuado de institución» en la búsqueda de una institucionalización apropiada. Por ejemplo, un proyecto se consolida y se convierte en una ONG para dar un mejor servicio a la gente; pero el proceso institucional absorbe tiempo y energías que antes se utilizaban en el contacto directo con la gente. Así, un planteamiento más estructurado está en tensión con uno de acompañamiento, aunque ambos tengan como finalidad conseguir un servicio efectivo.

La tensión parece estar relacionada con diferentes fases del desarrollo y evolución de un proyecto y quizá con los primeros y los últimos momentos de la vida del fundador.

El carisma, la creatividad, la iniciativa y la capacidad de respuesta, frecuentemente asociadas con un pionero, están en tensión con los valores institucionales estables, la clarificación de roles y la dirección profesional que hacen posible el trabajo en equipo.

➤ *Gestión (3.9)*

La tensión del lugar en que estamos situados

La inserción entre los pobres y el contacto directo con su vida diaria y sus sufrimientos son importantes para nuestra vida, trabajo, espiritualidad y visión.

El que nuestra comunidad esté ubicada en una casa sencilla de un barrio pobre, un estilo de vida marcado por la hospitalidad y el trato con nuestros vecinos, puede estar en tensión con una casa tranquila, favorecedora del descanso y la oración, en un vecindario estable y cercano a nuestro trabajo. Cualquiera que sea la opción, la tensión consiste en buscar los valores importantes del otro. La inserción de nuestro lugar de trabajo entre los pobres, facilita un análisis privilegiado de la realidad socio-cultural, es una base para organizar la acción, da credibilidad para hablar en público de temas de justicia. Un lugar de trabajo bien situado es, generalmente, más accesible para el personal, ofrece un buen entorno para el trabajo, permite más amplios contactos.

Tensiones debidas a lo que hacemos

Otra tensión en el apostolado social es la que existe entre el tratar a los otros como un «tú» interpersonalmente, o tratarlos como «un ciudadano/a» desde la estructura.

El trabajo mismo puede ser «el estar allí, haciendo aparentemente poco» o asistencial: servicios directos, actividad pastoral, campos de refugiados, trabajo con marginados (pasando del «tú» hacia el «ciudadano»). O el trabajo puede ser de análisis, de organización, de desarrollo, estructural; búsqueda de cambio o alternativas en las estructuras y organizaciones a diversos niveles. Todos estos esfuerzos se hacen para que los otros sean tratados como «ciudadanos» son o deben ser tratados: con igualdad, con justicia, con respeto.

Los pobres, si están lejos de los ojos, poco a poco se alejan también del corazón. ¿Cómo podemos mantener viva en nuestra realidad la cercanía y la solidaridad con los pobres? ¿Por qué es tan difícil a enfrentar en nuestras obras y comunidades los temas de la pobreza, la justicia, la cultura y el diálogo?. (Congreso de Nápoles)

Las expresiones «caridad y justicia» pueden usarse en una oposición polémica: «tratar síntomas» frente a «cambiar causas o estructuras». El Buen Samaritano no trató los síntomas sino las heridas del hombre que sufría. Amar al prójimo incluye las dos cosas: pararse para ayudar al hombre herido y hacer algo para eliminar a los ladrones que operan en el camino.

Caridad y justicia no son lo mismo, pero ambas han de estar presentes en el apostolado social de la Compañía y la tensión consiste en prestar atención a los valores que se agrupan alrededor de cada una de ellas.

¿Se pueden reducir todas a una única tensión?

Vivir profundamente insertos en el mundo de la pobreza, trabajar en relación con las bases, aplicar todos nuestros recursos intelectuales y organizativos: la tensión consiste en mantener juntos los diferentes niveles y al mismo tiempo mantener los valores contra-culturales de simplicidad y solidaridad.

«La eficacia apostólica y la pobreza, igualmente apostólica, son dos valores que hay que mantener unidos, pero en continua tensión» dijo la CG32 en 1975 (d.12, n.9). En el Congreso de Nápoles, el

Padre General desarrolló el tema de la tensión entre trabajar con competencia y eficacia por la justicia y trabajar con medios pobres en una actitud de simplicidad:

Si nuestra promoción de la justicia quiere ser evangélica, marcada por el mandamiento nuevo y expresión de la Buena Nueva, ¿qué decir de los otros puntos de referencia del apostolado de la Compañía, de nuestras características como la competencia fundada en una larga y costosa formación, «la ciencia» y el profesionalismo, la planificación y la estrategia efectivas? ¿No está esto en contradicción abierta con nuestro seguimiento de Jesús pobre que trabajaba con medios pobres, que predicaba en pobreza? ¿No está en contradicción con lo que nos pide San Ignacio?

Quizá esta tensión básica entre trabajar por la justicia como buena nueva, y trabajar por la justicia como cambio social efectivo, la expresa, todavía más profundamente, el Padre General en Nápoles:

La verdadera paradoja de nuestro apostolado social se sitúa entre el trabajo por la justicia social, social y culturalmente eficaz, y el trabajo por la justicia evangélicamente expresivo de la Buena Nueva.

Debemos combinarlas con inteligencia, eficacia y fidelidad a nuestra vocación:

Profesar un compromiso por la justicia hacia los pobres de manera eficaz y profundamente jesuita en la mejor comprensión posible de la sociedad y de la cultura contemporánea.

La frase que abre la *Formula*, con una palabra cambiada — «Hemos experimentado que este camino lleva consigo muchas y grandes *tensiones*» — se convierte en un reconocimiento de gratitud para sentirnos estimulados a crecer hacia un apostolado social más libre, más radical y más efectivo.

Preguntas

1. ¿Qué ejemplos podemos presentar hoy de cambio o transformación de las estructuras? ¿Es siempre más adecuado un enfoque estructural en nuestro trabajo?
2. ¿Cuáles son las tensiones más extendidas e importantes en nuestra vida? ¿Cuáles, de las presentes en el apostolado social, pueden extenderse a otros ministerios de los jesuitas? ¿Cuáles son específicas del apostolado social?
3. Si el «individualismo», entendido como una manera de trabajar aislada y centrada en uno mismo — contraria tanto a comunidad como a equipo — es siempre peyorativo, ¿hay muchos jesuitas cualificados, bien preparados y trabajadores, pero de hecho e inevitablemente, individualistas?. ¿Es este, quizá también, un problema cultural?.
4. ¿Qué sucede cuando uno de los extremos de la tensión se descuida y sólo se favorece el valor del otro extremo?. Un énfasis unilateral ¿ha dado origen en el pasado a fricciones, conflictos y divisiones en el apostolado social, en la Compañía?
5. Frente a las tensiones, ¿hay alguna manera de favorecer el crecimiento más que la polarización?. ¿Bajo qué condiciones una tensión puede resultar útil o beneficiosa?.

5. ¿Por qué esperamos — La visión

Ignacio de Loyola, inspirado por la pobreza de Jesucristo y los santos, cambió su capa de noble por el manto de un mendigo. Poniendo toda su confianza en Dios, inició una peregrinación de por vida en la que siempre permaneció cerca de los pobres, haciéndose él mismo cada vez más profundamente pobre en su interior. En Roma, terminados sus viajes, trabajó con prostitutas y gente sin hogar mientras servía como General.

La misma inspiración pudo haber motivado al peregrino Iñigo a imitar a Cristo y a los santos en su pobreza itinerante y haber terminado siendo un mendicante santo. Pero deseaba servir aún más a Cristo su maestro y, como le gustaba decir, «ayudar a las almas». La inspiración inicial dio lugar a decisiones; los cambios y hechos que siguieron transformaron los deseos originales. Dieron lugar a la historia de Ignacio el peregrino y a la historia de la primitiva Compañía de Jesús.

Inspirados por Jesucristo, por San Ignacio y por otros, nosotros nos sumergimos en situaciones de pobreza, sufrimiento e injusticia y las llegamos a vivir con intensidad como si fueran nuestras. De mil modos distintos, tanto directos como por medio de reflexiones, llevamos a cabo un apostolado social de lucha por aliviar sufrimientos, vencer injusticias y lograr la reconciliación en situaciones conflictivas. Las posibilidades de éxito son desalentadoras, los fracasos frecuentes, los triunfos pocos y escasamente definitivos. ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué continuar?

Estamos particularmente influenciados por la visión del Sínodo para África (1994): una evangelización integral que exige justicia y paz y el diálogo con las culturas y construye una Iglesia según el modelo de «familia de Dios». (África)

«Dad razón de vuestra esperanza»

Cuando los jesuitas articulan su visión sobre el ministerio social, el lenguaje empleado normalmente se refiere a «construir el reino de Dios». Resuena a la meditación de Ignacio sobre la Encarnación y refleja la «pasión católica por el mundo». Sirve al talante colaborador de nuestro trabajo, ya que sintoniza de manera significativa con todos los cristianos que trabajan para construir el reino de Dios aquí en la tierra. (Estados Unidos)

Inmersos en el sufrimiento humano y la injusticia social, siempre nos topamos con el pecado, que en sus múltiples máscaras siempre corrompe, excluye y destruye. «Vemos que la pobreza opresiva genera una violencia sistemática contra la dignidad de hombres, mujeres, niños y no-nacidos que no puede tolerarse en el Reino querido por Dios» (CG34, d.2, n.9). Los pecados de los poderosos y los acomodados, los pecados de los pobres contra sí mismos y, más difícil de reconocer, nuestro propio pecado y complicidad «alcanzan en nuestro tiempo el culmen de su intensidad en las estructuras sociales que excluyen a los pobres (la inmensa mayoría de la población mundial) de la participación en los beneficios de la creación». Llamar al pecado por su nombre es un fundamento confiable para la esperanza y un paso hacia la conversión de los corazones que está en la raíz del cambio cultural y social real.

Criticar sin rodeos la realidad de pecado no es pesimismo sino que significa unirse con total generosidad de corazón a la lucha de Cristo contra el pecado. «Estamos llamados a ir hasta el fondo

de nuestra apertura al mundo, de nuestro «sí» al hombre... Si nuestro compromiso social es auténticamente jesuita, propio de un compañero de Jesús, comparte con Cristo toda su fe en el hombre y su mundo, toda su mirada de amor a la humanidad en este mundo» (Padre General en Nápoles). Frecuentemente somos testigos de que las personas muestran bondad, perseverancia, generosidad y comprensión cuyo valor perdura más allá del instante en que son vividos.

La fe en Cristo es el comienzo del apostolado social; el amor compasivo es lo que intentamos aportar unido a la competencia sobre el cambio social; y el don o resultado de todo eso, que no viene de nosotros, es la esperanza real que sentimos para los hombres y su mundo.

«Presente ahora en todos los que sufren, en todos los oprimidos, en todos aquéllos cuyas vidas están rotas por el pecado» (CG34, d.2, n.4), el Señor crucificado y resucitado está trabajando activamente allí donde la familia humana está más rota. Los signos son perceptibles, tangibles, convincentes. Un grupo recobra su dignidad, hay reconciliación en un conflicto, una pérdida es lamentada sin desesperanza, un triunfo es celebrado sin rencor, la generosidad termina con una injusticia. Sabemos que es posible una vida diferente porque, especialmente entre los pobres, lo hemos experimentado.

**La Compañía de Jesús está llamada a reconstruir la esperanza iniciando y colaborando con movimientos populares, de base o movimientos alternativos de marginados y similares. Sea cual sea la aproximación adecuada a estos retos, la enfermedad social actual es claramente un resultado de estructuras sociales y relaciones injustas establecidas por los seres humanos. Para fortalecer a los empobrecidos, los jesuitas necesitan estar motivados por una espiritualidad orientada a las personas, anclada en la cultura y en la tecnología indígena de la gente con quienes viven y trabajan.
(Asia Meridional)**

**Nos mueve a comprometernos en la búsqueda de caminos de solución según el estilo de Jesús, desde el acompañamiento cercano por la pobreza compartida y la inculturación, desde la investigación que abra senderos a la esperanza, desde una acción que, como la de Jesús, vaya sembrando signos del Reino entre nosotros.
(América Latina)**

Cristo realiza los signos que siempre hizo: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen y a los pobres se les proclama la buena noticia. Nosotros también tratamos de hacernos presentes en compasión y en solidaridad efectiva. Las cosas concretas que hacemos y vivimos cada día expresan, de modo palpable y en el idioma y cultura locales, la proclamación de Jesús: Dios es nuestro Padre amoroso y el Reino preparado para nosotros, en el que podemos realmente ser hermanos y hermanas unos para otros, está muy cerca, al alcance de la mano.

Las tareas diarias en nuestro proyecto o centro, así como la vida comunitaria y espiritual, son elementos de un apostolado que trae la justicia del Reino a la sociedad y a la cultura. Requieren un diálogo de vida y acción en colaboración con otros. En estas tareas están incluidos nuestro testimonio de las bienaventuranzas como personas consagradas en la vida religiosa, nuestro ministerio de diaconía sirviendo a los pobres y promoviendo la justicia, nuestro ministerio sacerdotal de la predicación, la consagración, la reconciliación y la construcción de comunidad.

La finalidad de nuestro apostolado social es «construir por medio de cualquier esfuerzo una mayor expresión de la justicia y la caridad en las estructuras de la vida humana en común». Esta caridad y justicia del Reino *todavía no* están aquí, pero a la vez, *ya sí* vienen por la gracia de Dios y por muchos esfuerzos humanos incluido el nuestro. «Los hombres y las mujeres de nuestro tiempo tienen necesidad de esta esperanza escatológica, y de signos de su realización ya anticipada» (CG32, d.4, n.16). El Reino no solamente está al alcance y listo para ser probado; ya está aquí y está siendo vivido.

Hablar de esperanza, por sí mismo, puede no ser creíble; trabajar duro, incluso con resultados buenos de vez en cuando, no lleva necesariamente más allá del mismo proyecto. Trabajamos por lo que esperamos, pero esperamos mucho más de lo que el sólo trabajo puede lograr. Lo que parece convincente es el esfuerzo para seguir combinando las dos cosas, para seguir concretando ese ideal, para hacer posible la esperanza. El análisis competente, el pensamiento riguroso, la planificación cuidadosa, la comunicación con sensibilidad, los proyectos a largo plazo y los acuerdos de gran alcance, de alguna manera trabajan continuamente nuestra fe y motivaciones y, en su conjunto, continúan generando una esperanza que es posible.

Esta esperanza posible encuentra su expresión en los términos «comunidad» y «solidaridad». La comunidad es una estructura para vivir, rezar, pensar y trabajar juntos — como las imágenes bíblicas de la fiesta de boda y la ciudad santa. La solidaridad significa asumir la situación del otro, haciéndola nuestra y siendo consecuentes con ella — como Jesús asumió nuestra condición humana de pobreza, sufrimiento y muerte. La Congregación General 34 tuvo la inspiración de combinar los dos términos en la imagen fructífera de «comunidades de solidaridad». Tanto comunidad como solidaridad «ya sí» son pero «todavía no».

Así como nuestra fe nos envía a trabajar por la justicia, también nuestra solidaridad y nuestra búsqueda de la justicia nos envían «de vuelta» a predicar el mensaje evangélico de fe dentro de nuestras culturas. El evangelio nos impulsa a cuestionar las prioridades en valores y comportamientos en aquéllos que tienen responsabilidad dentro de estructuras injustas. Creemos que sólo el mensaje evangélico es lo suficientemente profundo como para provocar la conversión de la cultura necesaria para crear y mantener la justicia. (Europa)

Necesitamos un compromiso tan grande que incluye el deseo de renunciar a los propios privilegios. Éste fue el compromiso que tuvo Jesús y le llevó a perderlo todo en la cruz. Necesitamos un «martirio de espíritu», junto, desde luego, a la esperanza que inspira a todos los mártires. (Asia Oriental)

La comunidad de solidaridad apunta a una realidad por la que trabajamos y oramos — «un orden mundial basado en genuina solidaridad, donde todos puedan ocupar el puesto al que tienen derecho en el banquete del Reino» (d.3, n.7) — y denota experiencias que ya tenemos. Es una parábola viva del Reino.

La comunidad de solidaridad consiste en un modo de vivir y de trabajar. Como modo de vida da apoyo a sus miembros, comprometidos en el apostolado social, y acoge a otros, especialmente a los pobres, los heridos, los débiles y los cansados. Como medio de trabajo sugiere construir una comunidad inclusiva en la que las personas cuidan unas de otras, buscan la verdad, acogen al pobre sin excluir a nadie, trabajan juntas por la justicia inspirada por la caridad.

Nuestra esperanza posible se extiende en redes de cooperación con muchos otros grupos que persiguen objetivos similares. «La plena liberación humana, para el pobre y para todos nosotros, se basa en el desarrollo de comunidades de solidaridad tanto de rango popular y no gubernamental como de nivel político, donde todos podamos colaborar en orden a conseguir un desarrollo plenamente humano» (d.3, n.10).

Nuestra esperanza posible es tan profunda como nuestra misma fe. «Ser ‘amigos en el Señor’ significa, pues, ser ‘amigos de los pobres’; no podemos volvernos de lado cuando nuestros amigos están en necesidad. Somos una comunidad en solidaridad con los pobres precisamente por el amor preferencial que Cristo les tiene» (d.2, n.9).

Mi llamada como sacerdote básicamente es ser un hombre de paz en medio de los conflictos y luchas. (A.T. Thomas antes de su ordenación en 1981)

Ser amigos todos los días significa traducir diariamente la buena noticia a ideales eficaces, promesas reales, esperanzas posibles. A veces significa — como recientemente ha sucedido con los aproximadamente cuarenta mártires jesuitas, desde Rutilio Grande (1977) a A.T. Thomas (1997) — pagar el precio de la cruz, una característica silenciosa pero de lo más elocuente del apostolado social de la Compañía de Jesús.

Preguntas

1.¿Cómo ayuda lo aquí expuesto a «dar razón de vuestra esperanza» al sector social de una Provincia, al equipo que lleva un proyecto, o a una comunidad?

2.¿La «esperanza posible» es una buena formulación para expresar lo que nuestro apostolado ofrece o le gustaría ofrecer? ¿Tenemos más esperanza de hecho, o transmitimos más esperanza a otros, de lo que a veces sentimos nosotros? ¿Qué diferencias hay entre un sueño imposible o utopía y una esperanza posible?

Apéndices

A. Para usar el manual

Las **Características** reflejan las experiencias y preocupaciones del apostolado social de la Compañía, establecen sus objetivos como base para el diálogo y la colaboración, y pretenden fomentar su renovación y desarrollo. Las **Características** no tienen primariamente un carácter descriptivo, doctrinal, especulativo o legal, sino que son un instrumento para revisar, discutir y desarrollar nuestros ministerios sociales.

Tendremos mucho gusto de que otras personas hagan uso de estas páginas, pero el texto supone que el lector está metido en el apostolado social o es buen conocedor de la Compañía de Jesús y su misión. Los que no están familiarizados con ellas, se pueden beneficiar mucho si una persona experimentada les introduce en el conocimiento de S. Ignacio, las *Constituciones* y los *Ejercicios espirituales*, la doctrina y práctica social de la Iglesia y las recientes Congregaciones Generales (abreviatura CG) de la Compañía.

Como el libro de los *Ejercicios*, las **Características** son una serie de ejercicios para ser *aplicados y usados* especialmente en equipo y en reuniones de comunidad, días de estudio o reflexión, talleres, sesiones de capacitación o cursos de formación, así como para la reflexión personal.

La estructura y el curso de las **Características** se explican en el «Prefacio». Los capítulos son cortos para facilitar la reflexión personal y especialmente su discusión en grupo. Una flecha ➤ envía a un más completo desarrollo del punto en otro capítulo.

Cada capítulo incluye unos cuantos textos encuadrados, tomados generalmente de los materiales preparados en las Asistencias de la Compañía para el Congreso de Nápoles. Estas citas iluminan el punto que se quiere recalcar y manifiestan el interés y las inquietudes que se sienten en las diferentes áreas del apostolado social.

Las **Características** son ejercicios para prestar atención a lo que estamos haciendo, cómo lo hacemos y por qué lo hacemos. Nos ayudan a comprobar la realización concreta, práctica de nuestra misión. Nos ayudan a preguntarnos acerca de la fidelidad a nuestro llamamiento en el trabajo y la comunidad. Nos ayudan a poner a prueba la motivación que alienta y orienta el apostolado social y la comprensión de lo que, con la ayuda de Dios, queremos alcanzar o realizar.

Al final de cada capítulo, se sugieren varias preguntas. Las preguntas necesitan ser mejoradas y adaptadas a los grupos, comunidades o equipos particulares para estimular la reflexión que no se quede al nivel de las palabras o del texto, sino que muevan eventualmente a la decisión, la acción y el cambio. Una o dos preguntas por reunión o sesión serán suficientes. Después de que cada participante haya leído el capítulo elegido o un pasaje más corto, los intercambios en grupo pequeño (dos o tres por cada grupo) permiten que se aclaren las opiniones antes de que cada uno se meta en la discusión general.

Al leer o presentar un capítulo, es muy importante recordar un trabajo concreto o una comunidad particular, o el sector social de una Provincia, y hacer constantes referencias a ellos. Las condiciones reales difieren considerablemente de un lugar a otro y, por eso, las palabras se deben adaptar para que respondan a las circunstancias locales. Con el mismo espíritu generoso que Ignacio recomienda al comienzo de los *Ejercicios*, hemos de procurar dar una interpretación positiva a cada frase.

B. La Iniciativa del Apostolado Social

El manual *Características* forma parte de un proceso de reflexión y renovación llamado *Iniciativa del Apostolado Social 1995-2005*. Las razones para meterse en ese proceso son las siguientes:

- Hace más de veinte años, la CG32 definió la misión de la Compañía de Jesús como el servicio a fe, siendo la promoción de la justicia una exigencia absoluta. ¿Cómo lo hemos hecho? ¿Qué hemos aprendido?. Estamos dispuestos a hacer una revisión y además lo necesitamos.
- En todas las partes del mundo, la sociedad misma está cambiando de manera radical, rápida y sin pausa. ¿Cómo captamos los jesuitas y colaboradores lo que está sucediendo en esa vasta área llamada «sociedad», que es el lugar propio del polifacético apostolado social?.
- En 1995, la CG34 no sólo reafirmó el servicio de la fe y la promoción de la justicia, sino que añadió, como dimensiones integradas, el diálogo con las culturas y las religiones. ¿Cómo conjuntar estas excelentes ideas en la práctica, en la realidad, en el ministerio social y en otros ministerios, en la vida de comunidad y en la vida espiritual?.
- El Decreto 4 impactó a muchos, jesuitas y otros, como verdaderamente profético y quizá demasiado radical. Pero las nociones de cambio social y justicia social son hoy menos centrales, están menos de moda de lo que estaban en 1975.... Por contraste, los Decretos 2 a 5 de la CG34, más bien suaves, son actualmente muy contraculturales, muy radicales. Aunque son sólidos, son más sugerentes que programáticos.

Aceptamos que el apostolado social necesita una seria revisión y replanteamiento; para iniciar la reflexión se hizo una pregunta aparentemente sencilla, como si la planteara una persona sin nuestra preparación y formación:

¿Cómo lleváis los jesuitas del apostolado social la Buena Noticia a nuestra sociedad?. Por favor, describid vuestra visión, el trabajo que hacéis, la vida que lleváis.

Esto nos hizo arrancar en el trabajo de autoevaluación y reflexión sobre nuestra manera de enfrentar los problemas que son, al mismo tiempo, económicos, políticos, culturales y religiosos. Desde julio de 1995 hasta abril de 1997, en cerca de treinta reuniones y talleres en las distintas Asistencias, abordamos esa pregunta inicial en formas más articuladas como:

¿Qué pensáis que está sucediendo en la sociedad? ¿Cómo respondéis? ¿Qué hay de evangélico, propio del jesuita, sacerdotal en vuestra respuesta?. ¿Cómo evaluáis vuestros esfuerzos e instituciones: qué consideráis éxito, qué fracaso?.

El debate provocó descubrimientos y comenzaron a emerger las primeras respuestas. Estas fueron enviadas a Roma y entregadas a una pequeña comisión preparatoria o *coetus* (marzo de 1997) que identificó los temas principales y decidió la dinámica del Congreso internacional del Apostolado Social de Nápoles.

El Congreso, en junio de 1997, reunió a 160 jesuitas, de casi todas las provincias, para una semana de encuentro gozoso y abundante intercambio. El objetivo era contribuir a la renovación del apostolado social como un sector vital en la misión de la Compañía. Las preocupaciones claves que

convergió en Nápoles están expresadas en este manual de *Características* y en el video *Apostolado social: ¿Por qué?*. Ambos son instrumentos disponibles para ser usados en la *Iniciativa del Apostolado Social* en la próxima década.

C. Aportes

El presente texto de las *Características (1998)* ni está terminado ni es definitivo; no es más que un borrador que se ha distribuido entre los jesuitas y sus colaboradores, para que lo usen y lo contrasten en la reflexión personal y en las discusiones de grupo. Lo importante es utilizar los diversos capítulos para confrontar la realidad del apostolado social — qué hacemos, dónde, cómo y por qué — en una reflexión crítica y honesta que pase de las palabras a la acción.

Tomando cualquier afirmación hecha en el manual y aplicándola a un trabajo particular o al sector social de la Provincia, puede uno preguntarse:

¿Es válida esta afirmación? ¿Qué reflexiones provoca? ¿Qué nuevas perspectivas abre o cuál es el nuevo paso a dar?

Si una afirmación crea desacuerdos o confusiones, se ruega tratar de reformularla; si una expresión es un obstáculo, intentar refundirla; si algún punto parece faltar, incluirlo desarrollarlo. En todos estos casos, intentar sacar las consecuencias de lo añadido o reformulado.

Cualquier lectura o discusión de las *Características*, probablemente, impactará en los participantes y provocará comentarios tanto de aprecio como de crítica. Sería muy útil que tales comentarios y sugerencias se hicieran llegar al Secretariado del Apostolado Social, para revisar las *Características* y hacer de ellas un instrumento más útil y afinado.

Se encarecen también otros tipos de aportaciones:

- Cualquier *técnica* o *planteamiento* que hayáis empleado con éxito en reuniones o talleres y pueda contribuir a *pedagogía* de las *Características*.
- Cualquier *incidente* o *experiencia* o *hecho de la vida* que pueda ilustrar algún punto de las *Características*.
- Alguna clave de la *espiritualidad ignaciana* que ilumine o amplíe un punto de las *Características*, por ejemplo: una meditación de los *Ejercicios Espirituales* aplicada al terreno socio-cultural, o un uso innovador del *examen*.

Toda reacción recibida dentro de septiembre de 1999 será útil para la revisión y la mejora del presente borrador. Al comienzo de la nueva década, el Padre General espera promulgar una edición definitiva de las *Características del Apostolado Social de la Compañía de Jesús*.

Se ruega enviar cualquier comentario o aportación al Secretariado del Apostolado Social por correo, fax o e-mail (la dirección, abajo).

D. Recursos

El presente borrador de trabajo de las *Características del Apostolado Social de la Compañía de Jesús* se ha publicado en castellano, alemán, francés, indonesio, inglés, italiano, japonés y portugués (puede que se hagan otras traducciones) por *Promotio Iustitiae (PJ)*, el boletín del Secretariado del Apostolado Social de la Curia General de Roma.

- Algunos artículos, que explican los antecedentes de las *Características*, han sido publicados en *PJ* en español, francés e inglés. La descripción de la «Iniciativa del Apostolado Social» aparece por primera vez en *PJ* 64 (junio de 1996) y se amplía en *PJ* 67 (mayo de 1997). En *PJ* 68 (septiembre de 1997) hay una descripción del Congreso de Nápoles y algunas de sus conclusiones, así como los discursos del Cardenal Michele Giordano, Arzobispo de Nápoles, del P. Vittorio Liberti, S.J., Provincial de Italia y del Padre General Kolvenbach.
- Una historia del apostolado social de la Compañía, «De la *Rerum Novarum* al Decreto 4», se traza en *PJ* 66 (febrero de 1997), especialmente la «Instrucción» de 1949 del Padre General Janssens; este número se puede conseguir también en italiano.
- Para una perspectiva de conjunto detallada del apostolado social de la Compañía, Provincia por Provincia, se puede consultar el *Catálogo del Apostolado Social*, publicado en cuatro fascículos *América, África y Asia, Europa y Centros Sociales* en 1997; el volumen de *Europa* ha sido actualizado en 1998. El catálogo ofrece, en un formato simple y sistemático, mucha información sobre el sector social y la dimensión social dentro de cada Provincia. El catálogo se puede conseguir prestado de la Curia Provincial, o se puede pedir al Secretariado del Apostolado Social.
- El video *Apostolado social: ¿Por qué?*, filmado en parte en el Congreso de Nápoles, presenta a los espectadores a jesuitas que plantean las cuestiones básicas del sector social hoy. El video, acompañado de una *Guía del Usuario*, se puede conseguir en español, eslovaco, francés, inglés, italiano, y portugués, y en el sistema VHS que se pida: NTSC, PAL o SECAM.
- Para obtener información acerca del grupo de discusión «sjsocial» por correo electrónico, se ruega contactar con:

sjsocial-request@sjsocial.org

Los recursos aquí señalados se pueden obtener sobre pedido. Cualquier donación para paliar los gastos, aunque no indispensable, será recibida con gusto. Por favor, escribid a:

Secretariado del Apostolado Social
C.P. 6139
00195 Roma Prati
ITALIA
+39 0668 79 283 (fax)
sjs@sjcuria.org

A.M.D.G.